

Christian Escribà
& Sílvia Tarragó

EL OBRADOR
de los
PRODIGIOS

CONFITS

PASTISSELS



ESPASA

Índice

Portada

Sinopsis

El obrador de los prodigios

Cita

Primera parte. *La magia del dulce (1876-1948)*

El día que nació Alba

Pan de montaña

Pastelitos de Tortosa

Bañuelos del Ampurdán

Panquemado

Panellets de piñones

Coca de San Juan

Brazo de gitano

Roscón de mazapán

Turrón de yema

Coca de chicharrones

Sara

Bañuelos de viento

Segunda parte. *El mago del chocolate (1926-1952)*

El día que nació Alba

Torrijas

Crema catalana

Monas de crocante

Pastel de San Jorge

Merengue

Tocinillos de cielo

Huevos de chocolate

Tarta de boda

Roscónes y lionesas

Tercera parte. *El Rey del Caramelo (1954-1979)*

Bizcochos

Cabello de ángel

Barquillos

Croissant

Pastel Espectáculo

Nota

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Alba decidió convertirse en pastelera cuando se enteró de que su madre no supo que estaba embarazada de ella hasta no probar unos pastelillos de Tortosa hechos en el obrador de Mateu Serra. Pero el camino no le resultará fácil. Alba hace de la cocina su universo, un laboratorio de dulces donde trabaja incansablemente.

Un amigo de la familia promete ayudarla. Así encuentra trabajo los domingos en la pastelería Escribà, regentada por el hijo de Mateu Serra. Aunque no es más que una simple dependienta, ya que en los obradores solo trabajaban hombres, Alba está convencida de que se trata de un importante paso.

C HRISTIAN E SCRIBÀ

S ÍLVIA T ARRAGÓ

E L OBRADOR DE LOS PRODIGIOS



*La gastronomía es una de las formas
más civilizadas de la sensualidad.*

N ÉSTOR L UJÁN

P RIMERA PARTE

L A MAGIA DEL DULCE

(1876-1948)

*El invierno retomaba aquella posibilidad de nevada —apenas
cumplida en veinte años de posguerra— y todas las fábulas
salían de la Gran Caja para hacernos el mundo más
maravilloso.*

TERENCI M OIX, *El día que murió Marilyn*

E L DÍA QUE NACIÓ A LBA

Los primeros copos de nieve comenzaron a caer al final de la mañana de aquel día de Navidad de 1926. Al principio lo hicieron con tanta intensidad que todo el mundo pensó que sería una nevada considerable. El cielo había quedado cubierto por unas nubes gruesas y opacas que parecían confirmar este pensamiento, pero al cabo de un rato la tormenta perdió fuerza y terminó convertida en una nevisca.

Aun así, la presencia de nieve en Barcelona no dejaba de ser un fenómeno, un hecho casi milagroso que ofreció una estampa insólita de las calles. El paseo de Gracia y el Ensanche entero, la Rambla y el conjunto de arterias que formaban el entramado de la ciudad quedaron encalados por la fina capa que formaban los millones de pequeños cristales de hielo venidos de la atmósfera.

Ese suceso extraordinario hizo que muchos barceloneses salieran a la calle para poder disfrutar de un paisaje inusual. Lo que ignoraban era que otro portento de igual magnitud acababa de ocurrir en su ciudad.

Poco antes de que la nieve comenzara a caer, el cielo se había cubierto de una capa nubosa de un gris oscuro que impedía el paso de la luz solar. Y, justo cuando los primeros copos comenzaban a descender sobre el aire turbio, en un modesto piso del barrio de Sants venía al mundo una niña que no era un bebé cualquiera.

Porque aquella criatura había nacido con un don.

Su talento aún tardaría unos años en manifestarse, pero, cuando lo hizo, fue la prueba de que ciertas personas nacen con una cualidad natural que es su mejor patrimonio. Y Alba, aquella niña humilde y privilegiada, había sido favorecida con un don hecho de intuiciones que se acercaban peligrosamente a la magia. Ya en sus primeros años, la percepción de sus sentidos era tan aguda que descubría sabores donde los demás solo veían comida. A esto se añadió después una imaginación constantemente espoleada por la pasión de transformar las viandas en un festival de sensaciones.

Pero aquella Navidad de 1926 todo quedaba aún demasiado lejos, como el nacimiento en Los Ángeles, seis meses antes, de otra criatura excepcional que, a diferencia de Alba, estaba destinada a la inmortalidad. Tal vez por haber nacido el mismo año o porque intuía en ella el ideal de un mundo que trasciende la carne, la futura cocinera siempre sintió una conexión especial con la estrella fugaz que fue Marilyn Monroe.

En aquellos momentos, sin embargo, Barcelona era ajena al estallido estelar de Hollywood. Así, mientras los Estados Unidos gozaban de su prosperidad económica a ritmo de charleston y *hot*, la Ciudad Condal sufría la opresión del régimen dictatorial de Primo de Rivera, que limitaba muchas de sus libertades.

No obstante, los barceloneses recibieron las fiestas navideñas con la misma ilusión de siempre. Los escaparates de las tiendas mostraban sus mejores productos, en las casas se montaron los pesebres y sus despensas rebosaban de manjares. En la plaza de la Catedral los feriantes instalaron un año más sus alegres tenderetes, y ese ambiente de ferviente tradición se extendió desde allí, inundando todos los hogares de una emoción festiva.

Una ilusión similar a aquella había acogido a Alba al llegar al mundo. Un sentimiento hecho del júbilo exultante que flotaba en el aire, y de la satisfacción que representaba ver consumada una larga espera.

Porque aquel nacimiento había hecho realidad un deseo ansiado durante muchos años. De hecho, podría decirse que aquella había sido también una natividad milagrosa, ya que recordaba a las gestaciones insólitas que recogen los textos sagrados. Como aquellas mujeres estériles que alumbran tras una fecundación portentosa y extremadamente tardía, Adela, la madre de Alba, había tardado en ver cumplido su anhelo de maternidad. Aunque era mucho más joven que Sara, madre a los noventa, e incluso que santa Isabel cuando concibió a Juan el Bautista, se había resignado a su desesperante esterilidad al ver que ya rondaba los cuarenta. Y, a pesar de la lastimosa frustración que le provocaba admitir lo que consideraba una incapacidad, tenía asumido que debía cargar con la lacra que la exhibía ante el mundo como una rama que nunca daría brotes.

Hacía catorce años que se había casado con Esteban, un afable maestro de escuela, y a pesar de ser una unión feliz, se había mostrado desesperadamente infecunda. Por ello, la llegada de Alba les había hecho tocar la cima más elevada de su cuota de felicidad, ya de por sí bastante alta, y sentirse unos escogidos de los caprichosos giros de la fortuna.

Por todas estas circunstancias, la niña nació y creció rodeada del amor ferviente de los padres, así como del de los abuelos maternos, que, a través de su única hija, veían cumplirse su afán de prolongar su propia progenitura.

Por desgracia, a los otros abuelos Alba apenas los pudo tratar, ya que murieron antes de que ella comenzara a ir a la escuela. Pero el cariño y cuidados del resto de los parientes bastaron para que la niña se criara feliz en aquel barrio obrero salpicado de fábricas.

Allí, en las viejas calles de Sants que conservaban todavía vestigios de su pasado rural, la pequeña dio sus primeros pasos y vio forjarse sus primeras amistades. El suyo era un universo dentro del cosmos barcelonés que solo abandonaba cuando iba a visitar a sus abuelos maternos, que vivían en el barrio del Ensanche, mucho más señorial.

Fue precisamente en ese distrito donde la niña descubrió la pastelería Escribà. Su abuela Elvira era clienta desde hacía un montón de años, cuando aún se llamaba panadería Serra, y tenía amistad con sus propietarios. Puesto que le gustaban tanto el trato como sus productos, en su casa jamás faltó un dulce hecho por Antonio Escribà en ninguna celebración. Y no había nada que gustase más a Alba que acompañar a su abuela a elegir uno.

Por aquel entonces ya le permitían entrar en la cocina, pues se dieron cuenta de que poseía una intuición especial para captar la esencia de cada alimento, y para adivinar el potencial que estos podían añadir a las recetas de siempre. Dado que el reto de descubrir un nuevo matiz para el paladar era su motivación principal, no tenía miedo de experimentar, y por eso las horas se le iban entre ollas y fogones.

El aliciente que le suponían todos aquellos desafíos fue el que guio sus primeros pasos, pero, tras descubrir la pastelería, su verdadero acicate fue su fundador, de quien supo gracias a lo que le contaba su abuela.

Desgraciadamente, los años de despreocupada felicidad se desvanecieron demasiado pronto. Antes de cumplir los once, el idílico paisaje vecinal de Alba se resquebrajó, dando paso a una realidad amenazante y triste. El influjo nefasto de la guerra cayó sobre ellos como una maldición, marchitando cualquier atisbo de alegría. Las calles, las plazas, la carretera, todo se agostó igual que el cielo cada vez que llegaban los bombardeos.

Fue entonces cuando Alba descubrió el miedo.

A pesar de la felicidad que habría de llegar luego, ella nunca olvidaría la sofocante sensación de despertarse aguijoneada por el pánico al escuchar las

sirenas de alarma antiaérea; de correr, aferrada a la mano de su madre, por calles caóticas donde se podía sentir el temor de los vecinos y palpar el peso de una amenaza invisible, y ni mucho menos el ansia que suponía la larga espera en los refugios donde se cobijaban, amparados por el consuelo de una seguridad transitoria.

Después de todo aquello, una paz perversa se adueñó de su mundo, como si fuese el desenlace fatal del hechizo, y dio paso a una nueva realidad.

Alba supo que nunca nada volvería a ser como antes. Su universo se había convertido en un presente devastado, lleno de escombros que cubrían las mismas calles que, trece años atrás, había cubierto la nieve.

Pero ella tenía un don, y sabía que bajo los despojos todavía latía la magia.

* * *

13 de junio de 1876

Cincuenta años antes, en otro lugar y muy cerca de otro solsticio, se había producido un fenómeno similar.

Tan solo faltaban siete días para que el sol llegase a su máxima declinación respecto del ecuador celeste, y su potencia creciente calentaba los campos que se extendían por el llano regado por el canal de Urgel. Al sur de esa llanura, en una de las casas que formaban las callejuelas sinuosas del pueblo de Torregrossa, vino al mundo Mateo, un niño tan cargado de luz como los rayos que hacían intuir la proximidad del verano.

A diferencia de Alba, el recién nacido era el último de la larga descendencia de Ramón Serra y Raimunda Capell, que ya habían tenido once hijos antes. También a diferencia de ella, en el momento de su nacimiento no se había producido otro fenómeno que no fuese la proximidad del solsticio estival, que se celebraría una semana más tarde con la verbena de San Juan.

A pesar de todo, el niño había sido llamado a seguir un designio muy distinto al que presagiaba su origen humilde y campesino. Un destino que marcó la tragedia demasiado pronto, cuando, justo tres días después del parto, Raimunda murió, dejando huérfano de madre al pequeño Mateo. Esa desgracia pareció oscurecer la claridad tibia que hasta entonces había llenado la casa. De pronto, una sombra siniestra se conjuró con el silencio triste que siguió al infortunio, y la criatura conoció por vez primera la gelidez del desamparo.

Tener que encarar la desdicha a una edad tan temprana hizo que el niño comenzase a forjar lo que sería una tenacidad casi imbatible. Se aferró con pasión a esa existencia que acababa de estrenar y la sorbió con ansia, como si fuese la rosada aureola del pecho de la nodriza que le buscaron para amamantarlo.

De ese modo, nutrido por los senos de María Olivares y empujado por el deseo de sobrevivir, Mateo se fue haciendo mayor. No obstante, la suya no fue una infancia fácil. A la ausencia materna se le sumaron después los vacíos que dejaron la muerte de algunos de sus hermanos, así como la partida de otros, que se fueron a hacer las Américas o en busca de un futuro mejor en Barcelona.

De manera imperceptible, la casa se fue llenando de silencio y, en esa quietud ancha y vacía, él comenzó a proyectar sus sueños. Entre sus preferidos estaba el de atravesar el océano, como habían hecho sus hermanos, para hacer fortuna en alguna de las colonias españolas.

Se imaginaba reencontrándolos en aquellas tierras fecundas, tras una travesía llena de emociones, como batallas con piratas y luchas con monstruos marinos. A falta de lecturas, porque no sabía ni leer ni escribir, su mente mezclaba ideas extraídas de conversaciones entre adultos y los relatos que le contaba María. Su fantasía tenía suficiente con aquellos ingredientes para construir una historia que lo llevase lejos de los sembrados y frutales que constituían su paisaje familiar.

No pasó mucho tiempo hasta que la realidad lo empujó no hacia el océano, sino hacia el litoral mediterráneo. Aquellos primeros años habían sido una acumulación de pérdidas que hubo de afrontar como pudo. Al ser el más pequeño de los hermanos, se quedó solo en la casa con el padre, a quien ayudaba en las labores del campo. En esos tiempos la vida no resultaba fácil prácticamente para nadie, por eso hubo de acostumbrarse a aceptar las carencias y las adversidades, como hacían todos. A pesar de su edad, Mateo se adaptó a esa manera de asimilar las fatalidades con aparente templanza. Por dentro, se consolaba soñando con un futuro más amable.

Sin embargo, la existencia seguía obstinándose en ponerle trabas. Cuando tan solo contaba nueve años de edad, su padre murió también, dejándolo completamente solo. Esa última muerte fue la más sentida. El niño experimentó con más intensidad que nunca el peso de la pérdida y, a pesar de su juventud, fue consciente de que sus raíces no podrían aferrarse por más

tiempo a aquel lugar de desesperanza.

De momento, para salir adelante hubo de conformarse con lo que pudo, y comenzó a trabajar en una masía, a pesar de que el trabajo allí no le gustaba demasiado. Pero las penurias vividas habían fortalecido su espíritu y le habían enseñado a ser paciente. Estaba convencido de que nada era para siempre, de que lo más importante era tener un objetivo, y él lo tenía. De hecho, siempre lo había tenido. Inconscientemente se le había manifestado mientras fantaseaba, como un aviso de lo que habría de ser su futuro. Por eso, en cuanto se quedó solo en el mundo, supo que el sueño de reencontrarse con sus hermanos tenía que convertirse en su meta.

Durante el tiempo que pasó trabajando en la masía tuvo margen para pensar en el modo de materializar esa idea; las labores que allí realizaba fatigaban su cuerpo, pero dejaban libre su mente. Por ese motivo, su cabeza daba vueltas mientras los sentidos se le agudizaban y le permitían aprender cosas como reconocer el cloquear de las gallinas, que corrían libremente por la explotación agrícola, para saber cuál de ellas iba a poner un huevo y así poder comérselo. Sin ni siquiera darse cuenta, se había acostumbrado a ejercitar los pensamientos en su propio beneficio mientras afilaba también su ingenio.

Tras darle muchas vueltas, Mateo llegó a la conclusión de que embarcarse hacia las colonias era demasiado arriesgado, por lo que decidió que lo más factible era poner rumbo a Barcelona. Hacía algunos años que sus hermanos, Antón y Lorenzo, vivían y trabajaban allí. Ellos, estaba seguro, lo ayudarían a encontrar un empleo mejor que el que tenía, ya que en la capital la oferta era infinitamente superior. En cualquier caso, se decía, no tenía nada que perder.

Nada que no cupiese dentro del hatillo con el que, finalmente, salió del pueblo.

PAN DE MONTAÑA

—¿Acaso te has perdido, chico?

El dueño de la fonda se dirigió a Mateo, que, nada más entrar, había atraído todas las miradas. Al establecimiento, situado en la carretera de L'Arboç, un pequeño pueblo de Tarragona, acudía gente muy diversa, ya que era un lugar de paso. A pesar de ello, la aparición de un muchacho solitario no era un hecho al que estuvieran acostumbrados.

—No, voy a Barcelona.

—¿Tú solo? Te queda un buen trecho...

—Lo sé, ya llevo días de camino.

Los viajeros, sentados alrededor de las mesas de madera, habían interrumpido sus conversaciones, y solo se escuchaban las voces del hostelero y el niño.

—Pero ¿de dónde vienes?

—De Torregrossa, un pueblo de Lleida. Salí de allí hace tres días, pero he avanzado mucho porque me han dejado subir a un carro y también he montado en burro.

—Y ¿por qué te fuiste? Los caminos pueden ser muy peligrosos para un chaval como tú.

—Allí ya no me quedaba nadie, y no me gustaba el trabajo que hacía. Pero en Barcelona tengo dos hermanos. Si los encuentro, seguro que me ayudarán. Si no, ya me espabilaré.

La determinación de Mateo admiró a la concurrencia, que reanudó sus conversaciones y ahora giraban en torno a él. Les maravillaba que el muchacho, que no aparentaba más de once años, hubiera podido recorrer solo los noventa kilómetros que separaban su pueblo de la villa tarraconense de L'Arboç. Pero les fascinaba aún más que tuviera la pretensión de llegar hasta Barcelona, y sin otro equipaje que un hatillo.

Al hostelero también le conmovió su historia y su desparpajo, de modo que

se ofreció a alojarlo a cambio de que lo ayudara con los clientes. Mateo aceptó, ya que aquello le permitiría reponerse y así reanudar el camino lo más pronto posible. Esa especie de clarividencia que había desarrollado con las desventuras lo alertaba de que aquello era una oportunidad, como lo habían sido los encuentros con viajeros que se habían ofrecido a acompañarlo un tramo de camino en sus carros o monturas. Estaba convencido de que su estancia en L'Arboç le sería beneficiosa tarde o temprano. Y nuevamente acertó.

Al día siguiente de su llegada a la fonda, el alcalde de la villa lo fue a buscar. Se había enterado de su periplo y quería conocerlo. Mateo le contó con todo detalle tanto su situación como sus proyectos y, tras escucharlo, al alcalde se le ocurrió la manera de que llegara sano y salvo a Barcelona.

—Tengo un conocido que vende sacos de serrín en la ciudad. Es un buen hombre, y seguro que si le hablo de ti te dejará que lo acompañes. Quizás incluso te dé trabajo...

El alcalde no se equivocó. Nada más conocer las andanzas de aquel chiquillo tan resuelto, el vendedor de serrín le propuso que lo ayudara. Así, en un carro repleto de sacos llenos de virutas de madera, Mateo Serra llegó finalmente a Barcelona.

La llegada a la capital le dio una perspectiva auténtica de la magnitud de su sueño. Aunque este fuera bastante modesto.

Enseguida vio que no sería fácil alcanzarlo, porque la ciudad era mucho más grande de lo que esperaba. Aquella circunstancia dificultaba enormemente la tarea de localizar a sus hermanos. Inmerso en el espacio urbano se encontraba perdido, sin otra referencia que no fuera la proximidad del mar o, a lo lejos, la silueta ondulante de la sierra de Collserola.

Los primeros días se sintió abrumado por semejante magnitud, gigantesca y vertiginosa, que se expandía al ritmo que marcaba la Exposición Universal, un evento que no solo había embellecido la ciudad con innovadores edificios modernistas, sino que la proyectaba hacia el mundo.

Aquella situación también fue captada por Mateo como una nueva oportunidad que, muy probablemente, le permitiría prosperar. Con esta nueva convicción, el chico se consagró a su objetivo de encontrar a sus familiares mientras iba por las casas repartiendo los sacos de serrín. Esta tarea le permitió ir conociendo las diferentes arterias que surcaban la ciudad, y a sentirse cada vez menos perdido en medio de sus calles. Además, le facilitó el

contacto con los ciudadanos, que eran quienes podían tener noticia de sus hermanos.

Con soltura y constancia, el muchacho se dirigía siempre que podía a los comerciantes y preguntaba por ellos, una labor ardua en una metrópolis que ya contaba con casi medio millón de habitantes. Su esperanza era que en alguna de las panaderías donde intentaba vender su mercancía conocieran a Antón, que era panadero. Por eso aprovechaba las visitas que hacía a estos establecimientos para hablarles de él y preguntar si lo conocían. A lo largo de su corta existencia, Mateo había desarrollado una paciencia y una tenacidad casi indestructibles, por lo que no se desanimaba cada vez que recibía una contestación negativa a sus inquisiciones.

Finalmente, después de días de búsqueda infructuosa, obtuvo la ansiada respuesta afirmativa. En una panadería del centro de la ciudad le dieron noticia de él y, después de dar unas cuantas vueltas por las calles, siguiendo las indicaciones que le habían facilitado, logró encontrar su domicilio.

Cuando Mateo apareció ante la puerta de Antón, este, en un primer momento, no lo reconoció. No se habían visto desde la muerte del padre, casi dos años antes, y en este tiempo el chico había cambiado bastante. Aunque los ojos oscuros y vivos eran los mismos, ya no tenía los rasgos tiernos de la infancia. Estos habían dado paso a una fisonomía más tosca y a una apariencia más fornida, fruto de las muchas horas de trabajo.

—¿Acaso no me reconoces? —hubo de preguntar el muchacho, al ver que el hermano se había quedado parado al borde del umbral, observándolo.

—¡Sí, sí, por supuesto! —respondió el panadero al cabo de unos segundos, mientras daba un paso al lado y lo invitaba a entrar—, es que no esperaba verte aquí. Pero... ¿cómo me has encontrado?

—No ha sido fácil, no creas, he tenido que preguntar mucho. Llegué a Barcelona hace una semana, con un vendedor de serrín que conocí en L'Arboç. Ahora trabajo para él.

—¿No trabajabas en una masía?

—Lo dejé. No estaba a gusto y quería hacer como tú y Lorenzo. Por cierto, ¿qué sabes de él?

—Regenta una pensión no muy lejos de aquí. Después iremos, me gustará ver la cara que pone cuando te vea... Pero ¡cómo has cambiado! ¡Si ya pareces un hombre!

Después de que el chico le contara sus peripecias para llegar a Barcelona,

Antón se interesó por su manera de ganarse la vida.

—Eso del serrín está bien —dijo—, pero trataremos de encontrarte algo mejor.

Unos días más tarde, los dos hermanos ya habían conseguido que lo contratasen para repartir carbón por las casas. El único inconveniente era que Mateo no sabía leer ni escribir, y eso complicaba la tarea de encontrar las calles y los números donde debía entregar la mercancía. Para ayudarlo, Antón y Lorenzo le explicaron cada uno de los trayectos que tenía que hacer y le enseñaron a reconocer las cifras con una baraja de cartas. De esa manera, el chico pudo desempeñarse en el nuevo trabajo, y compensó su carencia intelectual con su agudeza mental.

En poco tiempo, el muchacho ya dominaba el conjunto de calles, plazas y avenidas que conformaban la ciudad, así como su dinámica comercial. Pero, además, el trato con la gente le había proporcionado un conocimiento social y psicológico que le sería muy útil en los años venideros.

Cuando cumplió los catorce, edad en que podía aprender un oficio, Mateo comenzó a trabajar en la panadería de su hermano Antón. Aunque le gustaba dar vueltas por las calles, el nuevo trabajo le descubrió un mundo que lo cautivó enseguida. Tenía la sensación de que en el obrador la realidad era otra, mucho más intensa y palpable. A veces, le parecía que incluso el tiempo tenía una consistencia diferente. Como la de la harina, densa y a la vez volátil, preciosa en su virginal sencillez.

Por primera vez en su vida, disfrutaba con lo que hacía. La sensación que le daba crear, a partir de elementos tan simples como la harina, la sal y el agua, un alimento tan noble y básico como el pan era impagable. Por eso, cuando logró dominar la técnica, se animó a hacer su propia creación, a la que llamó «pan de montaña».

Elaboraba la masa madre haciendo un volcán de harina, dentro del cual añadía sal, levadura y agua. Después, lo mezclaba todo hasta conseguir una masa bien elástica que dejaba reposar tapada con un paño húmedo durante dos horas. El pan lo preparaba haciendo un volcán con cuatro tipos diferentes de harina y trigo aplastado con sal. Tras mezclar los ingredientes, le añadía agua muy lentamente para obtener una mixtura espesa y blanda a la que incorporaba lentamente la masa madre. Entonces, lo dejaba fermentar tapado con un paño húmedo durante tres cuartos de hora en un lugar tibio. Una vez pasado este tiempo, hacía porciones de pan a las que daba forma y volvía a taparlas con un

pañó húmedo hasta el día siguiente, cuando las cocía.

Él no podía saberlo, pero aquellos panes pervivieron en el tiempo y se mantuvieron como un legado para su futura descendencia. Todo ello, sin embargo, quedaba todavía muy lejos, y Mateo debía afrontar aún muchas vicisitudes.

Y la primera llegó cuando aún no había cumplido los diecinueve.

* * *

Hacía días que no dejaba de darle vueltas. Por la mañana, en el obrador, y cada noche, antes de caer abatido por el cansancio, pensaba en ello. Lo hacía porque no quería precipitarse. La decisión que tomase afectaría notablemente a su vida y quería estar seguro. Pero el tiempo pasaba y tenía que dar una respuesta.

Las inquietudes de Mateo habían comenzado cuatro días atrás, cuando uno de los clientes de la panadería fue a su encuentro al final de la jornada. Se trataba del hijo de un tendero del barrio que trabajaba en el negocio regentado por el padre. No debía de ser mucho mayor que él, pero aquella tarde aparentaba más edad debido a su aspecto demacrado. Se notaba que había perdido peso, y unas profundas ojeras le oscurecían el rostro y le apagaban la mirada.

—Perdone que le moleste, joven —le dijo con un tono lleno de delicadeza —, créame que si no me viera obligado no lo asaltaría de este modo, pero no encuentro otra salida.

—No se preocupe, si está en mi mano ayudarlo, lo haré encantado.

—Es usted muy amable. Verá, se trata de la guerra con Cuba. Me han llamado a filas, pero en estos momentos me resulta imposible ir. Tengo una criatura de dos años y otra en camino y, además, la tienda. Mi padre es mayor y no puedo dejarlo solo al frente del negocio.

—¿Me está pidiendo que vaya en su lugar?

La ley, por aquel entonces, permitía sustituir a los reclutados comprando el derecho a sustitución. El hombre hizo una pausa y se frotó las manos para contener el temblor que le provocaba su nerviosismo.

—Por favor, hágase cargo de mi situación. ¿Qué será de mis hijos? ¿De mi familia? Créame que no se lo pediría si no estuviese desesperado. Por supuesto, se lo compensaré económicamente.

Mateo le pidió que le dejara unos días para pensarlo. El tendero lo aceptó con resignación. La inquietud lo consumía, pero no le quedaba otra alternativa.

Cuatro días después de aquella conversación, el joven panadero tomó una decisión. El destino había querido poner a aquel hombre en su camino con una propuesta que enlazaba directamente con sus sueños de viajar a ultramar. Mateo estaba seguro de que aquello era una señal y, como siempre, no pensaba ignorarla.

Así, siete años después de su llegada a Barcelona, Mateo se embarcó en un nuevo periplo. Este, sin embargo, duró mucho más que el primero. Tras un trayecto oceánico que lo llevó a miles de kilómetros de casa, el joven hubo de adaptarse a un sistema de vida completamente diferente. No solo por la disciplina y el rigor militares, sino, sobre todo, por la climatología de aquella isla y sus paisajes, que nada tenían que ver con la geométrica geografía del barrio que había dejado atrás.

A pesar de todo, el chico supo amoldarse a las nuevas circunstancias. Al carácter brioso que lo había empujado a huir de su pueblo natal, se le sumaba la experiencia de los últimos años. Además, el trato con la gente había incrementado su instinto natural y le había convertido en un hombre sagaz, capaz de sobreponerse a todo tipo de eventualidades.

Así fue como pudo resistir más de tres años en ese país que luchaba por emanciparse, combatiendo en una guerra que se perdió y que supuso un golpe terrible para la sociedad y la clase política española de aquellos tiempos.

Pero la derrota que siguió al conflicto no fue la única que vivió Mateo. Una más cercana le dio de lleno, al perder el dinero que había invertido en un cargamento de papel, a causa de un temporal.

Poco antes de volver a casa, se había animado a sacar provecho de lo que había ganado sustituyendo al comerciante, y destinó ese importe a comprar una partida de papel. Le pareció que podría obtener mucho beneficio vendiéndolo en la península, donde era un bien bastante preciado, e invertir las ganancias en el textil o en negocios inmobiliarios. Con lo que no contaba era con que durante la travesía se desatara una tormenta y que esta echase a perder toda la mercancía que transportaba el barco.

Aquella fue una de las pocas ocasiones en que el joven se desanimó. Al verlo tan abatido, el capitán de la nave se apiadó de él y, para compensarlo por su pérdida, le regaló un sextante y una campana de bronce. Fue un gesto espontáneo, pero Mateo lo interpretaría una vez más como una nueva señal: la

evidencia de que el rumbo de su vida iba por otros derroteros.

Ese nuevo convencimiento le hizo retomar sus tareas en el obrador de Antón con una energía renovada, un trabajo que alternaba con el de la pensión que regentaba Lorenzo. Volver a aquel universo que tanto había echado de menos durante su estancia en Cuba lo consoló de la pérdida del dinero. Disfrutaba trabajando con sus hermanos y perfeccionando aquella profesión de panadero que ya había hecho suya.

Cada mañana se levantaba espoleado por el deseo de ofrecer el mejor pan a la clientela. Se sentía ufano ante el despliegue de aquellos alimentos que había elaborado con la misma dedicación que ponía en todo lo que hacía. Los clientes lo sabían y volvían como si todo aquello formara parte de un delicioso ceremonial.

Con algunos de sus fieles parroquianos Mateo acabó entablando amistad. Fue el caso del portero de un edificio cercano, que tenía por costumbre ir a la panadería para guarecerse del frío. Allí conversaba con el joven, que lo trataba con una amabilidad que, con el trato, se convirtió en afecto. Por las charlas que tenían supo que aquel hombre, llamado José, había nacido en Tortosa y que se había establecido en Barcelona hacía ya algunos años. Antes había sido zapatero, pero había tenido que dejarlo debido a una invalidez, y por eso regentaba una portería con su mujer.

Mateo no tardó mucho en darse cuenta de que el señor José era una nueva señal que el destino le enviaba. El portero tenía varios hijos y alguien le sugirió que su hija Josefina podría ser una excelente esposa para él. Por enésima vez, el muchacho se dejó llevar por aquel instinto que nunca le había fallado y pidió conocerla.

Sus intuiciones no le fallaron. Josefina resultó ser una chica encantadora, trabajadora y tan decidida como él. Así pues, justo trece meses después de su primer encuentro, los dos jóvenes decidieron casarse.

El matrimonio con Josefina fue el que fijó el rumbo definitivo a la que, hasta entonces, había sido su trayectoria. Con su apoyo, el joven panadero se embarcó en su aventura más crucial, que se inició el 26 de julio de 1906, veinte años antes de que Alba naciese, con la inauguración de la panadería Serra.

Este hito hizo que el camino iniciado por Mateo se convirtiese en una odisea en el tiempo.

P ASTELITOS DE T ORTOSA

15 de marzo de 1947

Alba dejó que la harina se le escapase entre los dedos de una mano mientras con la otra mezclaba el contenido del cazo ayudándose de un batidor. El aroma del licor de anís enseguida se impuso al del resto de los ingredientes, inundando la cocina de un olor penetrante. El polvillo harinoso descendía sobre la mezcla con una cadencia que la chica controlaba con precisión. A pesar de su juventud, hacía mucho que había aprendido a calibrar la proporción entre cantidades, tiempos y ritmos, de manera que sus platos se acercaban a aquella perfección que solo se encuentra en la armonía.

El movimiento constante del batir fue integrando la harina en la humedad del licor de anís y del aceite de girasol, fundiendo también en la mixtura la viscosidad de los huevos y la blandura del azúcar glas. A Alba le gustaba mucho el tacto suave de la harina deslizándose entre sus dedos. La consistencia blanda y resbaladiza de aquellos polvos le provocaba una sensación placentera y, además, le recordaba a la piel suave e inmaculada de las criaturas más tiernas.

Ese recuerdo enlazaba con su propia infancia, ya que ella misma había crecido constantemente enharinada. Desde que era muy niña se había sentido atraída por las tareas de la cocina, un espacio que le parecía un lugar al margen de su mundo. Allí, el tiempo flotaba en el constante hervir de las cacerolas, en la tibieza de un fuego perenne que estimulaba fragancias ligadas a las horas del día y a los ciclos de las estaciones.

Su vida había estado marcada por aquella constante de las comidas y de las celebraciones que los suyos terminaron por relacionar con ella, a medida que iba haciéndose mayor y crecían sus atribuciones culinarias.

Alba dejó de batir al ver que la mezcla de ingredientes formaba una masa homogénea dentro del cazo. Con destreza, la depositó sobre la mesa de la

cocina y la dividió en porciones a las que dio forma esférica. Aquellas bolitas tenían un tacto blando, pero la consistencia necesaria para poder trabajarlas. El olor del anís ya no era tan potente, y ese equilibrio aromático complació a la chica, que comenzó a aplastarlas dándoles forma de círculo.

Luego depositó una cucharada de cabello de ángel en medio de cada uno de los redondeles de masa y añadió un poco de miel. Por último, los cerró juntando los bordes y los metió en el horno.

Mientras esperaba a que el calor transformara aquella mezcla de ingredientes en pequeñas delicias de forma lunar, Alba aprovechó para ordenar la cocina. Su cabeza, sin embargo, no se detenía. Fantaseaba con la impresión que provocarían aquellos dulces en sus nuevos señores, para los que trabajaba como cocinera desde hacía un par de meses. Nunca antes había estado al frente de los fogones de una casa de importancia como aquella y, aun así, ya se habían mostrado muy impresionados con ella.

Los últimos cinco años había trabajado ayudando en la cocina de una tendera de Sants, su barrio. Esa primera experiencia, con quince años recién cumplidos, le proporcionó nuevos conocimientos y le dio un cierto renombre entre el vecindario. Gracias a ello, algunas casas acomodadas se interesaron por contratar sus servicios hasta que finalmente los Vidal, unos señores del distrito del Ensanche que buscaban cocinera, se lo propusieron. El padre de familia era un reconocido arquitecto que tenía una vida social bastante agitada. Por ese motivo, la actividad culinaria en su piso del paseo de Gracia era constante, y su esposa había hecho a Alba una oferta muy tentadora.

Unas semanas más tarde, sus dotes innatas para la cocina ya se habían hecho evidentes, lo que le procuró la admiración tanto de la familia como de sus invitados. El acceso que los señores tenían a alimentos difíciles de encontrar en aquellos tiempos de racionamiento se aliaba con su imaginación, dando unos frutos espléndidos y sustanciosos.

Los pensamientos de la chica se interrumpieron justo en el momento en que los pastelitos de Tortosa habían adquirido un matiz amarillo y dorado. Tenían el mismo color que su cabello ondulado, que llevaba recogido en un moño fijado en la nuca. Una tonalidad similar a los pigmentos que salpicaban el iris verdoso de sus ojos y rodeaban, como un diminuto círculo de fuego, sus pupilas.

Al abrir la puerta del horno notó que su calidez se había empapado de un perfume encantador. Aquel aroma despertó en ella un recuerdo, la evocación

que la había incitado a hacer, precisamente, aquellos dulces.

Cada 15 de marzo, cumpleaños de su madre, Alba preparaba pastelitos de Tortosa. Lo hacía como homenaje a este postre, que consideraba responsable de su propio nacimiento. Y lo creía porque había nacido justo nueve meses después de que su madre fuera obsequiada por su aniversario con esas empanadillas de cabello de ángel, que la abuela Elvira había comprado en la panadería de Mateo Serra, del que era clienta habitual. Sus padres llevaban más de catorce años casados pero no habían logrado tener descendencia. Sin embargo, cuarenta semanas después de que su madre los comiese, había nacido ella.

Más adelante, cuando la joven conoció la anécdota, entendió muchas cosas. Comprendió de dónde provenía su don gastronómico y su pasión por la repostería. Y a aquel prodigio lo llamó «la magia del dulce».

Desde aquel día tuvo la certeza de que la pastelería era mucho más que un arte. Y de que sus límites iban más allá de los deseos y los sueños.

* * *

—¿Puedo probar uno?

La mirada terrosa de la hija mayor de los Vidal se cruzó con la de la joven cocinera, que en ese momento levantaba la vista de la bandeja que acababa de dejar sobre una repisa. La niña la contemplaba con ojos chispeantes y con un dejo de súplica en la voz. Aquella expresión arrancó en Alba una sonrisa de condescendencia.

—Todavía no, tesoro —le respondió—, están demasiado calientes. Pero a la hora de la merienda podrás comer tantos como quieras.

Aquella dulce promesa iluminó la mirada de la pequeña con un reflejo de esperanza. La chica acarició los rizos oscuros de la niña y dejó escapar un suspiro.

A pesar de que solo hacía ocho semanas que trabajaba para su familia, ya había comenzado a sentir afecto por Núria y su hermano pequeño, Pablo. Aquellos dos meses ante los fogones de su casa habían sido suficientes para seducir sus estómagos golosos y ganarse su simpatía.

Además del carácter afable de Alba, había contribuido su paciencia infinita con aquellos niños atraídos por sus habilidades culinarias. Ella, lejos de ahuyentarlos cuando venían a curiosear mientras trajinaba, los mantenía en un

embeleso contenido, aguijoneando su imaginación con historias relacionadas con los platos que elaboraba. Unas veces giraban en torno a las propiedades de los alimentos, otras al de sus orígenes remotos, que aderezaba con anécdotas reales o inventadas.

Y de entre todos aquellos relatos, el preferido de los dos hermanos era el de su genealogía, la portentosa fábula sobre su nacimiento y «la magia del dulce» que lo acompañaba. Ante sus ojos infantiles, aquella historia mítica la coronaba con una especie de aureola legendaria que ratificaba su rango de mandatario en ese ámbito de la casa.

Núria siguió a Alba hasta la despensa y se apoyó en el marco de la puerta. Mientras la chica tomaba un puñado de garbanzos para echar al cocido, la niña le preguntó:

—¿Me harás un pastel para mi cumpleaños?

—¡Claro que sí! Te prepararé uno de almendras tan rico que te chuparás los dedos.

—¿Podré ayudarte?

—Se lo preguntaremos a tu madre. Eres demasiado pequeña todavía.

—¡Pero si voy a cumplir diez años! A mi edad tú hacía tiempo que ayudabas a cocinar, nos lo has contado un montón de veces...

—Con el permiso de mi madre y de mi abuela. Siempre hay que respetar lo que dicen los mayores, ya lo sabes.

Núria suspiró resignada, pero sus ojos pequeños y oscuros aún brillaban esperanzados. El tiempo que pasaba al lado de Alba eran momentos únicos hechos de descubrimientos que evolucionaban alrededor de aromas, sabores e imaginación. Era como si el mundo se empequeñeciese para agrandar el cosmos sensitivo que gravitaba en la armoniosa constelación de la cocina. Y, justo en el centro de aquel sistema ordenado, Alba brillaba como un astro rey. La niña y el pequeño Pablo, de solo ocho años, seguían sus evoluciones como dos satélites de ese cuerpo celeste que era la cocinera. Orbitando muy cerca de ella, pero sin interferir en sus acciones, se dejaban seducir por sus movimientos diestros y el rastro sensorial que desprendían. Aromas de vainilla, de limón y de canela; nubecillas de harina que encapotaban el aire; huellas de azúcar, confitura y miel; así como la frecuente percusión de batir y mezclar, empapaban el ambiente y lo situaban al margen del presente.

Por eso, siempre que podía, Núria huía de la realidad estática y aburrida que imperaba en la casa en busca de aquella otra existencia que también la

habitaba. Al llegar de la escuela dejaba la cartera en su habitación y corría hacia la cocina.

Había adquirido ese hábito hacía pocas semanas, justo el día en que se enteró de que tenían una nueva cocinera. Lo supo momentos después de probar un flan de albaricoques que le provocó un estallido de sensaciones, intensas y acompañadas. La ternura de las yemas cuajadas se equilibraba con la carnosidad de la fruta, en una combinación de cadencias. El dulzor emergía con delicadeza de la mezcla sabrosa y a la vez imperceptible del azúcar y los huevos, una mixtura exquisitamente condensada con la dosis justa de tiempo y temperatura, lo que le daba una consistencia sublime.

Mientras lo paladeaba, una inesperada sensación de bienestar se le esparció por los pliegues gástricos, inundando sus cavidades internas de una placentera satisfacción. Desde aquel confort repentino, Núria se dio cuenta de que un sentimiento similar animaba a su hermano Pablo, quien había sustituido el enojo que le provocaba comer fruta por una expresión de grata sorpresa ante un gozo insospechado.

Había sido entonces cuando su madre les había informado de la incorporación de Alba al servicio doméstico. Tras limpiarse delicadamente las comisuras de los labios con la servilleta de hilo, la mujer exclamó:

—Pues no se equivocó, no, la señora Engracia al recomendarme a esta chica como cocinera... Este flan está delicioso.

Su marido, sentado al otro extremo de la mesa, asintió con un movimiento de cabeza. A Núria le pareció que el porte habitualmente adusto de su padre se había suavizado, y se sorprendió al ver una pequeña sonrisa asomando por debajo de su bigotito.

Más tarde, al terminar la comida, Núria se acercó a la cocina para curiosear. Quería saber quién era la nueva persona encargada de preparar las comidas principales de la casa. Recorrió el largo pasillo que separaba el comedor de aquella estancia y, aprovechando la oscuridad, se acercó con disimulo hasta la puerta. Luego, pegó su cuerpo menudo y delgado al marco y se asomó con cautela para echar un vistazo al interior.

Su mirada enseguida tropezó con la nueva empleada, que, de espaldas a ella, enjuagaba los platos que acababa de lavar en el fregadero de granito. No era muy alta, y sus formas, un poco redondeadas, delataban su naciente juventud.

Cuando, de repente, la chica se giró para coger un paño de cocina, Núria

vio que todo en ella tendía a una gentil redondez. La cara oval, los labios pulposos, las mejillas carnosas como un fruto maduro, armonizaban en su cuerpo, de una firmeza rotunda.

La ternura que desprendía tanto su figura como sus gestos animó a la niña a acercarse más. Lentamente se apartó de la puerta para avanzar bajo la luz sutil de la bombilla que colgaba del techo.

Al descubrirla, Alba no hizo ningún aspaviento. Se limitó a sonreír, y en su expresión alegre y franca Núria leyó una invitación a avanzar un poco más.

—Tú debes de ser la hija de los señores, ¿verdad? —preguntó mientras se secaba las manos con el paño. Y, al ver que la niña asentía, continuó—: Yo me llamo Alba y soy la nueva cocinera. ¿Te ha gustado la comida?

—Mucho. Sobre todo el flan.

—Me alegra saberlo. Es una receta de *Carmencita o la buena cocinera*, un libro de cocina que me regalaron cuando cumplí los quince. Ya es viejo, pero considero que está bastante bien y me da muchas ideas para elaborar mis platos.

El tono desenvuelto y didáctico que usaba la chica cautivó a la pequeña, que se sentó en un taburete para escucharla.

—Su autora recopiló y escribió las recetas para su hija. Lo que me gusta es que no solo las hay de aquí, algunas son de Francia, de América y de otros países. Por eso lo utilizo, junto con el *Libro de cocina catalana*. Pero este es de mi abuela, hace muchos años que lo tiene y lo guarda como oro en paño. Cuando sea mayor como ella espero tener también muchos libros de cocina.

Aquella fue la primera de las historias con las que Alba atrajo la atención de la primogénita de sus señores. La familiaridad de su trato y el hecho de que compartiera con ella anécdotas y pensamientos, cosa que jamás hacían los adultos, hechizaron a Núria por completo. No era solo que la hiciera sentirse mayor, era, sobre todo, que le concedía importancia.

Habían pasado dos meses desde aquel día, y la relación entre las dos se había fortalecido. De aquella amistad incipiente formaba parte también Pablo, su hermano. A pesar de ser más tímido que ella y menos curioso, se encontraba a gusto en compañía de Alba y disfrutaba con sus relatos tanto como su hermana. Al ser un niño tranquilo, con más afición por actividades mentales que físicas, lo pasaba bien viendo como Alba manipulaba los ingredientes para transformarlos en deliciosas creaciones.

Los padres de los niños sabían de la atracción que la cocinera ejercía en

sus hijos y toleraban que pasaran tiempo con ella, siempre que ello no interfiriera en sus obligaciones escolares. Era la manera de que estuvieran entretenidos y seguros, porque se fiaban de Alba. Su talante dócil y amable no solo conectaba con los críos, sino que despertaba confianza en personas de todas las edades.

Así fue cómo aquel piso del Ensanche se inundó de aromas cítricos y efluvios especiados, y cómo la presencia afectuosa de la cocinera llenó de luz la vivienda.

La magia del dulce se había instalado en la casa.

B UÑUELOS DEL AMPURDÁN

—¿Y dices que han dejado que te los lleves? —preguntó la abuela Elvira, mientras dudaba si probar una de las rosquillas azucaradas que le ofrecía Alba.

—Sí, abuela, tranquila. Si no, no los hubiese traído.

—Has tenido mucha suerte al colocarte en esa casa, hija mía, no todos los señores permiten que sus empleados se lleven las sobras.

A pesar de las habilidades culinarias de Alba, eran muy contadas las ocasiones en que su familia podía disfrutar de dulces como aquellos buñuelos del Ampurdán que había hecho para sus señores. La escasez de alimentos provocada por el aislamiento internacional que sufría el país había convertido el hecho de comer en un privilegio. Y, a pesar de que los años que siguieron al fin de la guerra habían sido los peores, el hambre todavía estaba presente.

Sin embargo, en casa de Alba era más una cuestión de privaciones que de verdadera necesidad. Su familia había quedado reducida a su madre, Adela, y a la madre de esta, su abuela Elvira, viudas ambas desde hacía algunos años. Aquella desgracia las había empujado a vivir juntas en el piso de la primera y a explotar sus habilidades, que, acompañadas de una vitalidad poco frecuente —sobre todo la de la anciana, que superaba ya los ochenta—, les había proporcionado pequeños trabajos que las ayudaban a sobrevivir. Sus escasos ingresos, provenientes de muchas horas de coser en casa, se abultaban con la paga que cobraba Alba como cocinera del arquitecto. A eso se le añadía el hecho de que le permitieran llevarse el excedente de algunos de los platos que cocinaba, como había sucedido con los buñuelos.

Había disfrutado mucho preparándolos esa misma tarde, con la ayuda de Núria y de Pablo, que acababan de llegar de la escuela. Justo cuando deshacía la levadura en agua tibia, los niños habían irrumpido en la cocina para saludarla.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó la niña mientras se acercaba a la mesa

donde había dispuesto los ingredientes.

—Buñuelos de Cuaresma, ¿os gustan?

Los pequeños asintieron con entusiasmo y se quedaron mirando a la chica, que había empezado a rallar la piel de un limón. La acidez de la fruta se dispersó en el ambiente y pareció embrujar a los dos hermanos, que permanecieron inmóviles a su lado, contemplando el movimiento ágil y constante de la mano del Alba sobre el rallador metálico. El hechizo siguió cuando ella los invitó a participar de la preparación de aquellos dulces, ayudándola a poner la harina en un bol y a añadir los ingredientes. A la levadura y la cáscara de limón se sumaron los huevos, el azúcar, el aceite y la leche, que los pequeños iban incorporando con cuidado. Cuando, por último, echaron las semillas de matalahúva y el licor de anís, una nueva fragancia se impuso sobre el resto de olores, dejando alrededor su huella aromática.

Mientras Alba amasaba la mixtura para obtener una masa bien espesa, Núria aprovechó para compartir con ella sus inquietudes. Las monjas habían pedido a todas las niñas de la clase que hicieran una redacción dedicada a la Fiesta de la Victoria, y ella no sabía ni por dónde empezar. Su imaginación era fácil de despertar, pero necesitaba algo más estimulante. El discurso patriótico y ampuloso del régimen era demasiado cotidiano para excitar su inventiva. Una celebración fijada para conmemorar el fin de la guerra el 1 de abril de 1939 no representaba ningún desafío para la niña, porque era una historia de la que todo el mundo sabía el desenlace.

—Puedes pedir a tus padres que te cuenten cómo vivieron ese día, y luego lo redactas con tus propias palabras —le aconsejó Alba mientras cubría la masa con un paño para dejarla reposar.

—O me lo puedes contar tú...

—Bueno, yo solo tenía doce años y no entendía lo que estaba pasando.

La propuesta de Núria incomodó a Alba, que no quería dar explicaciones: para ella aquel no había sido un día feliz. Nada de lo que pudiera decirle tendría el enfoque ni el estilo deseado por aquellas monjas, adscritas a la pedagogía impuesta por el glorioso Movimiento Nacional. Por ello, desvió la conversación hacia el terreno donde se sentía segura.

—Ahora tenemos que dejar que la masa repose y crezca. Si acabáis los deberes, dentro de dos horas podréis ayudarme a hacer las rosquillas y a freírlas.

Esa última frase borró de golpe las palabras anteriores, del mismo modo

que momentos antes el aroma de anís había eliminado el rastro de limón. La promesa del dulce había seducido una vez más a sus pequeños golosos.

* * *

A la mañana siguiente, Alba fue a la tienda de ultramarinos de la esquina antes de ir a trabajar. Su abuela se había levantado algo resfriada y su madre tenía que terminar una tarea para esa misma tarde, por lo que la chica se ofreció a hacer la compra. Posiblemente llegaría con retraso a casa de los Vidal, pensó, pero ya se las apañaría para tener a punto la comida y, si era necesario, alargaría su jornada para compensar el tiempo que se hubiese retrasado.

Para evitar quedarse sin la ración que le correspondía, se levantó más temprano que de costumbre. Aún estaba oscuro cuando dejó la tibieza de la cama y se coló, tratando de no hacer ruido, hasta el lavabo. La ventana del cuarto de baño daba a un patio que a esa hora primera se mantenía en penumbra. Alba encendió la luz, que consistía en una triste bombilla, y, bajo su luz esmirriada, se puso la combinación. Después se lavó con agua del grifo y un trozo de jabón, pensando en que debería comprar otra pastilla antes de que se acabara.

La frialdad jabonosa del agua le dejó en la piel una sensación de limpieza. Se secó con una vieja toalla y, tras vestirse, se dirigió a la cocina.

Mientras se preparaba su «café» habitual, hecho de malta y achicoria, un tímido resplandor comenzó a filtrarse a través de los ventanales situados encima del fregadero. Alba se tomó la bebida, acompañada de un par de buñuelos de los que había traído el día anterior. Después, cogió el cesto, las cartillas de racionamiento y el monedero, y salió a la calle.

Al pisar la acera, vio que la primera claridad del día se esforzaba por imponerse sobre las sombras que se acurrucaban en las esquinas de los edificios. Caía suavemente desde los tejados y se deslizaba de manera imperceptible, como los rumores que iban llenando las calles. La consistencia balsámica de aquella quietud inyectó en Alba una calma vivificadora que hizo que se alegrara de haber madrugado tanto.

Mientras caminaba, le pareció que el aire arrastraba efluvios de cosas nuevas, de hechos por estrenar, como si el cielo debutara en el nuevo día, perfumado por nubes suaves que esparcían la promesa de un futuro.

—Pensaba que sería el primero en llegar, pero te me has adelantado. —Una

voz tras de sí la arrancó de sus cavilaciones. Al girarse, descubrió a un chico no mucho más alto que ella y que aparentaba la misma edad. Su sonrisa evidenciaba que pretendía bromear, pero en sus ojos claros vio algo de atrevimiento, y prefirió hacerse la distraída. Viendo su reacción, él insistió—: Mejor así. Prefiero tener delante a una chica bonita con la que charlar mientras espero. Por cierto, me llamo Enrique, ¿y tú?

Alba pensó que no se equivocaba al pensar que era algo atrevido. No obstante, algo en él le transmitía confianza, quizás esa sonrisa amplia o, más bien, su porte firme, que parecía arraigado en la tierra, de donde cogía la fuerza que emanaba de su cuerpo.

Tras dudar unos segundos, la chica respondió con corrección y algo de retraimiento:

—Alba, encantada.

—¡Qué nombre tan original y precioso! Muy apropiado para este momento, ¿verdad?

—Bueno, ya es casi de día...

—Vaya, yo quería dárme las de poeta, pero veo que no estás para metáforas. —La joven contuvo la risa, pero él notó su moderación y aprovechó el momento—. Como mínimo te he sacado una sonrisa. Ya veo que la poesía no se me da tan bien como la comedia, tal vez debería dedicarme al teatro... ¿A qué te dedicas tú, por cierto?

—Soy cocinera.

—¡Caramba! ¡Con lo que me gusta a mí comer! Seguro que cocinas de maravilla. Yo trabajo en una lechería. El día que quieras me vienes a ver y trataré de regalarte un poco de leche o unos huevos. Eso sí, ¡tendrás que prepararme un buen postre!

La posibilidad de conseguir unos productos tan preciados como aquellos disparó su imaginación. En casa de los Vidal disponía de existencias suficientes para elaborar flanes, crema catalana y pasteles, pero no así en su casa, donde eran alimentos muy escasos. Por ese motivo, se dejó seducir por la propuesta del chico y le prometió prepararle una bandeja de arroz con leche.

Mientras charlaban, la cola había ido extendiéndose y casi llegaba a la esquina cuando la tienda levantó la persiana. Alba fue la primera en entrar, seguida de Enrique, que no dejaba de echarle piropos.

Aunque ya había cumplido los veinte, una edad en que las chicas empezaban

a casarse, ella no había flirteado nunca. Quizás le venía de familia, porque su propia madre también había tardado en encontrar novio y había subido al altar cuando muchas mujeres ya estaban cargadas de niños. De todos modos, la posibilidad de quedarse soltera no le preocupaba demasiado, lo que extrañaba a sus amigas, que no podían entender que sus sueños tuvieran otro objetivo que no fuera el de encontrar un buen partido. Pero ella había nacido con un don, y esto la hacía imaginar un futuro vinculado a ese talento que la animaba. Por eso, cuando pensaba en los años venideros, se veía a sí misma regentando su propio negocio, una pastelería elegante y refinada donde imperaría la gracia mágica de sus dulces creaciones.

Cuando, alguna vez, le había contado este anhelo a Elisa, su mejor amiga, esta había puesto el grito en el cielo.

—¡Una pastelería! ¡A quién se le ocurre! A las chicas como nosotras solo nos quieren para servir, tú lo sabes mejor que nadie. Además, si con lo que ganas no puedes ahorrar ni una peseta. ¿Cómo pagarías el alquiler del local y todos los demás gastos?

Alba sabía que tenía razón, pero disfrutaba imaginando aquel futuro azucarado donde ella estaría siempre rodeada de escaparates rebosantes de merengues y lionesas, y de estanterías llenas de todo tipo de confites.

Aquel deseo excluía el otro, mucho más común, de pretendientes apuestos y bien situados. Así, mientras Elisa empezaba a tontear con un joven oficinista, Alba seguía suspirando por su sueño imposible sin preocuparse de si se quedaría o no para vestir santos.

Esa mañana, en cambio, algo había sucedido.

Una atracción extraña se había despertado en su interior y ejercía un impulso que la empujaba hacia aquel chico, simpático y gallardo. Era una sensación agradable de confort y proximidad, de alegría impulsiva que se desperzaba sin motivo, llenándola de una rara vivacidad.

La timidez que había sentido en un principio se esfumó enseguida, dando paso a una charla desenfadada. En ese momento, mientras hablaban, los víveres que los rodeaban, la gente, la tienda y el mundo entero se fueron desdibujando hasta que solo quedaron ellos, contenidos en el foco de sus miradas. En ese espacio al margen de cualquier otro presente, solo sentían las propias voces y no veían otra cosa que sus ojos iluminados, sus mejillas encendidas y las sonrisas diáfanas que enmarcaban sus palabras.

Envuelta aún en esa especie de hechizo, Alba salió del establecimiento. En

el cesto llevaba la asignación que le correspondía según las cartillas de racionamiento, que había conseguido tras entregar los cupones que previamente había pagado. Las escasas provisiones consistían en doscientos gramos de jabón, un cuarto de litro de aceite, ciento cincuenta gramos de azúcar, un cuarto de kilo de arroz y tres botes de leche condensada. Ya solo le quedaba conseguir la pertinente ración de pan.

A pesar de que tenía prisa por irse, ya que no quería llegar demasiado tarde al trabajo, esperó unos minutos a que Enrique acabara de comprar. El chico le había pedido que no se fuera, porque quería darle la dirección de la lechería.

Al cabo de poco, el joven salió cargando su aprovisionamiento de víveres. Bajo la luz del día, que había ganado nitidez, sus cabellos claros y bien peinados lucían con un reflejo ambarino.

—Tienes que prometerme que vendrás a visitarme. ¡Juntos podemos hacer grandes cosas! Un arroz con leche, por ejemplo.

Enrique seguía con su tono jocosos, mientras le explicaba dónde se encontraba la lechería donde hacía tres años que trabajaba. Una atracción similar a la que ella sentía lo tenía cautivado, porque no podía detener su charla. Y ella, aunque sufría por no llegar tarde, también se mostraba incapaz de poner fin a la conversación.

Por suerte, las campanadas de la parroquia de Santa María comenzaron a tocar las nueve de la mañana, y eso alertó a Alba.

—Me sabe muy mal, Enrique, pero tengo que irme ya.

—No te preocupes, yo también me voy, que tengo que preparar un pedido para la pastelería Escribà.

Aquella última frase congeló sus movimientos.

Durante unos segundos Alba se quedó inmóvil, tratando de digerir lo que el chico acababa de decirle. El embrujo que se le acababa de despertar había tomado una configuración portentosa tras escuchar esas palabras. Porque ese hecho contenía una extraordinaria coincidencia: la del azar que la había vinculado siembre a aquella pastelería.

Entonces, parada en medio de la calle, supo que la magia del azúcar había vuelto a actuar.

Como lo venía haciendo desde hacía más de cuarenta años.

P ANQUEMADO

Septiembre de 1912

Como cada mañana, Elvira salió de casa temprano para ir a buscar el pan. Le gustaba madrugar y encontrarse las calles desperezándose en la serenidad de las últimas sombras. Le parecía que el tiempo tenía un ritmo diferente cuando el día estaba por empezar y que, por este motivo, todo lo que se hacía en aquellas horas primeras era mucho mejor.

Al pisar la acera, Elvira vio que el cielo aún mostraba la radiante luminosidad del verano, aunque la temperatura había bajado un poco. Mientras cubría su cuerpo menudo con el chal, avanzó por la acera con paso decidido. La agradable claridad del momento se mezclaba con la felicidad que sentía, y no pudo reprimir una sonrisa.

Desde que su única hija, Adela, había anunciado que se casaba, la ilusión se había instalado en su ánimo, ya normalmente alegre, y esa sensación la hacía sonreír aún más a menudo. Para ella era una gran satisfacción saber que la chica no se quedaría soltera, como había temido al ver que la edad de los flirteos se le pasaba y se acercaba peligrosamente a los veinticinco.

Los pensamientos de la mujer se detuvieron al distinguir las delicadas decoraciones que engalanaban la nueva fachada de la panadería Serra. Hacía poco que sus propietarios, Mateo y Josefina, habían decidido remodelar el local ante el éxito del negocio, y lo habían hecho de acuerdo con el estilo modernista que florecía en la ciudad.

Tan solo hacía seis años que Mateo Serra y su esposa habían inaugurado la panadería, pero había sido tiempo suficiente para que se convirtiera en una de las más populares del barrio. Gracias a ello, se habían podido permitir una reforma de la que se había encargado el hermano de ella, que era ebanista. Inspirándose en la nueva tendencia artística que fusionaba arte y naturaleza, el artesano había diseñado y elaborado con maderas nobles la ornamentación de

la pared exterior del establecimiento.

Desde hacía unas semanas, la fachada del 546 de la futura Gran Vía, conocida entonces como Cortes, mostraba una nueva apariencia, refinada y fantasiosa, que atraía las miradas de los peatones. A los clientes también les gustaba aquel nuevo aspecto, más moderno, que evocaba la vegetación con sus gráciles ondulaciones. Las formas orgánicas otorgaban elegancia a la pared exterior del edificio, y se aliaban con el aroma del pan para invitar a entrar en el local. Allí, un despliegue de panes redondos y ovalados se exponía tras las vitrinas, mostrando su dorada perfección salpicada de harina. Esa visión, junto con el aroma delicioso que perfumaba el ambiente, se unía a la belleza de la nueva decoración y hacía del local un espacio aún más agradable.

En los seis años que hacía que era clienta, Elvira había visto cómo aumentaba la fama de aquel modesto establecimiento regentado por el joven matrimonio. No le costó nada simpatizar con la propietaria, Josefina, que resultó ser la hermana de un conocido de su marido, Rafael, que también era ebanista.

Aunque la dueña de la panadería era diez años más joven que ella, enseguida congeniaron. La mujer tenía un carácter afable, y complementaba las delicias de su horno con la diligencia en despachar. Su buena disposición se sumaba a la maestría de su marido, Mateo, para ofrecer a los clientes su dosis diaria de pan acompañada de una pizca de amorosa alegría.

Gracias a ello, el matrimonio Serra había conseguido que su negocio fuese ganando cada vez más prestigio. No era una tarea sencilla, ya que, además de pericia y amabilidad, el oficio requería de mucha dedicación. Y con cinco hijos en casa, la situación se complicaba. Por eso habían ido incorporando personal que los ayudaba, mientras Mateo y Josefina seguían entregándose a su quehacer diario con enérgica jovialidad, porque disfrutaban con la vida que habían confeccionado a base de pasión, vocación y entusiasmo. Y el reconocimiento de los clientes era el mejor estímulo, no solo para salir adelante, sino para seguir superándose.

—¡Buenos días, señora Elvira! —exclamó Josefina desde detrás del mostrador en cuanto la vio entrar—. ¿Un pan de montaña, como siempre?

—Sí, gracias, pero también quería pedirle consejo.

—¡Por supuesto! Usted dirá...

Elvira sintió de nuevo la efervescencia que le subía desde el estómago cada vez que daba la noticia. Era como si en cada ocasión volviera a revivir la

emoción que experimentó cuando ella misma lo supo.

—Pues que mi hija, Adela, se casa el mes que viene y quisiera que me recomendara una pastelería para encargarse del postre del banquete.

—¡Muchas felicidades, Elvira! Cuente con ello, desde luego, pero deje que se lo comente a mi marido, que él sabe más que yo. Mañana mismo le digo algo.

—No hay prisa, quiero que sea alguien de confianza que nos haga quedar bien. Ya sabe que Adela es nuestra única hija, y a mi marido y a mí nos hace una ilusión tremenda.

—Sí, sí, ya me lo imagino. Pero, dígame, ¿se casa con Esteban, aquel joven maestro tan simpático?

—El mismo. De hecho, se conocieron aquí.

—¿En serio? —A Josefina le hizo gracia que ellos tuvieran algo que ver en aquel enlace—. Esta sí que es buena... ¡Pues nos encargaremos de que tengan la mejor tarta de boda!

—No sabe cómo se lo agradezco. Estamos todos muy nerviosos porque no lo esperábamos. A estas alturas pensábamos que la niña ya no se casaría. Aunque no lo parezca, Adela ya tiene veinticinco, pero todo fue conocer a Esteban y mire..., ha salido todo rodado.

—Sí, a mí me pasó lo mismo con mi marido, tuvimos un noviazgo de apenas trece meses.

—Es que no hace falta más si la cosa funciona, y Adela y Esteban se entendieron desde el primer día.

Los ojos azul grisáceos de Elvira lucieron por unos segundos con una chispa ilusionada. Aquella mujer menuda pero esbelta no solo tenía una apariencia juvenil, sino que su carácter todavía conservaba la capacidad emotiva de la juventud. De pie, junto al mostrador, le acababa de venir a la memoria la imagen de su hija contándole que acababa de conocer a un joven muy agradable en la panadería Serra.

—Es maestro y es del barrio. Me ha preguntado si me gustaría tomar un café con él este domingo y le he dicho que sí. ¿He hecho bien?

Elvira le había dicho que sí. Confiaba en la prudencia de su hija, y si el chico le había parecido de fiar, ella estaba tranquila.

El domingo que había seguido a esa conversación, Adela era pura desazón. Se había vestido con su mejor ropa, un traje sastre de bengalina beis decorado con cenefas, bordadas en las solapas y en los puños. El corte de la vestimenta

estilizaba su figura, menos esbelta que la de su madre, y el color hacía destacar su piel levemente curtida. Un enorme sombrero adornado con tules le daba un aire de sofisticada elegancia que la hacía parecer una auténtica dama.

Cuando llegó a la plaza de Cataluña, donde se había citado con Esteban, Adela se alegró de haber elegido ese atuendo. La decoración modernista de la fachada del café bar La Lune anticipaba el refinamiento que se respiraba dentro. La pared exterior estaba embellecida con reproducciones de carteles que el pintor Ramón Casas había hecho para las marcas de licores Anís del Mono y Martini Rossi.

Algunos de los clientes ocupaban las mesas de la amplia terraza exterior del establecimiento, y disfrutaban tranquilamente de la hora y de la suave temperatura. Ellos, sin embargo, prefirieron el interior. Adela apenas podía contener su admiración ante la belleza de aquel espacio, que había sido reconocido por el ayuntamiento con el primer premio de decoración.

—Este es lugar de encuentro de intelectuales y artistas —le comentó Esteban, mientras retiraba una silla para que se sentase—. Santiago Rusiñol viene a menudo.

Mientras saboreaban sus cafés, los dos jóvenes mantuvieron una conversación agradable y distendida, tanto que nadie de los que les rodeaban hubiese podido adivinar que solo hacía tres días que se conocían. De hecho, parecían una pareja disfrutando de una tarde de domingo. Quizás porque ellos mismos ya se sentían así, conectados por un lazo invisible que había hecho que se conocieran, y que ahora los unía de manera natural.

A partir de ese día, todos los domingos que siguieron se convirtieron en un placentero paseo hacia la unión legítima, aquella que tanto ilusionaba a Elvira.

* * *

—¡No pienso volver!

—No se alarme, señora Amparo, que seguro que tiene que haber una explicación.

Elvira intentaba tranquilizar a su vecina, que le mostraba el resultado de cocer en el horno de los Serra la masa de un bollo que había preparado. Desde hacía algunos años, cuando llegaban las fiestas navideñas, muchas amas de casa llevaban sus grandes cacerolas a la panadería para cocinar el pavo en el horno de seis metros de profundidad y vuelta romana que tenía el

establecimiento. Por este motivo, a la vecina se le había ocurrido hacer un panquemado, un dulce típico de Valencia, su tierra, que había llevado allí para hornear. Pero lo que había salido era una masa plana que nada tenía que ver con la blandura de aquella torta alta recubierta de azúcar.

—¿Que explicación le han dado? —preguntó Elvira, intentando encontrar un argumento que calmase a la mujer—. ¿Cómo es que ha quedado así?

—No lo he preguntado. Estaba tan disgustada que me he ido a toda prisa.

—Pues debe volver y contárselo. Mire, como tengo que llevar a cocer el asado, la acompaño, si quiere.

La vecina estuvo de acuerdo y ambas salieron en dirección a la panadería Serra. La una con el bollo malogrado bajo el brazo, y la otra con la cazuela y el pollo relleno con ciruelas y piñones. Era la segunda Navidad que celebrarían con Adela y su marido, y Elvira se había esmerado con aquel guiso, y con la sopa de *galets* que serviría primero.

A pesar de ser media mañana, la luz apenas llegaba, debido a la neblina que en las últimas horas se había ido extendiendo por la ciudad. A pesar de ello, la ancha calle Cortes mostraba la actividad propia de las fiestas, con gente y carruajes que circulaban de aquí para allá. También en la panadería Serra había bastante animación, por lo que tuvieron que esperar un poco hasta que las pudieron atender.

Al escuchar las quejas de la vecina, Josefina enseguida se hizo cargo de la situación.

—Lo siento mucho, señora Amparo, le ruego que nos disculpe. Ahora mismo voy a averiguar qué puede haber pasado y buscaremos una solución.

No tardó ni dos minutos en salir acompañada del panadero, a quien acababa de transmitir la reclamación de la clienta. El hombre enseguida les explicó que él también era valenciano y que conocía aquel dulce.

—El problema no es del horno, es que ha pasado demasiado tiempo entre que la señora ha amasado la base y la cocción. Pero no se preocupen, yo les prepararé otro panquemado. Ya verán cómo esta vez sí que queda bien.

En cuanto se fueron, el hombre se puso a elaborar panquemados para demostrar que su teoría era cierta. Y lo hizo con tanto entusiasmo que le salieron una docena, todos muy altos y esponjosos.

Cuando, al día siguiente, Elvira volvió con la vecina para que se llevase lo que le habían prometido, se quedó de piedra. Los panes tenían una apariencia verdaderamente apetitosa, tan redonditos y oscuros en contraste con el

polvillo del azúcar y la blancura del interior.

—¿Qué van a hacer con el resto? —preguntó a Josefina.

—Me parece que los pondremos a la venta, a ver qué pasa...

—Pues yo voy a querer uno.

Como Elvira fueron muchos los vecinos que quisieron llevarse uno de esos dulces tan apetecibles, así que al final del día ya se habían vendido todos. Al ver la respuesta tan entusiasta de los clientes, los Serra decidieron que añadirían los panquemados a su oferta diaria y al día siguiente los pusieron en el escaparate.

Fue una buena idea, porque la clientela enseguida se aficionó a aquella nueva torta, lo que animó al matrimonio a probar con otros dulces. A Josefina se le ocurrió que podrían ofrecer uno típico de su tierra y, cuando se lo comentó a su marido, este estuvo de acuerdo. Poner a disposición de los parroquianos los pastelitos de Tortosa con que la había deleitado más de una vez era una gran ocurrencia.

—Probémoslo —le había dicho cuando se lo propuso una noche después de cenar—, me gusta tener cosas que no se pueden encontrar en otras panaderías. Como el pan de montaña, por ejemplo. Hay gente que viene expresamente aquí para comprarlo porque saben que en ningún otro sitio de Barcelona lo tienen.

Al día siguiente, Josefina ya tenía lista una bandeja de crestas azucaradas que colocó en el escaparate, junto a los panquemados. En pocas horas se habían vendido todas.

Volvió a hacer más y el resultado fue idéntico. Por eso, desde aquel día, los pastelitos de Tortosa pasaron a formar parte del abanico de productos de la panadería Serra, que comenzaba a trazar la dirección hacia la que se encaminaba su futuro.

PANELLETS DE PIÑONES

Octubre de 1917

El cielo oscurecido por las nubes de aquel último día de octubre parecía haberse confabulado con su estado de ánimo. La claridad turbia de la mañana tenía, sin embargo, una extraña tibieza que la incomodó. Elvira se asfixiaba bajo el chal que se había puesto para protegerse del frío que esperaba encontrar en la calle. Lo había hecho de prisa, porque no quería tardar demasiado en volver a casa. Le había costado mucho tranquilizar a Adela y conseguir que se adormeciese en la que antes había sido su cama.

Como las veces anteriores, se le había roto el corazón al ver el estado deplorable en que se quedaba su hija después de cada aborto. El primero había sido una decepción profunda, que se había llevado de golpe las maternales ilusiones de la chica. El segundo la había sumido aún más en el desencanto, pero el tercero lo estaba viviendo como un verdadero fracaso.

La pobre mujer nunca la había visto tan decaída. Y no era solo la hemorragia la causa de su desfallecimiento. Era la constatación de la impotencia. La frustrante sensación de la imposibilidad, y el rechazo que le provocaba tener que caer en la resignación.

Elvira, que sabía que no era aún momento de palabras, se la había llevado a casa y había hecho que se acostara. Quería que se recuperase físicamente, y confiaba en que el sueño la solazase de los tristes pensamientos que la ofuscaban. Una vez hubiese descansado, evitaría hablarle del tema y la envolvería en un ambiente placentero que la hiciese sentir segura. Por eso había salido a la calle, para comprarle una bandeja de *panellets* de piñones, su preferidos, y sorprenderla.

Mientras Rafael, su marido, se encargaba de cuidarla, ella se acercó a la panadería Serra, que había añadido a su oferta esos pastelillos típicos de Todos los Santos. Hasta ese día siempre los habían hecho juntas, en casa, pero

la interrupción repentina y espontánea del embarazo que había sufrido la chica lo había impedido aquel año.

La evocación de la vieja costumbre logró que se evadiera por unos momentos de su aflicción. Durante unos segundos se vio en la cocina con su hija, poniendo el azúcar y el agua dentro de un cazo para que hirviera. Ella insistía en la importancia de la temperatura a la que tenía que llegar el líquido, y utilizaba un termómetro de cocina para asegurarse de que lo hiciera exactamente a 110 °C. Hecho esto, Adela añadía al cazo almendra en polvo que mezclaba con los otros dos ingredientes, e incorporaba dos huevos enteros.

La chica lo iba mezclando todo a conciencia, hasta que conseguía una pasta homogénea que dejaban enfriar durante unos minutos. Pasado este tiempo llegaba el mejor momento de la tarde, cuando la hija daba forma a los *panellets* cogiendo pequeñas porciones de masa, que redondeaba con las manos. Una vez terminados, se los pasaba a ella para que los rebozase de piñones tras sumergirlos en huevo batido.

¡Qué gozo les daba ver el despliegue de bolitas blancas engastadas de semillas de pino! ¡Y qué emoción sentían al pintarlas con el huevo antes de meterlas en el horno! Solo necesitaban cinco minutos para conseguir la transformación de la masa en deliciosos dulces, que mudaban su color marfil para dar paso a un delicado dorado.

Aquel sería el primer año que interrumpirían la tradición de hacerlos en casa, pero, por suerte, los Serra habían sumado aquellos dulces a su surtido, que se había ampliado notablemente en los últimos años. Desde el incidente con los panquemados, su oferta había ido creciendo, así como los clientes, que también aumentaban. Tanto se había acrecentado la clientela que, finalmente, habían optado por contratar a un pastelero para que les echase una mano y los ayudase a asumir la demanda.

—Hemos tenido mucha suerte con él, estamos muy contentos —le explicó Josefina mientras le despachaba los *panellets*—. Conoce el oficio, ya que trabajaba en un obrador en Bellpuig, su pueblo. Empezó haciendo de palero, ¿sabe? El que maneja las palas con las que se mueven los panes y los pasteles en el horno. Es lo que se hace para conseguir que estén más o menos cerca del fuego, según la cocción que necesiten.

—Pues ya es mucho si tiene experiencia.

—No solo eso, tiene mucha habilidad y aquí está acabando de

perfeccionarse.

—Ya lo veo, los *panellets* tienen muy buena pinta.

—Huy, pues verá cuando los pruebe. ¡Antonio tiene muy buena mano con los dulces!

Elvira enseguida comprobó que Josefina tenía razón. Aquella noche celebró la castañada con su marido, su hija y su yerno. Tras cenar, sacaron a la mesa unos boniatos al horno, unas cuantas castañas asadas y los *panellets* de piñones que había comprado en la panadería Serra.

En cuanto los probaron, sus paladares se rindieron a su exquisita dulzura. Esteban, el marido de Adela, al salir de la escuela donde trabajaba, había comprado una botella de moscatel. El sabor untuoso del vino armonizaba con la dulzura de los *panellets* sin empachar. Se notaba que habían sido elaborados con un excelente control de las proporciones para conseguir una masa húmeda, tierna y nada empalagosa. Pero lo más sorprendente era que habían hecho que Adela se animara de pronto, dejando atrás su decaimiento.

—Muchas gracias, madre, estos *panellets* son una delicia. ¡Me parece que ya no hará falta que los hagamos nunca más!

Aquel comentario fue la demostración que terminó de serenar a Elvira. El hecho de que su hija bromease demostraba que su ánimo empezaba a reponerse del mal trago.

Y todo gracias a los dulces de aquel joven, Antonio Escribà, que habían contratado los Serra.

* * *

Al día siguiente, un jueves que amaneció entre nubes, Adela ya se encontraba lo bastante espabilada como para volver a casa. Desde que se había casado, cinco años atrás, vivía en un piso del barrio de Sants, que habían alquilado porque estaba cerca de la escuela donde trabajaba Esteban.

Elvira hubiera preferido que la chica se quedase algún día más con ella, para terminar de recuperarse por completo, pero no quiso contradecirla cuando manifestó su deseo de volver a su casa, con su marido. Comprendía que cuanto antes volviese a la rutina, más fácil le resultaría olvidar el nuevo desencanto de su maternidad frustrada. Era aún muy joven, y lo mejor que podía hacer era seguir adelante hasta que llegara el momento que tanto deseaba. Porque Elvira estaba convencida de que, más tarde o más temprano,

su hija acabaría siendo madre. La experiencia le había demostrado que los deseos, cuando son tan intensos, siempre terminan por cumplirse.

—Toma —le dijo antes de que se fuese, mientras le alargaba un hatillo hecho con un pañuelo—, unos *panellets* de piñones que guardé ayer para ti.

—¡Está usted en todo, madre! Muchas gracias.

—Es que vi que te animaron mucho, y quiero que estés siempre así, hija. No dejes nunca que te venza el desánimo.

—No lo haré, no se preocupe. ¡Y menos con estos *panellets*, que hacen milagros!

La chica no se equivocaba mucho. Antes de que terminase la semana, ese mismo viernes, Esteban la sorprendió con una excelente noticia.

Adela recogía la labor que había estado cosiendo, sentada junto a la ventana para apurar los últimos rayos de luz, cuando lo oyó entrar. Nada más verlo supo que algo había pasado. Su sonrisa lucía más radiante que nunca, y un brillo en los ojos le encendía la mirada.

Después de darle un beso, bajo la luz débil y rojiza que se filtraba a través del cristal, Esteban anunció con un tono entre alegre y solemne:

—Me han propuesto trabajar en la Escuela del Bosque.

Adela pensó un segundo, en silencio, antes de preguntar:

—¿La que está en Montjuïc, en ese edificio tan curioso?

—Exacto, la Torre Laribal. ¿Recuerdas que te hablé de ella hace poco, aquel domingo que fuimos a la montaña?

—Sí, me dijiste que te gustaba mucho el sistema de enseñanza, porque las clases se hacen al aire libre, en contacto con la naturaleza.

—Y por más cosas. Tiene una línea educativa muy avanzada, y apuestan por la experimentación y la observación directa de la realidad.

Esteban, se sentó a su lado y continuó.

—Lo sé porque hace un tiempo me presentaron a la directora de la sección de niñas, Rosa Sensat, y simpatizamos enseguida. Ya sabes que yo soy un gran defensor de este tipo de movimientos pedagógicos, como el de la Escuela Moderna.

—Sí, siempre has dicho que la educación debe tener una base científica y racional. Y que castigar no lleva a ninguna parte.

—Correcto, se debe guiar a los niños para que aprendan por sí mismos sin condicionarlos. Por eso me gustó tanto que inauguraran hace tres años la Escuela del Bosque en la torre del abogado Josep Laribal. El ayuntamiento se

la quedó cuando él murió, y la reformó para ubicar el centro. Tendrías que ver qué jardines tiene, ¡y qué vistas! Allí los niños aprenden a través del contacto directo con la naturaleza, pueden experimentar con el entorno... ¡una maravilla!

—¿Y cuándo empezarás a trabajar?

—El próximo curso. He hecho lo imposible para conseguir que me dieran una plaza, y esta mañana me lo han confirmado. ¡No veo el momento de comenzar!

Aquel fue el segundo de los prodigios que se obraron gracias a la panadería de los Serra. El primero había sido posibilitar que Adela y Esteban se conociesen en su local, y el tercero había de venir con los pastelitos de Tortosa.

Faltaban todavía nueve años para que se produjera el fenómeno, justo cuando el matrimonio había dejado de anhelar la llegada de un hijo. Pese a todo, ese día insólito de Navidad cuando una nieve efímera transformaría Barcelona, Alba vendría al mundo con el dulce legado de una especie de magia. Una herencia que parecía provenir de la constante relación entre su familia y la panadería Serra. Como si un vínculo invisible de azúcar se mezclase con su genética para hacer florecer en ella un don que llegaría a ser mucho más que una simple habilidad. Como lo eran las virtudes de aquellos dulces de Antonio Escribà, capaces de obrar prodigios.

El joven pastelero —que se había incorporado a la panadería aquel año sacudido por una huelga general en agosto y por la Revolución de Octubre, en Rusia— siguió trabajando con los Serra, con quienes se sentía muy a gusto. Mateo se había dado cuenta de las habilidades de aquel chico, y supo espolearlas fomentando su pericia y su creatividad.

También Josefina apreciaba estas dotes, así como su carácter afable, que tan bien congeniaba con el de ella. Por eso, a medida que pasaban los años no solo la oferta de pasteles y dulces se incrementó, sino que también lo hizo la intimidad entre los dueños de la panadería y el joven pastelero. Antonio Escribà había encontrado en el obrador su espacio soñado, el lugar donde hacer realidad las creaciones que le hervían en la cabeza sin más límite que su imaginación. A Mateo le gustaba la motivación constante del chico, y disfrutaba tanto como él renovando y mejorando el despliegue de dulces y pasteles que se exponían cada día en el escaparate del local.

El tiempo fue transcurriendo y aquella relación laboral y personal siguió

avanzando hasta que, justo diez años después de su incorporación a la panadería, poco antes de que Alba cumpliera un año, Antonio Escribà se casó con una de las hijas de los propietarios.

La chica, que también se llamaba Josefina, había heredado la eficiencia de la madre, y ese carácter diligente fue el contrapunto perfecto a las iniciativas del pastelero. Juntos impulsaron nuevas metas, como la de surtir de panecillos de Viena los bares y restaurantes del recinto ferial de la Exposición Internacional que tuvo lugar en 1929 en Barcelona, dos años después de su boda.

Mientras la ciudad se embellecía con nuevos edificios y construcciones, a Mateo se le ocurrió la idea y se la propuso a su yerno, que estuvo de acuerdo, ya que confiaba plenamente en la intuición de aquel pionero que había demostrado poseer una gran visión empresarial.

No hacía ni un siglo que se había desarrollado en Viena el método para producir aquellos panes de masa esponjosa y ligera, muy similar al brioche, que se popularizaron gracias a las Exposiciones Universales de París y de la propia capital austriaca. Decidido a proveer a la feria de este tipo de panes, Mateo contrató a tres panaderos vieneses que utilizaban uno de los dos enormes hornos de bóveda romana del obrador para hornearlos. Una vez listos, era Antonio quien se encargaba de llevarlos al recinto ferial.

Para poder realizar el reparto, el pastelero había comprado un triciclo Alpha provisto de un motor de dos tiempos. Durante ocho meses, cada mañana temprano, cargaba los panecillos de Viena en el vehículo y se dirigía a Montjuïc.

Una mañana, sin embargo, en la curva que daba acceso a los jardines de Laribal, donde trabajaba Esteban, justo a la altura de la Font del Gat, Antonio perdió el control del triciclo motorizado y volcó con toda la mercancía. Buena parte de los panecillos de Viena salieron disparados por efecto del impacto. Algunos quedaron esparcidos por la carretera, y otros rodaron cuesta abajo. Por suerte, el pastelero resultó ileso y pudo entregar a sus clientes la parte del pedido que se había salvado.

Cuando la familia, los trabajadores y los tres panaderos austriacos lo vieron entrar en la pastelería magullado, se llevaron un buen susto. Pero pronto se les pasó, al oír como Antonio les contaba lo que había ocurrido, y se rieron del espectáculo que había protagonizado con la dispersión de panecillos, que parecían unas setas extrañas aparecidas en la carretera.

Así pues, el accidente quedó como una anécdota divertida, uno más de los hechos curiosos que iban configurando la historia de los Escribà.

C O C A D E S A N J U A N

Junio de 1947

Cuando Alba llegó al portal del edificio donde vivía su amiga Elisa, se topó con un grupo de vecinos que cargaban con tablones y todo tipo de maderas para preparar la hoguera de aquella noche.

Un hombre fornido y moreno le sostuvo la puerta para que pasara. Ella también iba bastante cargada, pero su bagaje lo constituía una voluminosa coca. Su amiga la había invitado a celebrar la verbena de San Juan en la azotea de su casa, y habían acordado que ella se encargaría de llevar el postre. Los invitados aportaron dinero o ingredientes, y ella lo preparó gracias a la colaboración de los Vidal, que le permitieron utilizar tanto su cocina como su horno. En total fueron dos las cocas que elaboró ese día: una para sus señores e invitados y otra para la celebración en casa de Elisa.

Dedicó la mañana entera a la preparación de los dulces, aprovechando la tranquilidad que imperaba en el piso del arquitecto. Los niños, que solían ser quienes más podían entretenerla, estaban en la escuela, y la chica que hacía la colada y la limpieza no iba ese día. A pesar de la responsabilidad que suponía elaborar aquellos postres, Alba no estaba nada nerviosa. La cocina era un territorio donde se encontraba segura, porque sabía que cualquier posible error podía convertirse en un éxito con técnica, pericia e imaginación. Y ella disponía de las tres aptitudes.

Con movimientos diestros, la chica hizo un volcán con la harina que había vertido sobre la mesa, y volcó en su interior las cantidades precisas de agua, azúcar y sal. Después, comenzó a removerlo con mucho cuidado para que los últimos ingredientes quedaran bien mezclados. Cuando lo consiguió, tomó un recipiente donde disolvió levadura con un poco de agua y, a continuación, lo incorporó al volcán de harina para mezclarlo con el contenido.

Sus gestos tenían la doble cualidad de ser ágiles y precisos a la vez. Los

hacía maquinalmente, aunque sin perder la concentración que exigía aquella tarea en la que todo contaba. La calidad de los ingredientes, su justa medida, la manera de trabajarlos, las temperaturas y los tiempos. A pesar de ello, sus movimientos mostraban una aparente sencillez, como si lo que hacía fuera rutinario y simple, como si aquella tarea no llevara la huella de una pasión antigua y perdurable.

Alba tomó la mantequilla y la batió hasta conseguir una textura densa de pomada que introdujo en el volcán junto con unos huevos batidos. A continuación fue amasando la mixtura de ingredientes mientras incorporaba muy lentamente la harina. La constancia y la cadencia que otorgaba a sus manos hicieron de aquella mezcla una masa uniforme, lisa y homogénea.

Tras dejarla reposar durante veinte minutos, la chica cogió el rodillo y comenzó a aplanarla hasta conseguir que tuviera un espesor de unos cuatro milímetros. Entonces la partió en dos trozos a los que dio la característica forma de coca, larga y con los extremos redondeados. Acto seguido, las decoró con trocitos de melón, naranja y cerezas confitadas.

Alba colocaba las pequeñas piezas de fruta con delicadeza, tratando de formar un conjunto armónico tanto de formas como de colores. Mientras lo hacía, tarareaba el bolero «Quizás, quizás, quizás», que se había convertido en un éxito ese año. Cuando consideró que el resultado era bastante satisfactorio, dejó que la masa volviera a reposar, pero esta vez durante un par de horas, el tiempo necesario para que fermentara.

La chica siguió con su quehacer habitual, mientras a su alrededor se cernía una calma diferente a la de otros días. Aún faltaban horas para que llegara el momento de celebrar la verbena, pero en el aire podía ya captarse el ambiente festivo. Muy pronto las calles se adornarían de farolillos, guirnaldas y banderolas de papel, y en sus cruces la gente iría apilando objetos de madera para quemar en las hogueras que se encenderían al anochecer. Muy por encima de la claridad de aquellas antorchas gigantescas, la luz polícroma de los fuegos artificiales acabaría de resquebrajar la oscuridad noctámbula, la más breve del año, y todos recibirían agradecidos y felices la llegada del verano.

A Alba le sabía mal no compartir ese festejo con su madre y su abuela, pero saber que lo harían con unos parientes con quienes tenían muy buena relación la animaba. Por eso había aceptado la propuesta de su amiga Elisa, que la había invitado a la verbena que hacían cada año los vecinos de su casa en la azotea del edificio.

— Carlos también vendrá, así que puedes traer a Enrique.

Aún no hacía ni tres meses que había empezado a salir con el chico que conoció en la cola de racionamiento, así que la proposición la dejó pasmada.

—¿Estás segura? Tú hace dos años que sales con Carlos, pero nosotros todavía nos estamos conociendo. Me parece demasiado pronto.

—¡Ya tienes veinte años, Alba! ¿Para qué quieres esperar? ¿Para que se te pase el arroz?

La espontaneidad sin ambages de Elisa no le sorprendió nada. Estaba acostumbrada a su brutal sinceridad con ella y se lo agradecía, porque sabía que quería su bien. Por ello, decidió hacerle caso. Además, se encontraba a gusto en compañía de Enrique y le gustaba ir descubriendo las afinidades que tenían.

El día en que había ido a visitarlo a la lechería donde trabajaba, tal como acordaron, la atracción que sintió hacia él la mañana en que lo conoció se había incrementado. Le pareció aún más apuesto y simpático, quizás por el brillo que animaba sus ojos y hacía aún más ufana su sonrisa. También el sentimiento de proximidad fue más intenso, y se descubrió charlando con él y haciendo bromas de manera desenvuelta como si fuesen dos viejos amigos.

Tan solo fueron diez minutos, porque el chico estaba en el trabajo, pero la semilla de complicidad que habían sembrado en la cola de racionamiento ya había empezado a germinar.

Al día siguiente, Alba regresó para llevarle el arroz con leche que había prometido hacerle. Habían convenido que se pasaría cuando el chico terminara su jornada, pero, al verla, Enrique se mostró tan maravillado como si no lo hubieran acordado veinticuatro horas antes.

—¡Qué sorpresa! Me hace mucha ilusión que hayas venido.

—Ya te dije que vendría, y que te traería un postre hecho con la botella de leche que me regalaste ayer.

—Sí, ¡pero no pensaba que lo hicieras tan rápido!

Alba le alargó la fiambarrera de aluminio que contenía el arroz con leche.

—Tendrás que devolverme el recipiente cuando te lo hayas terminado.

—Estupendo, así tendremos que volver a quedar... ¿Qué te parece el próximo domingo?

La chica no pudo negarse y tres días más tarde se volvieron a encontrar. Enrique le había propuesto citarse en las galerías comerciales subterráneas de la avenida de la Luz. Hacía casi siete años que habían inaugurado aquella vía

que discurría por debajo de la calle Pelayo, y se había convertido en un lugar muy concurrido ya que, además de ser un sitio de paso pues ocupaba el vestíbulo de acceso a los ferrocarriles de Sarriá, ofrecía un montón de posibilidades.

Aparte de deleitarse con la esplendorosa visión de la galería bajo la luz de los más de doscientos tubos de neón situados sobre las dos hileras de columnas pareadas, se podía pasear, visitar sus establecimientos, tomar un café o, incluso, ver una película.

—Si quieres le puedo pedir a mi amigo Domingo que nos deje entrar gratis al cine —le comentó Enrique mientras bajaban los escalones de la entrada de plaza de Cataluña—. Es uno de los acomodadores.

Alba se hizo la despistada, fingiendo que se interesaba por los vestidos expuestos en una de las tiendas. Ya había transigido demasiado accediendo a todo lo que le había propuesto el chico, y no quería que se hiciese una idea equivocada de ella si también consentía en meterse con él dentro de una sala a oscuras.

Sin embargo, aquella tarde de domingo le costó disimular que se sentía muy a gusto en su compañía. Tanto que a la hora de irse no pudo evitar una punzada de tristeza. Desde que lo conocía, Enrique se había instalado en su pensamiento de tal manera que el tiempo se ralentizaba cuando él no estaba, una sensación que hacía mucho que no sentía o, al menos, no con aquella intensidad.

Afortunadamente, parecía que la atracción era mutua, porque el chico le sugirió verse el siguiente domingo. Al despedirse, después de pasear y tomar un café en la avenida de la Luz, le preguntó si le gustaría visitar con él el Museo de Arte Moderno en el parque de la Ciudadela. Ella aceptó, y fue así como se enteró de la afición de Enrique por la pintura. Mientras contemplaban las obras expuestas en el edificio que ocho años antes había acogido el Parlamento de Cataluña, el chico le contó que hacía un par de años que estudiaba en la Escuela Superior de Bellas Artes de San Jorge, ubicada en la Lonja de Barcelona.

—Voy a clases nocturnas para poder trabajar en la lechería, que es de donde sale el dinero para pagarme los estudios. Por cierto, este año se ha matriculado uno de los hijos de Antonio Escribà.

A Alba la noticia le sorprendió.

—¿No quiere ser pastelero?

—Parece ser que le atrae la escultura y la pintura, y, por lo que he oído, es bastante bueno.

La chica se encogió de hombros en un gesto de resignación. Le costaba imaginar que alguien tan cercano a la repostería optara por otra vertiente artística.

Sus reflexiones se interrumpieron con el curso de la conversación, que él proseguía mientras se desplazaban por las salas del museo.

—A mí siempre me ha gustado dibujar. De pequeño, en la escuela, me castigaban a menudo porque me pasaba el tiempo llenando de bocetos y apuntes el cuaderno en vez de hacer los deberes. Y en casa, más o menos lo mismo. Mi madre siempre me regañaba cuando me veía dibujar. Me decía que era una pérdida de tiempo, que procurase hacer algo de provecho.

—Por desgracia, esto es típico de las familias trabajadoras. Cuando les sale un hijo artista hacen de todo para quitarles la manía de la cabeza. Yo tuve suerte, porque mi padre, al ser maestro, era más comprensivo y me dejaba hacer prácticamente lo que quería en la cocina. También es cierto que no es exactamente lo mismo que querer ser pintora. Pero yo creo que si aún viviera me ayudaría a abrir una panadería o una pastelería.

—¿Murió?

—Sí, pronto hará cinco años, de tuberculosis.

—Vaya, lo siento. Yo tampoco tengo padre, desapareció en la guerra. Lo movilizaron, ya hacia el final, y nos escribió un par de veces desde el frente. Pero después de la batalla del Ebro ya no volvimos a tener noticias.

Una sombra opaca cayó sobre el rostro del chico. Fue la primera vez que Alba lo vio sin su expresión alegre y risueña. Incluso la mirada luminosa parecía haberse fundido en aquella umbría que lo rodeó de repente.

Aquel instante de oscuridad duró muy poco. Él mismo cambió de conversación enseguida para mostrarle la colección de dibujos y grabados de Xavier Nogués que se exponía en la sala. Entonces, volvió a ser el de siempre, y así continuó el resto de domingos que se citaron.

El sol ya casi tocaba el cenit cuando Alba dejó atrás aquel recuerdo para empezar a pintar las cocas con huevo batido. Habían pasado las dos horas de reposo, y tenían un aspecto similar al que mostrarían una vez cocidas. Tras untarlas bien, la chica espolvoreó por encima una lluvia de piñones a la que siguió otra de azúcar. Los cristales diminutos cayeron lentamente sobre la superficie del dulce, en la que destacaban los trocitos verdes, naranjas y rojos

de la fruta confitada.

Cuando las tuvo decoradas a su gusto, las metió en el horno, que ya había alcanzado la temperatura que precisaba. Solo serían necesarios unos catorce minutos para que el calor obrara la metamorfosis que acabaría de transformar la masa en deliciosas cocas de San Juan.

* * *

Unas horas más tarde, en su casa, Alba empezaba a prepararse para salir. Se había quitado la ropa de diario y había elegido un vestido floreado sin mangas que le había hecho su madre. Los colores veraniegos del estampado eran discretos pero le favorecían, al igual que la forma ajustada del modelo, que daba esbeltez a su figura.

Tras cepillarse el cabello y arreglarse las ondas, salió por la puerta del piso cargando la coca bien envuelta en papel y sujeta con un cordel. Había quedado con Elisa un poco antes de que llegara el resto de invitados para ayudarla con los preparativos. A Enrique le hubiese gustado pasar a recogerla para ir juntos a casa de su amiga, pero Alba prefirió que el chico cenara tranquilamente con su familia y, por eso, lo citó directamente en el portal del edificio donde se celebraría la verbena.

Pasaban de las once de la noche cuando lo vio aparecer al doblar la esquina de la calle. Se había puesto su ropa de domingo, un pantalón de vestir y una camisa, y llevaba el cabello reluciente. El ambiente festivo se había extendido por toda la ciudad y en el cielo oscurecido empezaban a estallar luces de colores.

—¡Caramba, qué guapa estás! —soltó cuando estuvo seguro de que estaba lo suficientemente cerca para que pudiese oírlo. Ella se limitó a sonreír y lo invitó a subir.

Mientras la seguía por los peldaños, trató de cogerla para robarle un beso, pero la chica se escapó riendo. No era la primera vez que él intentaba hacer ese tipo de incursiones, y parecía que los resultados iban mejorando. Por lo menos no había vuelto a llevarse una bofetada como la primera vez que lo probó. Sucedió cuando tan solo hacía un mes que se conocían y tres semanas desde que habían comenzado a salir, y Alba no había querido que pensara que podía tomarse ese tipo de confianzas.

Como todas las chicas, había crecido rodeada de consejos y advertencias

que la alertaban de los riesgos que comportaba dejarse llevar por las tentaciones de la carne. Pero ya habían pasado más de dos meses desde su primera cita, y el chico parecía tener buenas intenciones. Por eso su rechazo era más sutil, una especie de juego que los animaba a ambos y despertaba peligrosamente sus instintos.

Una vez arriba, Enrique se alejó de la chica y ambos adoptaron una actitud formal. Algunos vecinos ya habían subido a la azotea, y se asomaban al murete de ladrillos para ver las hogueras que se habían encendido en los cruces de las calles. Precisamente, justo debajo del edificio, ardía una que había congregado a un buen número de niños. Los más pequeños bailaban a su alrededor, mientras que los mayores intentaban saltar por encima, en medio del alboroto y las risas.

Alba aprovechó que los invitados estaban distraídos con aquel espectáculo para presentarle el chico a Elisa. Por la expresión que vio en la cara de la amiga, intuyó que era de su agrado, una impresión que confirmó guiñándole un ojo disimuladamente, cuando Enrique se dirigió a la mesa donde habían dejado la coca.

Un par de vecinas admiraban la espléndida apariencia de aquel brioche que había elaborado Alba, y sus comentarios despertaron una curiosa altivez en el chico, que estaba orgulloso de las habilidades culinarias de su novia. Se sentía privilegiado de poder saborear sus postres, que nada tenían que envidiar a los confites de las mejores pastelerías. Porque además de la maestría que le otorgaba la experiencia, sus platos llevaban el calor de toda su pasión.

Cuando la madre de Elisa cortó la coca en pequeñas porciones, el azúcar soltó un leve crepitar que, a pesar de su delicadeza, se impuso al ruido de los petardos. La hoja del cuchillo se deslizó sobre la superficie bronceada del dulce, salpicada de piñones y trocitos de fruta confitada, y un olor meloso impregnó el ambiente. De repente, los invitados rodearon la mesa donde se encontraba la coca para tratar de hacerse con uno de los trozos que acababan de cortar.

El cielo, cubierto de las iridiscencias de los fuegos, quedó en un segundo plano mientras la gente saboreaba aquel manjar. Algunos soltaban exclamaciones entusiastas, pero la mayoría parecía concentrarse en paladear el sabor exquisito de aquella combinación de pasta ligera, fruta dulce y piñones.

—Me apuesto lo que sea a que la coca que le han ofrecido a Eva Perón esta

noche no es ni la mitad de buena que la tuya.

Enrique se las ingenió para llevar la chica hasta un rincón discreto de la azotea, muy cerca de los tendederos.

—Pero ¿qué dices?

—¿No sabes que la presidenta de Argentina está en Barcelona?

—Había oído hace unos días que estaba en Madrid, pero no pensaba que viniese aquí.

—Pues sí. Esta tarde ha cenado con la mujer de Franco y después iban al Real Tennis Club. Pero en este momento no las envidio en absoluto.

Alba sonrió complacida y no pudo contener el impulso que la acercaba a él. La mirada del chico parecía contener los mismos fuegos que el cielo, y ese ardor lo empujó también hacia ella. Pero esta vez sus manos no encontraron ningún obstáculo, y pudieron rodear la cintura de la chica para atraerla hacia su cuerpo.

La distancia entre ellos se había limitado al espesor ligero de la ropa, y esa frontera mínima era incapaz de contener el arrebató de las pieles. Ya nada pudo impedir que sus labios se encontrasen y se rozasen con cierto titubeo. Alba no había besado a nadie de esa manera, y la inexperiencia la llenaba de inquietud.

Cuando él notó su inseguridad, intentó tranquilizarla ralentizando el beso, mientras le acariciaba la parte baja de la espalda. A medida que la chica se relajaba, el chico fue aumentando la presión hasta que pudo adentrarse en la profundidad de aquellos labios erógenos y carnosos.

Sin darse cuenta, ella cerró los ojos y dobló un poco el cuello hacia atrás. El ruido de los petardos, la cháchara de los invitados, la visión estrellada del cielo ardiente e, incluso, el olor afrutado de la coca se perdieron en el sentir húmedo y cálido del contacto con él. El estallido del fuego se concentró en el abrazo que los fusionaba y aceleraba sus latidos en un ritmo creciente de efervescencia, como si su deseo quisiera emular la crecida de luz que festejaban con aquel solsticio.

Entonces, de repente, Alba se dio cuenta de que en el mundo había muchas clases de magia, y que Enrique acababa de descubrirle una de ellas.

B RAZO DE GITANO

—¡Qué pronto habéis terminado de cenar!

La exclamación de Alba quedó suspendida en el aire al ver quién acababa de entrar por la puerta de la cocina. Antes de girarse, la chica había dado por hecho que se trataba de los niños, que, como solían hacer a menudo, acudían a pasar un rato con ella antes de irse a la cama. Por eso había soltado esa frase, sorprendida de que se hubiesen acabado la cena tan rápidamente. Dado que esa noche la familia tenía invitados, había supuesto que los niños querrían retardar un poco la hora de acostarse y que, por eso, habían ido a visitarla mientras sus padres hacían la sobremesa.

No era la primera vez que los Vidal invitaban a la familia de un abogado amigo del arquitecto. El letrado venía siempre acompañado de su esposa, una mujer risueña y rolliza, y de su hijo Joaquín, que empezaba a ejercer en el bufete de su padre. Era precisamente él quien acababa de irrumpir en la cocina, ante el asombro de Alba, que se quedó inmóvil durante unos segundos mientras el chico la miraba con sus ojos oscuros y penetrantes. Solo tenía un par de años más que ella, pero con aquel traje elegante, que acentuaba su esbeltez, y aquel cabello negro peinado con una raya bien marcada en un lado, parecía un galán de película.

Una vez recuperada de la impresión, la joven cocinera dejó escapar una tímida disculpa.

—Perdone, pensaba que eran los niños.

—Sí, ya me lo he imaginado —dijo Joaquín mientras avanzaba hacia la mesa de trabajo donde ella seguía de pie, sin moverse—. No quiero estorbar, simplemente me estaba aburriendo la conversación y me he excusado diciendo que tenía que ir al servicio.

—Pues está al fondo del pasillo.

—No, no, solo era un pretexto. Lo que quería era hablar contigo un rato.

La incomodidad de Alba se acentuó aún más, y temió que la vergüenza que

sentía le enrojeciese las mejillas. El atrevimiento del chico la violentaba aún más que su presencia turbadora. Joaquín pertenecía a otra esfera social, y el trato que debían tener distaba mucho de aquella situación. Pero ella poco podía hacer para evitarla, así que decidió actuar con tanta corrección como le fuese posible.

—Usted dirá...

—Ya hace tiempo que estaba intrigado acerca de la persona que cocina estos platos tan deliciosos de los Vidal. No sé si lo sabes, pero tenemos amigos comunes que también comentan la suerte que han tenido al encontrar una cocinera tan buena.

—Muchas gracias, es muy amable al decírmelo.

—No es ningún cumplido, mujer, simplemente quería que supieras que estoy bastante impresionado, y te aseguro que pocas cosas me emocionan. Pero ¿sabes qué es lo que más me gusta de todo lo que haces?

—Los postres.

Por unos momentos, Alba consiguió deshacer la actitud arrogante del chico, que dio paso a la estupefacción. Había contestado por inercia y ahora se arrepentía de lo que había dicho, pero le había sido imposible contener una respuesta que conocía, porque se lo decían a menudo.

—¿Cómo lo has sabido?

—Es con lo que más disfruto y siempre intento superarme.

—Pues lo consigues, créeme, tu repostería parece hecha por un profesional. El domingo en que los Vidal me dijeron que el brazo de gitano que nos habían servido de postre lo había hecho la cocinera me quedé de piedra. Estaba convencido de que era de pastelería. Por cierto... ahora que lo pienso... No sé si conoces una que se llama Escribà.

—¡Por supuesto que la conozco! Mi abuela vivía cerca y era cliente. Tiene muy buena reputación.

—Sí, cierto, en casa somos clientes desde siempre. De hecho, mi padre tiene amistad con el propietario. Te lo he preguntado porque hace poco le comentó que buscan dependienta para los domingos. Tú ese día lo tienes libre, según me ha dicho la señora Vidal. ¿Quieres que le hable de ti?

Alba volvió a enmudecer, pero esta vez golpeada por la contundencia de un destino que cada vez se mostraba más directo. Como el chico.

—Sería un honor poder trabajar allí, señor Joaquín. Le agradezco muchísimo que haya pensado en mí.

—Pues entonces cuenta con ello. Ahora tengo que volver a la mesa, porque si no se preocuparán, pero te diré algo cuando haya hablado con ellos.

Joaquín salió por la puerta con tanta rapidez que la chica no tuvo tiempo ni de decirle adiós. Siguió plantada junto a la mesa, intentando asimilar lo que acababa de pasar. Una vez más, su camino se cruzaba con el de aquella pastelería, que, de una manera o de otra, avanzaba en paralelo a su recorrido vital.

Ahora, si no lo había entendido mal, su trayecto podría converger con el de los Escribà, y aquella perspectiva la llenaba de un delicioso vértigo.

El nuevo panorama que se acababa de abrir ante ella mitigó por unos momentos la desazón que la consumía desde hacía unas semanas. La relación con Enrique se había deteriorado mucho desde la noche lejana en que se habían besado en la terraza de Elisa, y la chica ya no sabía qué podía hacer.

Todo había comenzado después de un verano en el que él se había mostrado más entusiasta y atento que nunca. Salían cada domingo, incluso algún día entre semana, y en cada encuentro se mantenía la misma complicidad y atracción del primer día. La conexión que los acercaba no hacía más que incrementar la sensación de felicidad que compartían cuando se encontraban, y estimulaba aún más el deseo que apenas lograban contener.

Como ya había intuido, el día que fueron al cine Avenida le costó mucho frenar las aproximaciones de Enrique, espoleado por las posibilidades que le ofrecía la oscuridad. No entendía cómo conseguía superar las limitaciones de las butacas, pero a cada momento encontraba sus manos explorándola por debajo de la blusa y de la falda. Era una sensación molesta y sin embargo excitante, porque cada vez que notaba sus dedos acariciándole la piel se estremecía y le costaba no dejarse llevar por el estímulo que despertaba en su mente.

Más tarde, cuando se acostaba, sus últimos pensamientos huían hacia aquel momento en que ella se convertía en lo que él más codiciaba. Esa sensación la hacía sentirse preciosa y única, y con un poder sobre él que apenas empezaba a vislumbrar.

Pero el verano pasó y el comportamiento del chico entró también en un estado otoñal, hecho de distancia y de una gradual frialdad. Dejaron de verse entre semana, porque él decía que llegaba agotado del trabajo y tenía que madrugar. Los domingos quedaban cada vez más tarde, y él se iba temprano argumentando que estaba rendido. Más de una vez incluso canceló la cita del

último día de la semana, alegando que tenía que estudiar, que iba muy retrasado en sus estudios en la Lonja. A Alba todo aquello no acababa de convencerla; el vínculo que había sentido hacia él lo notaba todavía muy vivo, y la alertaba de que el chico no decía la verdad. Había algo que él no quería contarle y que le preocupaba cada vez más.

La chica optó por no presionarlo. Sabía que era lo peor que podía hacer. Que tenía que dejar que él solo solucionara el problema, fuera lo que fuese. Que era cuestión de tiempo. Pero los días pasaron y el muchacho siguió con su actitud distante.

A pesar de que hacía nueve meses que se conocían, se daba cuenta de que poco sabía de él. Se había limitado a contarle que vivía con su madre viuda y con dos hermanos más pequeños, pero no le había dicho dónde. Ni siquiera le había presentado a algún miembro de la familia. Y tampoco a ningún amigo suyo, salvo a Domingo, el acomodador del cine Avenida, que un par de veces los había dejado entrar gratis en la sala.

Al principio, aquella actitud le había parecido lógica. Ella también se mostraba prudente y, por ello, le había costado invitarlo a la verbena. De todas formas, a medida que lo iba tratando, la chica había querido incluirlo en más facetas de su vida y, por ese motivo, le había demostrado cada vez más confianza. Lo había hecho de manera natural, ya que nunca hubiera pensado que pudiera ser de otra forma. Pero cuando notó en él las primeras muestras de recelo y frialdad que la excluían, su estupefacción la movió a actuar con tacto pero con firmeza.

Una tarde de finales de septiembre le preguntó el motivo de aquella actitud, sin reproches, solo con el objetivo de poder entenderlo y calmar su inquietud. La respuesta del chico fue contestar con evasivas y reconducir la conversación hacia un terreno que no lo comprometiera a sincerarse. Aquello la dejó aún más frustrada y decepcionada. Por la imposibilidad de averiguar qué pasaba y por la nueva imagen que le ofrecía Enrique, mezquina e insegura.

Aun así, durante unos días Alba se culpó de la situación. Repasaba mentalmente todos sus actos hacia él, intentando encontrar qué era lo que había hecho o dejado de hacer que hubiese motivado aquella insensibilidad. Y, a fin de compensar sus posibles errores, la chica se había esforzado en complacerlo aún más. Le hacía postres, no sacaba nunca a colación los temas personales, intentaba hacerlo reír, era mucho más cariñosa e incluso modificó su apariencia, con ropa más atrevida y utilizando algún cosmético. Creía que si

los momentos que compartían eran felices, placenteros y excitantes él la trataría como antes y querría verla tan a menudo como al principio.

Se equivocaba.

La frialdad de Enrique empezó entonces a convertirse en desdén. Aceptaba los postres que ella le cocinaba pero no se mostraba ni agradecido ni sorprendido, como con el resto de las atenciones que le ofrecía. Cuando Alba recordaba cómo se había ilusionado el día que le había llevado el arroz con leche, le daban ganas de llorar de impotencia, incomprensión y rabia.

Aquel mes de noviembre solo se habían visto un par de veces, y Alba había vuelto a casa tras cada cita con el corazón encogido. Porque en ambos encuentros había podido sentir el muro invisible que él había erigido a su alrededor. Como si llevara un escudo imaginario que la dejaba a ella fuera, muy lejos de su mundo.

Cuanto más lo pensaba, más evidente se le hacía que Enrique se había quedado en el umbral de la relación y que no tenía ninguna intención de atravesarlo. Que no quería compartir con ella más privacidad que la que había entre ellos dos en los raros momentos en que se encontraban. Y aquello le parecía la peor de las desconfianzas.

Llegado ese punto, Alba tomó una decisión: no hacer nada más. Había intentado hablar con él, entenderlo, complacerlo, y no había funcionado. Sabía que a las personas se las debe aceptar como son cuando las amas, y ella lo había hecho. Pero no podía aceptar el desprecio ni, mucho menos, que le despertara sentimientos odiosos como la rabia. Si lo hacía, se transformaría en una persona que no era. Porque la dulzura de su carácter cedería y daría paso a la amargura.

Y ella no pensaba perder su esencia.

* * *

Hacía ya catorce años que Mateo y Josefina se habían retirado y habían dejado la dirección de la panadería Serra en manos de su hija Pepita y del confitero, Antonio Escribà, que se había convertido en su yerno al casarse con ella.

Tras veintisiete años al frente del negocio, los Serra habían conseguido darle proyección y forjarse un nombre que traspasaba los límites del barrio. A la intuición de Mateo se le había añadido la tenacidad de Josefina, y la capacidad de ambos para encontrar salidas a los retos que los años les iban

poniendo. Por eso, no habían dudado en contratar a Antonio Escribà, ya que poseía los conocimientos que ellos no tenían, además de su misma pasión y creatividad.

Unos años más tarde, cuando los fundadores de la panadería Serra se retiraron, su hija y el yerno se instalaron en la trastienda y reafirmaron la orientación del negocio, bautizándolo como confitería y pastelería Escribà. El nuevo nombre, que definía mejor la propuesta repostera del establecimiento, era el que Alba conocía, ya que tenía seis años cuando se produjo el cambio y no recordaba la etapa en que los Serra todavía lo regentaban. Para ella había sido siempre la pastelería Escribà, el lugar mágico donde, acompañada de la abuela, podía disfrutar de la visión multicolor de infinidad de dulces que la tentaban con sus formas coloridas y caprichosas, que le agujoneaban el apetito y acariciaban su imaginación.

Aquel lugar de ensueño era la materialización de todo lo que bullía en su cabeza, concretado en la variedad caleidoscópica que se ofrecía tras las vitrinas. Por eso, mientras atendían a la abuela, su mirada se clavaba siempre en el surtido de repostería, y se entretenía en observar, una por una, cada pieza. Se fijaba en los tipos de pasta y los rellenos que la acompañaban: nata, crema, merengue, trufa, cabello de ángel, mazapán, fruta confitada... unas combinaciones que trataba de imitar más tarde en la cocina de casa. Y, aunque los resultados quedaban lejos de aquellas magníficas composiciones, los intentos le servían de estímulo para improvisar nuevas creaciones.

Si alguien le hubiese dicho entonces que un día tendría la posibilidad de estar tan cerca de donde surgían aquellas delicias, no lo habría creído.

Aquel universo le parecía tan artístico y perfecto que lo consideraba fuera de la realidad, como si detrás del mostrador se abriera la puerta a un país mágico y secreto. El tiempo, sin embargo, le había concedido el acceso a ese reino imaginado y hacía tangible su fantasía.

Tal como le había prometido, Joaquín alabó las excelencias de Alba ante Antonio Escribà, que estuvo de acuerdo en contratarla como dependienta los domingos. Le complacía que fuera una persona con conocimientos de repostería quien despachara sus dulces. Por eso, enseguida se entendieron cuando él y su mujer, Pepita Serra, la entrevistaron. La chica valoró el hecho de formar parte de una pastelería de prestigio y con un pasado tan ligado al suyo, mientras que el confitero supo apreciar la pasión que animaba a la muchacha, tan parecida a la suya propia.

En casa se llevaron una alegría cuando Alba les contó que la habían contratado como dependienta. Sobre todo la abuela, que había vivido de primera mano el nacimiento de la pastelería y era quien más había tratado a los Serra, sus fundadores. Echaba mucho de menos su antiguo barrio, especialmente a las vecinas y a los tenderos, con quien había perdido el contacto desde que se fue a vivir con su hija y su nieta tras la muerte de su marido, ocho años atrás.

—Tendrá que venir a verme un domingo, abuela — la animó Alba—, la señora Josefina se pondrá muy contenta. Me lo ha dicho su hija, la señora Pepita, que me dio recuerdos para usted.

—¿Se acuerda de mí? Pero si han pasado muchos años...

—Pues cuando le conté que usted conocía a sus padres, porque ya era cliente de la panadería, y le dije su nombre se quedó muy sorprendida. La recuerda perfectamente y está encantada de que yo ahora trabaje con ellos. Me dijo que su madre se pasa por la tienda los domingos y comen juntos después, y que seguro que le gustaría reencontrarse con una cliente de hace tantos años.

—A mí también me encantaría volver a verla, pero ya sabes cómo me cuesta caminar, hija... Piensa que los Serra son más jóvenes que yo. ¡Que ya tengo ochenta años!

El primer domingo que Alba traspasó la puerta del establecimiento, no como cliente sino como empleada, tuvo la sensación de que cruzaba la frontera a otra realidad. La perspectiva que se le ofrecía desde el otro lado del mostrador le daba un cierto vértigo, pero también una curiosa seguridad. Porque se sentía a gusto, llena de una excitante confianza hecha de ilusión y bienestar.

De pie, mirando a la clientela, le parecía encontrarse en lo alto de una atalaya desde donde ofrecía al mundo la más exquisita oferta de golosinas. Y aunque ninguna de aquellas delicias había surgido de sus manos ni de su imaginación, estar tan cerca de donde se elaboraban la llenaba de un raro orgullo.

Ese día de diciembre quedó impreso en el alma y en la memoria de Alba como un gran logro. Una fecha que recordaría siempre, ya que marcó su futuro.

Y contemplaba el camino que la había llevado hasta ese momento no como el simple fruto de la providencia, sino como un auténtico prodigio.

ROSCÓN DE MAZAPÁN

La agitación que imperaba en la pastelería Escribà aquella noche de Reyes evitó que Alba viese llegar a Joaquín. Cuando el joven abogado cruzó la puerta del establecimiento, este estaba abarrotado de clientes que hacían cola para comprar los típicos roscones con que festejarían la Epifanía al día siguiente, 6 de enero, después de comer.

La celebración era especialmente esperada por los más pequeños de las casas, que dormirían intranquilos esa noche sabiendo que vendrían secretamente a visitarlos los tres Reyes Magos. Como cada 5 de enero, Melchor, Gaspar y Baltasar harían su habitual ronda nocturna por las viviendas de la ciudad, a fin de dejar regalos a los niños que se habían portado bien durante el año y carbón a los que no habían sido buenos chicos. Por ello, los niños dormirían inquietos, se hallaba inmerso esperando que llegase la mañana para descubrir si habían sido merecedores de lo que pedían en sus cartas a los Reyes. Un poco más tarde, la familia entera disfrutaría de ese día festivo con una buena comida que culminaría con el tradicional roscón de Reyes.

Para satisfacer la demanda de aquel dulce, el obrador de los Escribà se hallaba inmerso una actividad febril que hacía horas que había comenzado y que se prolongaría hasta bien entrada la madrugada. Las dependientas también se afanaban en atender solícitamente a la multitud, que esperaba armada de paciencia para poder llevarse los succulentos pasteles en forma de anillo, rellenos de mazapán y salpicados con coloreados trocitos de fruta confitada.

Alba no pudo evitar pensar en su propia niñez, en la agradable desazón que la sacudía cuando se acercaba la que para ella era la noche más mágica del año.

El hechizo comenzaba horas antes, cuando se reunía con su abuela y su madre en la cocina de casa para elaborar el roscón. Al principio, cuando era demasiado pequeña, se limitaba a ayudarlas con los preparativos pero, poco a

poco, fue adquiriendo cada vez más atribuciones, hasta que, finalmente, terminó siendo ella quien se encargaba de hacerlo con la ayuda de las dos mujeres, que trabajaban, animadas, a su alrededor.

El recuerdo de la mesa de la cocina de su casa le vino a la memoria. Allí era donde, en tardes como aquella, preparaba un volcán con harina y vertía dentro un chorrito de agua, azúcar y sal. Mientras ella removía esos ingredientes, su madre disolvía levadura en un recipiente con agua que después mezclaban con la mixtura. Entretanto, la abuela ya había batido la mantequilla hasta alcanzar una textura de pomada y la añadía dentro del volcán, junto con un huevo batido. Alba lo amasaba todo cuidadosamente, incorporando la harina poco a poco para conseguir una masa completamente uniforme.

Entonces era el turno del mazapán. Aprovechando el tiempo de reposo de la masa, la chica mezclaba azúcar, almendra en polvo y huevos dentro de un recipiente. Hecho esto, le daba forma de cigarrillo y la abuela metía dentro un haba seca. Según les había contado su padre, antiguamente no todo el mundo podía asistir a la adoración que se celebraba en la iglesia y, por este motivo, era costumbre nombrar a un rey que representara a cada familia. La manera de hacerlo era introducir un haba dentro del roscón que comían de postre ese día. Quien la encontraba era elegido rey e iba a la iglesia en representación de la familia. Aquella antigua tradición se había mantenido en el tiempo, aunque había perdido su significado religioso.

Cuando Alba estiraba la masa con el rodillo, no podía evitar evocar los relatos de su padre. Era un enamorado de la historia y aún más de las tradiciones, por lo que siempre aprovechaba para recordarlas en momentos como aquel. Gracias a ello, sabía que las habas se utilizaban como formas de designar a alguien desde tiempos muy lejanos, y que en la cultura clásica era habitual usarlas dentro de un pastel como sistema de adivinación. El rey de las saturnales romanas, por ejemplo, como el de algunas festividades de la antigua Grecia, se elegía mediante este sistema. Por eso era tan emocionante rellenar introducir el haba en el mazapán y elucubrar sobre quién sería aquel año el elegido. Mientras pintaban el roscón con huevo batido y lo decoraban con frutas confitadas, una vez relleno con el mazapán las tres mujeres hacían sus predicciones sobre quién creían que podría ser.

Más tarde, al anochecer, salían a ver la cabalgata de los Reyes. formada por las carrozas engalanadas de los tres mágicos monarcas, que recorrían las

calles acompañados por los pajes que los ayudarían a repartir los regalos durante la noche.

Esa tarde, Alba no podría ver la cabalgata, pero no le importaba. La magia se desplegaba también dentro de la pastelería, flotando desde el obrador y llenando de rutilante emoción los ojos de aquella multitud que esperaba para llevarse su roscón.

Antes de pedir turno, Joaquín, que acababa de entrar en el establecimiento, echó un vistazo para localizar a la chica. Cuando la vio, Alba estaba despachando una barra de turrón de yema tostada a una opulenta matrona enfundada en un abrigo negro de astracán. Fue entonces cuando el abogado se puso a la cola y, al cabo de unos diez minutos, consiguió que lo atendiera la chica.

—¿Cómo está la reina de esta noche mágica?

—Muy bien, gracias, ¿y usted?

—Yo, hechizado ante tanta dulzura... y no me refiero solo a los roscones.

La joven se esforzó en disimular la incomodidad que le provocaban aquellos halagos, y se mostró tan cortés con él como con el resto de los clientes.

—Es muy amable, señor Joaquín. ¿Qué quiere que le ponga?

—Me voy a llevar uno de crema, si tienes.

—¡Por supuesto! Son más populares los de mazapán, pero también los hacemos de otros rellenos, como nata y crema.

—Se te ve como pez en el agua, preciosa, ¿estás contenta con el trabajo?

—¡Mucho! No sabe lo agradecida que le estoy por haberme ayudado a conseguirlo.

—Y tú no sabes lo feliz que me hace saberlo...

El joven abogado soltó aquella frase mientras la chica le entregaba el roscón envuelto. El tono inquietante de sus palabras la turbó, pero aún más notar cómo durante unos segundos las manos de él se aferraban a las suyas al coger el paquete, ejerciendo una presión intensa y deliberada.

Alba consiguió camuflar su desazón con una sonrisa de aparente despreocupación, pero por dentro sentía aún el efecto de su tacto forzado. Solo cuando vio que se marchaba se sintió aliviada. Aun así, le había quedado el regusto intimidante del gesto del chico, en el que intuía que quería cobrarse el favor. Y la idea le pesaba en el corazón como una amenaza.

Desde que había empezado a trabajar en la pastelería Escribà, todas las

mañanas del domingo Joaquín había aparecido por allí. En un principio, aquello no le había preocupado, porque sabía que era cliente habitual. Sin embargo, durante las fiestas de Navidad la chica había tenido que ir mucho más a menudo para ayudar a atender a la clientela que venía a abastecerse de turrónes, barquillos y mazapanes, y cada uno de los días que había trabajado el abogado se había pasado a saludarla.

Alba había visto cómo sus piropos se iban transformando en sutiles alusiones al hecho de que si ella trabajaba allí era gracias a él. De una forma u otra, siempre encontraba la manera de hacérselo saber, y ella no dejaba de darle las gracias. Aquella noche, no obstante, se había dado cuenta de que él no se contentaría solo con su agradecimiento.

El tintineo de una campana ahuyentó sus pensamientos angustiosos. Ya hacía rato que, de vez en cuando, oía unos alegres repiques de percusión metálica provenientes de la entrada al establecimiento. Se había fijado en que allí había una campana de bronce que la gente tocaba al salir de la pastelería. No entendía qué hacía allí aquel instrumento, pero había estado tan ocupada que no había tenido tiempo ni de preguntarlo.

Para tratar de ahuyentar las preocupaciones que le había provocado Joaquín, Alba decidió interrogar sobre el asunto a la dueña, la señora Pepita, que atendía a los clientes a su lado.

—Fue idea de mi padre y mía —empezó a explicar mientras pesaba un pastel de nata decorado con cereza, melón y naranja confitada—. Hace ya unos cuantos años de esto, pero lo recuerdo como si fuese ayer. Fue una noche de Reyes en que había mucha niebla en Barcelona. No es algo frecuente aquí y, por eso, como la gente no está acostumbrada, no se veía a nadie por las calles. Mi padre estaba muy preocupado porque no entraba gente en la tienda, y habíamos preparado un montón de roscones de Reyes, como siempre en estas fechas. Entonces, de repente, se fue a casa y apareció al cabo de un rato con esa campana, que yo no sabía ni de dónde había salido.

—Es de barco —comentó uno de los clientes que escuchaban con atención la historia—, pero parece muy antigua.

—Es que lo es. Según nos contó, se la regaló el capitán del barco con el que volvió a Barcelona desde Cuba, al acabar la guerra. ¡Imagina si hacía años que la tenía guardada! La había tenido arrinconada y ya no se había acordado más de ella hasta esa noche. «¿Qué te parece, Pepita?», me preguntó. «La podemos utilizar para hacer ruido y atraer a la gente». Entonces yo le dije que

la colgáramos fuera, justo a la entrada de la tienda, porque se oiría mucho mejor. Y la verdad es que funcionó. Los repiques llamaron la atención de los vecinos y al final vendimos todos los roscones. Desde entonces, se ha convertido en una tradición de la pastelería Escribà tocar la campana la noche de Reyes.

La historia que acababa de contar la señora Pepita consiguió alejar la inquietud que hasta hacía poco había atormentado a Alba. La imagen de la ciudad, vacía y brumosa, despierta de repente por el tintineo jovial de la campana se le dibujaba en la mente como una escena llena de hechizo.

En su imaginación, aquel hecho real se perfilaba como uno de los cuentos navideños que la abuela solía leerle al borde del brasero cuando era una niña. Incluso podía ver los personajes, trazados con plumín sobre el blanco de la página, avanzando por las calles nubladas y solitarias. Su peregrinaje siguiendo el tintineo que provenía de la pastelería tenía una curiosa similitud con el viaje que se conmemoraba esa noche, el que habían hecho los Reyes de Oriente guiados por la estrella de Belén. El paralelismo le pareció sorprendente, aunque estaba segura de que Antonio Escribà ni se había dado cuenta. Tampoco la señora Pepita, que acababa de contarle la historia, ni ninguno de los presentes eran conscientes de aquella peculiar coincidencia que contemplaban como una simple anécdota.

Alba, en cambio, sabía que la magia del dulce tenía mucho poder y que nunca se cansaba de manifestarse.

T URRÓN DE YEMA

Navidad de 1935

Pocos años después de la mágica noche de Reyes en la que la campana de un barco había orientado a los transeúntes hacia la pastelería Escribà, el mundo se volvió del revés. El estallido de la Guerra Civil sumió el tiempo en una oscuridad hecha de miedo y de miseria, y ya nada volvió a ser lo que era.

Hacía ocho años que Antonio Escribà y Pepita se habían casado, y dos que regentaban el negocio cuando se vivieron, sin saberlo, las últimas fiestas navideñas de una época que había de desvanecerse.

La Nochebuena de 1935, un cielo plomizo y húmedo cubría la ciudad. El sol solo se había dejado ver entre las doce y la una de la tarde, pero, aun así, la temperatura era bastante suave. Aquella bonanza había sido aprovechada por los barceloneses, que salieron a las calles y llenaron los comercios, entre ellos la pastelería Escribà.

Hacía muy poco que Antonio había empezado a hacer los primeros turrónes de yema, de Jijona y de mazapán, y su sabor exquisito ya se había ganado la fidelidad de los clientes de siempre, además de captar algunos nuevos. Por este motivo, ese día el establecimiento estaba lleno a rebosar.

En el obrador, el confitero y sus ayudantes seguían elaborando los dulces navideños que esparcían por doquier sus aromas azucarados. El agua, la glucosa y el azúcar con el que hacían la masa de los turrónes de yema había hervido hasta alcanzar la temperatura adecuada. Era necesario que llegara a los 110 °C antes de verter aquel almíbar en el recipiente donde estaba la almendra en polvo, y mezclarlo todo con una espátula mientras añadían, muy despacio, yemas de huevo batidas. Así era como conseguían la masa idónea, que, en vez de pegarse a los dedos, se secaba al tocarla, y que permitía darle la típica forma de barra de turrón.

Una de las tareas que hacían los pasteleros esa tarde era extender un poco

de crema sobre aquellas barras, que habían dejado enfriar a temperatura ambiente durante un día entero. Hecho esto, las espolvoreaban de azúcar, que quemaban con una pala de hierro caliente para conseguir la característica cubierta caramelizada de los turrone de yema.

Para la preparación de esa sustancia esponjosa y amarillenta, primero habían metido agua y azúcar dentro de un cazo, que, al llegar a la ebullición, habían retirado del fuego para añadirlo a una mezcla de harina de maíz, huevos y limón. Después, lo habían vuelto a calentar, junto con mantequilla, hasta hacerlo hervir de nuevo. El resultado era una crema sabrosa que se integraba perfectamente con el resto de ingredientes.

Los turrone que durante esos días iban saliendo del obrador de los Escribà formaron parte de muchas de las comidas navideñas que se celebraban en la ciudad. Entre las dos y las cuatro de la tarde, Barcelona se quedaba desierta mientras en los hogares se instauraba una emocionante y succulenta alegría. Después, al acabarse el tiempo destinado al almuerzo, la actividad volvía a desplegarse otra vez por las plazas y las calles. No era hasta que llegaba el anochecer cuando la animación disminuía y el bullicio se trasladaba a teatros y cines, donde muchos culminaban las celebraciones disfrutando de alguno de los espectáculos que se ofrecían aquellos días. Nadie imaginaba entonces que se acercaba el fin de una era y, por ello, vivieron aquella Navidad con la alegre despreocupación de siempre.

El nuevo año llegó, seguido de una nueva noche de Reyes, y, finalmente, terminaron las fiestas. Los días se adaptaron otra vez al ritmo de los quehaceres habituales, mientras el sol seguía marcando su ciclo eterno de lapsos de luz y de estaciones. Inmersa en estas cadencias, definidas en la luz y en la temperatura, la gente siguió haciendo su vida.

A principios de verano, los Escribà enviaron a sus hijos a pasar las vacaciones con unos parientes de La Senia. La mayor, que se llamaba Josefina como la madre y la abuela, pero a quien llamaban Pepitona, y el pequeño Toñín salieron de casa una mañana de finales de junio hacia aquel pueblo de Tarragona, donde los esperaban sus familiares. Los pequeños, de ocho y seis años, llegaron a la estación de Francia acompañados de Pepita, que intentaba estimular su emoción.

—Lo pasaréis muy bien con los primos —les dijo mientras esperaban a que el tren hiciese su entrada en la vía—. Allí podréis correr al aire libre, hacer excursiones... pero tenéis que comportaros, ¿me oyes, Toñín?

La mujer dio un pequeño tirón con el brazo con el que sujetaba a su hijo a fin de retenerlo. El niño, deslumbrado por la monumentalidad del edificio, quería soltarse de la mano de su madre para ir a explorar los tres cuerpos de la estación. El gesto y el tono de voz de Pepita lo hicieron desistir, y asintió con la cabeza para no hacerla enfadar. Desde pequeño siempre había sido un niño travieso, pero su inquietud no era más que el producto de una mente curiosa, aguijoneada por sus ganas de conocer el mundo y, sobre todo, por la creatividad.

Pepitona sonrió al ver el gesto formal que había adoptado su hermano menor y contestó por él.

—No se preocupe, madre, nos portaremos bien.

—Os pasarán volando estos dos meses, ya lo veréis. No os daréis cuenta y ya volveréis a estar en casa.

Pepita lo dijo más por ella que por los niños. Estaba convencida de que en un par de días se habrían habituado al pueblo, y que las distracciones de allí alejarían la añoranza. Ella, en cambio, los echaría de menos a cada instante, y contaría los días que faltaban para que volviesen. Saber que era cuestión de semanas le hacía menos penosa la despedida.

Nada le hacía pensar que tardarían tres años en volver.

* * *

Pocos días después de que Toñín y Pepitona llegasen a La Senia, se produjo una sublevación militar contra el Gobierno republicano. El levantamiento, que se había originado en Marruecos, se extendió rápidamente a las guarniciones militares de la península, pero en muchas ciudades, como Barcelona y Madrid, las fuerzas leales a la República lograron detenerlo.

El fracaso del golpe de Estado pronto derivó en una guerra civil que dividió el país en dos zonas dominadas por los bandos en conflicto: el de los nacionales, como se autodenominaban los sublevados, que pronto fueron liderados por el general Franco; y el republicano, formado por quienes defendían el Gobierno legítimo.

En Barcelona, el levantamiento de los regimientos había sido detenido por la Guardia de Asalto, la Guardia Civil y las milicias populares. Pepita nunca olvidaría aquellos dos días en que las barricadas invadieron las calles, que se convirtieron en escenario de mortíferas batallas.

La devastación que se extendió ante sus ojos la llenó de una angustiosa desesperanza. No se podía creer que su realidad se hubiese transformado en una pesadilla casi de un día para otro. Pero lo que más la desquiciaba era no tener con ella a Pepitona y a Toñín.

—Es mejor que se queden en La Senia —le había dicho Antonio, su marido—. Allí estarán más seguros.

Pepita estuvo de acuerdo, pero la separación le pesaba en el alma y ocupaba sus pensamientos día y noche.

A partir de ese momento, los Escribà tuvieron que aprender a vivir con la angustia de no saber de sus hijos, ya que eran escasas las noticias que les llegaban del pueblo. Para poder soportarlo, no les quedó más remedio que aferrarse a la esperanza, de donde sacaban fuerzas para salir adelante.

Mientras, a su alrededor todo seguía cambiando. Los obreros, que habían contribuido a derrotar el alzamiento en Barcelona, se preparaban para realizar una profunda transformación social. Lo primero que habían hecho, una vez que la actividad económica se hubo reanudado, fue colectivizar empresas, un proceso mediante el cual los trabajadores asumían el control y dirección de numerosos negocios, especialmente fábricas.

En la pastelería, como en muchos otros comercios de la ciudad, los trabajadores pidieron la colectivización, y Antonio y Pepita no tuvieron más remedio que aceptarla. Por suerte, como los Escribà tenían buena relación con sus empleados, pudieron mantener su casa en la trastienda, un consuelo que Antonio no pudo disfrutar mucho, ya que, al poco, fue llamado a filas.

Se inició entonces un periodo muy duro para Pepita. No solo estaba su familia dividida, con el marido en el frente y Toñín y Pepitona en La Senia, sino que había perdido el control de su negocio. Además, como consecuencia de la guerra, los alimentos y combustibles empezaban a escasear, lo que condujo a la implantación del racionamiento por parte de las autoridades.

Ante aquella situación, cada vez más precaria, a Pepita no le quedó otra opción que recurrir a la práctica del comercio ilegal. A menudo se iba a los huertos que había en los pueblos de los alrededores de Barcelona, donde compraba frutas y hortalizas que se llevaba a casa. Los nuevos propietarios de la pastelería, sus antiguos empleados, hacían la vista gorda y le permitían que vendiera todos aquellos productos en la tienda. De este modo, podía llevar un plato a la mesa para ella y sus padres.

Pepita temía por Antonio, que luchaba en el frente, y por Pepitona y Toñín,

de los que hacía mucho que no sabía nada. Fueron unos meses en los que muchas veces rozó el abismo de la desesperación. Pero, aun así, no se dejó vencer.

Los días siguieron pasando, cada vez más míseros y amenazantes. Los bombardeos, el hambre y la destrucción habían desfigurado la alegre fisonomía de Barcelona, y sumergido a sus habitantes en una honda tristeza. El incremento de refugiados que escapaban de los territorios que iban ocupando las tropas rebeldes empeoró los graves problemas de subsistencia que ya sufrían y hundió aún más los ánimos. Porque aquel desfile de gente que se veía forzada a abandonar sus hogares les anunciaba que el ejército franquista se acercaba a la ciudad.

La llegada de los militares se produjo a finales de enero de 1939. Los nacionales hicieron su entrada por las calles principales de Barcelona, donde no encontraron resistencia, ya que las tropas republicanas se retiraban hacia la frontera francesa y los civiles se habían escondido en sus casas por temor a un posible saqueo. Toda aquella gente estaba completamente desmoralizada, y solo esperaba que la guerra terminara lo antes posible para que se detuvieran los bombardeos y volvieran a llegar los suministros.

Poco después de la ocupación de Barcelona por los franquistas, Pepita recuperó la dirección de su negocio, y a las veinticuatro horas ya estaba haciendo pan. Mantuvo a los empleados en sus antiguos puestos de trabajo, y una cierta normalidad se instaló en la tienda.

Cuando la guerra terminó, unos meses más tarde, Pepita pudo abrazar finalmente a Antonio y a los dos niños. El alivio que sintió al volver a tenerlos con ella borró de golpe todo su sufrimiento. Pero, por dentro, ya no era la misma. Sabía que a partir de ese momento comenzaba una etapa incierta. A su alrededor todo era devastación, y nadie sabía cómo podrían volver a la rutina en un país completamente deshecho.

La prioridad de los Escribà durante aquellos primeros años de posguerra fue sacar adelante el negocio, una tarea extremadamente difícil, ya que el país se encontraba inmerso en la penuria tras la devastación ocasionada por la guerra. Y la política económica del régimen, basada en la autarquía y el intervencionismo, solo sirvió para sumir aún más a la población en el empobrecimiento y la miseria.

La escasez de productos, provocada por la profunda depresión económica que asolaba España, hizo que tan solo la panadería pudiese seguir

funcionando. En la tienda únicamente se vendían las barras de pan de primera, segunda y tercera que impuso el racionamiento, y que elaboraban con la poca harina que podían conseguir.

Tan solo en contadas ocasiones, y gracias a la profesionalidad y habilidad de Antonio, pudieron ofrecer algo de confitería. La falta de azúcar lo obligó a poner en marcha todo su ingenio y, de este modo, logró creaciones como la de un brazo de gitano hecho de cabello de ángel y polvo de almendras. Muchos años más tarde, su hijo Toñín recordaría cómo el pastelero llegó incluso a obtener azúcar del mosto de vino. Pero el día a día era la venta de aquel pan negro y racionado, el único que podían ofrecer a sus clientes, algunos tan necesitados que Pepita les daba alguna barra de más por el mismo precio.

La vida del matrimonio y la de los dos niños siguió, pues, girando alrededor del negocio, que era mucho más que eso: era la lucha por seguir con el legado de Mateo y Josefina, el medio que los sostenía y el espacio familiar donde siempre tendrían cobijo.

Así, mientras abastecían de pan a sus clientes, Antonio y Pepita veían crecer a sus dos hijos y, un par de años después de acabada la guerra, celebraron la llegada de un tercero. El nacimiento de Juanito supuso, en medio de tanta desesperación, una ilusión inesperada que trajo consigo la alegría que acompaña a las vidas por estrenar. Porque aquella criatura era la evidencia de que la fuerza vital se imponía sobre cualquier desgracia, y suponía la vuelta a una cierta normalidad. Aunque estuviese llena de estrecheces.

El tiempo de pobreza y hambre aún se prolongó unos años más, hasta que la carestía empezó a ceder. Fue entonces, el último día de abril de 1945, cuando Mateo falleció en Tortosa.

Su periplo vital culminó en una población que había sido el germen de la proyección de su negocio. De allí provenían los pastelillos que le habían hecho ver el potencial que tendría incluir el dulce en su panadería. Mateo concluía así su viaje, iniciado sesenta años atrás, dejando ante sí una ruta por explorar.

Por desgracia, la adversidad no se contentó con ese infortunio ni quiso esperar a que la herida cicatrizase antes de volver a atacar. Pepitona, la hija mayor de los Escribà, que había contraído tuberculosis, murió quince meses después, con tan solo dieciocho años.

Aquellas pérdidas sumieron a la familia en una pena honda. Más oscura aún que el pan que vendían. Pero tenían un legado. Y no había mejor manera de

mantener vivo el recuerdo que conservarlo.

Toñín, que ya tenía dieciséis años, se puso entonces a trabajar en la tienda. En 1946 la situación económica seguía siendo precaria, aunque se vislumbraba ya una cierta normalidad. Por eso, Antonio decidió eliminar la decoración modernista original que embellecía la fachada y el interior del establecimiento, para darle un aspecto más actual. Aquello disgustó mucho a su hijo, que no solo tenía dotes artísticas, sino que además era un sentimental.

El cambio de imagen no afectó a la condición que había adquirido la pastelería Escribà como lugar de ensueño, vinculado a momentos felices y de celebración. De alguna manera había logrado transformarse en un espacio al margen de toda la desdicha que reinaba a su alrededor. Como una chispa que brillaba entre tanta oscuridad, y que llamaba, como los repiques de la campana, en medio de las tinieblas.

C O C A D E C H I C H A R R O N E S

Febrero de 1948

—Buenos días, Alba. ¿Te acuerdas de mí?

Una señora elegantemente vestida la abordó, justo en el momento en que la chica introducía la llave en la cerradura de la puerta del edificio donde vivía. Llevaba un abrigo de cheviot ocre sobre un traje de chaqueta de un marrón más oscuro, y un pequeño sombrero ladeado sobre el cabello rubio y ondulado.

La distinción de su indumentaria sorprendió a la joven cocinera, porque no era frecuente ver damas como aquella por el barrio. Por ello, ni siquiera reparó en que se le acercaba mientras se dirigía hacia el portal.

—Lo siento, señora, pero no, no la recuerdo.

—Bueno, tampoco me extraña, tú eras muy pequeña cuando me fui... Quizás tus padres te hayan hablado de mí. Me llamo Cecilia y viví aquí durante muchos años, en el piso al lado del suyo.

Aquella información le activó la memoria. Sus padres le habían hablado de ella, sí, pero es que, además, Alba todavía conservaba recuerdos propios de quien había sido su vecina. A pesar de que se trataba de reminiscencias vagas y un poco confusas, se habían quedado grabadas entre sus recuerdos de la primera infancia. Eran fragmentos de momentos vividos en una edad tan tierna que se mezclaban con el montón de anécdotas que, tal como le había dicho la mujer, le habían contado sus progenitores a lo largo de los años.

Por ellos sabía que Cecilia era hija del matrimonio que había vivido en el mismo rellano donde sus padres tenían su piso. La pareja y la niña ya ocupaban la vivienda cuando Adela y Esteban se instalaron allí, al poco de casarse, y enseguida se convirtieron en los vecinos con los que mejor se llevaban. La pequeña, de corta edad, no tardó nada en ganarse el corazón del joven matrimonio, sobre todo el de la esposa, ya que, de vez en cuando, se

encargaba de cuidarla.

Aquella relación tan cercana entre Adela y Cecilia se fue afianzando con el paso del tiempo. Pronto, la niña se aficionó a visitarla y muchas tardes, al salir de la escuela, se reunía con ella para leer juntas los cuentos que Esteban utilizaba en sus clases. Eran unos momentos de alegre afinidad en que el deseo maternal de la joven esposa se acentuaba. Junto a la pequeña, le resultaba fácil imaginarse a sí misma con un crío, y daba gracias por haber podido experimentar antes aquella vivencia. Aquello le otorgaba la certeza de que sería una madre ejemplar, y, por otro lado, le llenaba el corazón de tanta ternura que a veces el pecho le dolía, al no poder contener el afecto que sentía.

Desafortunadamente, a medida que pasaban los meses, todas aquellas impresiones habían empezado a torcerse. Con cada uno de los embarazos frustrados, Adela iba abortando todas sus esperanzas. El tiempo transcurría con premura, y cada vez veía más inalcanzable su sueño de maternidad. Por eso, en ese entorno de desesperación, Cecilia terminó por convertirse en su único consuelo.

Resignada a no ver cumplirse su deseo de procrear, Adela concentró su afecto en la niña que apenas se había convertido en una adolescente. Por ese motivo cuando finalmente Alba vino al mundo, Cecilia, que ya había cumplido los dieciséis, vivió aquel nacimiento como si se tratase del de una hermana.

Mientras fue un bebé, la visitaba tanto como podía y cuidaba de ella, siempre que le dejaban hacerlo. Aprendió a cambiarle los pañales, a calmar sus cólicos y a mecerla para que se durmiese. Vio con ilusión cómo aprendía a caminar y, más adelante, escuchó emocionada sus primeras palabras.

Pero todo aquello quedó interrumpido, de golpe, cuando Cecilia tuvo que trasladarse.

Fue poco después de que Alba cumpliera los cuatro años. Los padres de la chica decidieron mudarse a otra vivienda, y ella no tuvo más remedio que aceptarlo. El día que dejaron el piso, prometió a la niña que volvería a menudo a visitarla. Pero, aunque su deseo era sincero, nunca lo hizo.

—Sí, ¡claro que me han hablado de usted! —El entusiasmo de la joven cocinera se manifestó con alegría, porque sus recuerdos estaban impregnados de un tierno afecto hacia ella—. ¡Qué sorpresa! Pero, por favor, pase, mi madre estará muy contenta de verla.

—Lo siento, pero voy justa de tiempo. Quizás otro día.

—Como quiera, ya sabe dónde vivimos. Se alegrará mucho cuando le

cuenta...

—De hecho, preferiría que no dijeras nada, de momento. Mira, Alba, he venido expresamente a buscarte porque tengo que hablar contigo. Es un tema muy delicado que quiero que conozcas, luego ya decidirás si se lo cuentas o no.

La expresión de Cecilia se había vuelto sombría mientras hablaba. Eso y el tono inquietante de su voz llenaron a Alba de desazón.

No comprendía qué tenía que contarle una persona que apenas recordaba. Sin embargo, la estima que aquella mujer había generado en sus padres, y que latía aún en su memoria más antigua, hizo que se animara a ayudarla.

—De acuerdo, ¿de qué se trata?

—No, aquí no. ¿Te iría bien venir a mi casa el próximo miércoles a esta misma hora? Ten, te dejo una tarjeta de visita de mi marido. Aquí está la dirección.

Alba asintió mientras cogía la cartulina color crema que le tendía la dama. Cuando la vio perderse tras girar la esquina, notó que su perfume se había quedado incrustado en la tarjeta, que aún sostenía, incapaz de moverse.

* * *

Mientras mezclaba los huevos con el aceite, el azúcar y la levadura que había deshecho antes con un poco de agua tibia, los pensamientos de Alba huyeron de la cocina de los Vidal.

La luz que se colaba a través de los ventanales tenía un matiz turbio que daba un aire lóbrego al piso. Era la claridad que desprendía el cielo invernal, cubierto por unas nubes tímidas que se alargaban a medida que avanzaban, pesadamente, sobre la atmósfera.

Bajo aquella iluminación debilitada, los movimientos de la chica se afanaban en la tarea, tantas veces repetida, de incorporar harina a la mezcla que había obtenido. Pero su cabeza estaba muy lejos de allí, enfrascada en el recuerdo de Cecilia, del que no había podido desprenderse.

Desde que había tenido aquel encuentro con ella, hacía un día, no dejaba de pensar qué sería lo que quería contarle y por qué prefería que nadie supiera que había ido a buscarla. Por lo que sabía, la relación entre Cecilia y su madre había sido muy cercana y, por tanto, no tenía sentido que ahora ella quisiera ocultar nada.

Alba dejó de remover la mezcla para ir a buscar la botella de anís dulce en el armario donde guardaban los licores. Esa tarde los niños celebrarían que era jueves lardero con una salida al campo, donde merendarían tortilla y la coca de chicharrones que estaba preparando. A Pablo le gustaba mucho aquella torta crujiente y sabrosa que anunciaba la llegada del carnaval, y se había ido a la escuela animado ante la perspectiva de la excursión.

Mientras cogía los chicharrones desmenuzados y los añadía a la mezcla, después de haber vertido el anís, los pensamientos de la cocinera retrocedieron aún más atrás. Durante unos segundos, dejó de pensar en Cecilia y, sin darse cuenta, comenzó a recordar el tiempo en que la ciudad entera disfrutaba del carnaval.

El año que había estallado la guerra había sido el último en que se había podido celebrar aquella festividad tan alegre. Faltaban solo cinco meses para la sublevación militar que acabaría llevando al país hacia la destrucción, pero todo el mundo seguía con su rutina. Ajenos a los incidentes que los iban conduciendo hacia el conflicto, vivían su vida con la despreocupación confiada que otorga la fuerza de la costumbre. Guiados por esa inercia, las gentes se habían sumado un año más a los preparativos carnalescos que harían del desfile del paseo de Gracia un espacio de fantasía.

La abuela Elvira había pasado las dos semanas anteriores al carnaval confeccionando el disfraz que le había pedido Alba. Fascinada por la película de Cecil B. DeMille, *Cleopatra*, que habían estrenado hacía poco más de un año, la niña había querido disfrazarse de egipcia. El traje que cosió se alejaba de los escotadísimos modelos que lucía la protagonista del filme, Claudette Colbert, pero evocaban la grácil vestimenta de los habitantes del país del Nilo. En vez de lino, el tejido utilizado por aquellas gentes, la abuela había usado raso dorado, que se acercaba más a los diseños de la estrella de Hollywood y tenía un aire muy festivo.

La tarde que había tenido lugar el desfile, el paseo de Gracia resplandecía bajo la cúpula de oscuridad que se cernía sobre la ciudad. En la naciente negrura de aquel atardecer, húmedo y gélido, los colores llamativos de máscaras y disfraces realzaban la iluminación que proporcionaban las farolas. La multitud se movía bajo la luz chillona para admirar los disfraces que llenaban la calle, mientras esperaban la llegada de las carrozas engalanadas para la ocasión.

Alba contemplaba todo aquello con ojos hambrientos, poseída por aquella

efervescencia mágica que ahogaba la propia identidad. En esos instantes, se sentía como una verdadera princesa egipcia en medio de una corte de personajes imposibles que se movían a su alrededor; arlequines, flamencas, espadachines y todo tipo de seres enmascarados, que difundían su enigmática presencia por el paseo y las calles aledañas.

A su lado, su madre vigilaba que ni ella ni Carmencita, su compañera de pupitre, que había querido acompañarla, se alejaran mucho. Mientras avanzaban entre el gentío, la amiga intentaba evitar que el tul del velo que coronaba su sombrero en forma de cono se enganchara en alguna parte. Su disfraz de dama medieval tenía cierta similitud con el de ella, ya que también era una túnica de talle alto, aunque menos ceñida. Pero lo que más las diferenciaba, sin duda, era la peluca egipcia de Alba, decorada con una diadema sobre la que se erguía una serpiente dorada.

Mientras extendía la masa sobre una fuente untada con aceite, la chica no pudo evitar sonreír. Añoraba aquellos tiempos sencillos en los que no había sospechas, en el que disfrazarse era tan solo un estímulo para la imaginación y una ocasión para reunirse y reír. Ahora, en cambio, todo era susceptible de esconder alguna maldad, y aquella suspicacia constante había despertado un temor persistente que a menudo se traducía en nostalgia por épocas pasadas.

La inesperada punzada de añoranza se fue tan rápidamente como había llegado, y ella aterrizó de nuevo en el presente. La desazón que le provocaba no saber qué quería de ella Cecilia se instaló de nuevo en sus pensamientos, que no se detenían.

Para alejarlos, se esforzó en concentrarse en la tarea de batir el huevo con que pintaría la masa. Pero el desasosiego que la consumía dotaba sus gestos de una cierta virulencia. La mano con la que agitaba el tenedor tenía un ritmo acelerado y una fuerza excesiva. Cuando se dio cuenta, trató de contenerse y de ahuyentar las reflexiones que la alteraban. Lo consiguió durante los breves momentos en que pintó la masa con el huevo batido y dejó caer sobre ella una lluvia de piñones.

Pero, de repente, otra desazón surgió en su mente para atormentarla.

Era el recuerdo de Enrique y la angustia que le provocaba su silencio. Se habían visto hacía once días, una mañana de domingo en que el chico la había ido a buscar al salir de la pastelería. La había acompañado hasta su casa dando un paseo, y se había mostrado alegre pero distante. Ella había contenido sus ansias de preguntarle el motivo de aquella actitud, porque sabía que no

serviría de nada. Intuía que, fuera lo que fuese lo que hacía que se comportase así, no tenía ninguna relación con ella. Y sabía que no podía hacer otra cosa que dejar que él mismo lo solucionara. Aun así, le dolía aquel hermetismo suyo, pues los privaba de disfrutar como antes.

La frustración cedió un poco cuando vio que la masa ya había reposado lo suficiente para poder ponerla en el horno. Hizo una inspiración profunda, como si el soplo de aire que le abría las costillas fuera capaz de aspirar el dolor que le constreñía el pecho. La vaharada tenía un sabor balsámico que la ayudó a aliviar la inquietud.

El corazón, en cambio, seguía con su latido acelerado por el presentimiento de que algo terrible la acechaba.

SARA

Cada noche se le hacía más difícil dormir. De cara a la pared del dormitorio, Enrique daba la espalda a la luz de la farola que se colaba por las rendijas de la persiana mal cerrada. En la claridad amarillenta que se filtraba desde la calle se dibujaba la sombra geométrica del armario, que se proyectaba sobre las baldosas grises. Era una región llena de oscuridad, tan oscura como los pensamientos que le ahuyentaban el sueño y le abrumaban la conciencia.

El ruido incesante de sus construcciones mentales solo se interrumpía de vez en cuando, cuando lo distraían los ruidos que le llegaban del exterior: la voz del sereno anunciando el paso de las horas, el llanto enardecido del bebé de los vecinos de arriba o el paso de alguno de los vehículos que aún circulaban pasada la medianoche. Más tarde, cuando se imponía el silencio, eran los sutiles crujidos de los muebles, producidos por el roer constante e implacable de las termitas, los que interceptaban, tan solo por unos instantes, sus reflexiones. Pero, enseguida, el chico volvía a adentrarse en aquella sucesión de percepciones que lo alteraban y lo mantenían despierto hasta la madrugada.

Hacía más de un año que el insomnio lo atormentaba. Las noches interminables en que los pensamientos se le sublevaban y no lo dejaban descansar se habían prolongado a lo largo de muchos meses, pero los últimos habían sido los peores. Desde finales del verano la desazón que perturbaba su sueño se había ido engrosando con nuevos temores e incertidumbres que le hacían cada vez más difícil conciliar el sueño. Pero lo peor era que no veía salida a la situación que nutría su desasosiego, y que se había iniciado apenas hacía un año y medio.

El día que su padre había vuelto a casa.

Saber que estaba vivo no había sido ninguna sorpresa para la familia. Habían tenido noticias de él poco después de terminada la guerra, a través de unos parientes de La Espluga de Francolí que lo acogieron durante un tiempo.

Aquellos familiares vinieron a visitar a su madre porque no se fiaban del correo, y le contaron que el hombre había llegado a su masía después de pasar varios días caminando, huyendo del ejército enemigo, que los había derrotado en la batalla del Ebro.

Según le contaron, lo escondieron durante unas semanas, pero el combatiente republicano los dejó para unirse a los maquis. Aquellos movimientos de resistencia habían surgido no hacía mucho, poco después de la derrota de la República, el último año del conflicto, y estaban formados por fugitivos como él, que se escondían en las montañas y los bosques.

Un tiempo después de la visita de sus parientes, supieron que esos grupos se habían ido agrandando con la llegada de desertores de los servicios militares franquistas, prisioneros escapados de los campos de concentración y de las prisiones, además de todos aquellos que se veían forzados a huir por miedo a las represalias.

Puesto que eran producto de una fuga impulsiva para evitar el castigo, estaban desorganizados y no tenían ningún tipo de conciencia política. Sin embargo, enseguida lograron convertirse en un movimiento guerrillero y, poco después, este se dividió en varios grupos que combatían contra el régimen franquista.

Sus parientes no supieron decirles a cuál de aquellas guerrillas se había incorporado su padre, pero supusieron que debía de ser el Frente Nacional de Cataluña, ya que el hombre era militante de Estado Catalán, el partido que había fundado Francesc Macià unos veinte años atrás. Sabían que aquello lo condenaba sin remedio, porque la represión que se había iniciado tras el triunfo de los sublevados tenía como objetivo castigar a todos los que no se identificaban con el nuevo régimen.

De hecho, ya a comienzos de 1939, al vislumbrar la victoria, los franquistas habían promulgado las primeras leyes que castigaban a quienes habían colaborado con el gobierno legítimo de la República o que eran desafectos al nuevo Estado. Las penas más leves consistían en la confiscación de bienes o sanciones económicas, pero las graves se pagaban con el encarcelamiento en la Modelo o el castillo de Montjuïc.

A Enrique, pues, no le había extrañado que, al acabarse la guerra, su padre hubiera optado por esconderse y continuar la lucha en la clandestinidad. Lo que de verdad le sorprendió fue que, después de ocho años de sabotear vías de trenes y líneas eléctricas, hubiera decidido volver a casa.

Cuando llegó, seis meses atrás, todos se habían dado cuenta del efecto que había causado en él el peso de la derrota y la vida salvaje de los últimos años. Aquella carga había incidido profundamente en su salud física y mental. Incapaz de seguir en las condiciones que exigía la lucha desde las montañas, había optado por volver a escondidas al piso de Barcelona y, desde ese día, lo mantenían encerrado para que nadie los pudiera delatar.

Hacía nueve años que la guerra había terminado, pero la dictadura continuaba manteniendo su represión política y cultural. Y lo hacía mediante un entramado institucional que castigaba a todo aquel que no comulgara con sus principios ideológicos. A las leyes de responsabilidades políticas y de confiscación de bienes marxistas que se habían promulgado en un primer momento, se les habían añadido la de represión del comunismo y la masonería, y la de depuración de empleados públicos, todas ellas destinadas a penalizar a los llamados «enemigos de España», como era el caso de su padre.

Enrique se incorporó sobre la cama de un salto. No podía asegurarlo, pero le había parecido oír unas voces que venían del rellano. Quizás solo se trataba de una pesadilla, pero la impresión aceleró su corazón y una punzada de angustia le oprimió el pecho. No fue hasta después de unos segundos, en que el silencio volvió a caer con su mansedumbre calmada, cuando logró tranquilizarse.

Desde el verano pasado su preocupación había ido creciendo, como una madeja que se iba envolviendo con el hilo interminable de sus miedos. Mantener a su padre escondido en casa suponía un riesgo que los comprometía a todos. Y cuanto más tiempo pasara, más difícil sería tenerlo oculto, ya que las autoridades franquistas incitaban a denunciar a los sospechosos de oponerse al régimen. En más de una ocasión, Enrique había visto como los falangistas o algún policía visitaba a gente del barrio para animarla a dar los nombres de vecinos y conocidos de los que tuvieran sospecha. Si eso ocurría y alguien los delataba, su padre debería enfrentarse a una larga pena de prisión o trabajos forzados, si es que no acababa fusilado en el Campo de la Bota.

Después de asegurarse de que lo que había oído no era otra cosa que la conversación de unos vecinos noctámbulos, Enrique volvió a tumbarse sobre el colchón. Para expulsar los temores de la angustia, focalizó sus pensamientos en Alba. A pesar del remordimiento que le provocaba su comportamiento con ella, evocarla tenía aún el poder de llenarle el pecho de una emoción muy viva.

Sabía que no la estaba tratando bien, pero se veía incapaz de estar con ella mucho rato reprimiendo su malestar. Por ello, había optado por distanciar al máximo los encuentros. Era consciente de que si se veían a menudo, tarde o temprano ella se daría cuenta de que le preocupaba algo, y él no tendría más remedio que mentirle para no comprometerla.

Ya había estado a punto de suceder a finales del verano cuando, al salir del cine un domingo por la noche, Alba se había interesado por su cambio de actitud. Lo había hecho de una manera nada afectada, lo que le había facilitado la tarea de quitar hierro al asunto y hacer creer a la chica que todo seguía como siempre.

Cinco meses después de ese día, Enrique aún confiaba en que la paciencia de su novia, fortalecida por la firmeza de los sentimientos que habían ido trenzando, fuera lo suficientemente firme para resistir hasta que la situación se resolviera, un tiempo que esperaba que no se prolongara demasiado, ya que no solo estaba dañando su relación con ella, sino también su estado anímico.

Antes de que el ansia volviera a dominarlo, Enrique ahuyentó los pensamientos angustiosos rescatando de la memoria pasajes vividos con la joven. Recordar aquellos momentos lo reconfortaba, porque estaban hechos de una alegría genuina que venía siempre cargada de sensualidad. Y no solo la de las formas ovals y pulposas de la chica, sino además la de su don succulento, que se materializaba en sus creaciones culinarias.

Una de las últimas veces que se habían encontrado, una tarde gélida de finales de enero, ella lo había obsequiado con un trozo de tarta. Se habían citado en la Lonja, aprovechando que ese día él acababa antes las clases, y Alba le había puesto en las manos un paquetito ligero y blando.

—Lo he hecho esta mañana para Núria —le explicó antes de que él tuviera tiempo de darle las gracias—. Hoy es su cumpleaños y esta es su tarta favorita, la Sara. ¿Sabías que el nombre le viene por la actriz?

—Sarah... Ahora no me sale el apellido, pero ¿quieres decir aquella francesa tan famosa?

—Sí, Sarah Bernhardt. Mi abuela todavía se acuerda de cuando actuó en Barcelona, hace más de cincuenta años, y me contó que fueron los pasteleros de la ciudad los que crearon esta tarta en su honor. Se ve que le gustó tanto que la pedía a menudo, y así se popularizó. No sé si a ti te gusta...

—Me encanta todo lo que haces, ya lo sabes, pero ¿no tendrás problemas por haberte llevado un trozo?

Alba soltó una risa, y sus ojos chisporrotearon reflejando la débil luz que agonizaba.

—Me recuerdas a mi abuela, que siempre se preocupa si traigo algo de casa de los Vidal. Los señores son muy generosos conmigo; de hecho, siempre me animan a que me guarde un poco de todo lo que hago. ¡No tienes de qué preocuparte!

Con los ojos cerrados, acurrucado sobre el colchón, Enrique revivió aquella noche en la que por unos instantes todo volvió a ser como antes. Cogidos de la mano, dejaron atrás el imponente edificio de la Lonja y caminaron en dirección a la parada del tranvía que los conduciría hasta el barrio. Lo hicieron sin prisa, dejándose llevar, como los últimos rastros de claridad que se entretenían aún flotando encima de la copa de los árboles.

Mientras paseaban no dejaban de hablar, como si conjurasen con las palabras el tiempo de separación para derribar el muro de distancia que se había creado entre ellos. Y, cuando este cayó, el escenario gris que los rodeaba se derrumbó también, dejando paso a aquella porción de espacio que los aislaba del resto del mundo.

—¿Sabes qué me ha contado la señora Pepita? —le espetó Alba con cierta excitación—. Que cuando su hijo Toñín era pequeño le gustaba mucho hacer muñecos con migas de pan mientras los panaderos trabajaban en el obrador. ¡Ahora entiendo por qué se matriculó en la escuela de la Lonja!

—¿Te refieres a Antoni Escrivà, el hijo de los dueños de la pastelería?

—Sí, siempre cuenta que era un niño muy imaginativo, inquieto y decidido. Aunque su padre le reñía diciéndole que con el pan no se juega, él nunca dejó de hacer figuras con las migajas de pan. De hecho, ahora cuando ayuda en el obrador experimenta con el merengue, el caramelo..., y si conseguimos chocolate, es con lo que más disfruta.

Evocar las palabras de Alba le hizo revivir el gozo con que había saboreado, un poco más tarde, el trozo de tarta Sara. La delicadeza del dulce, suavizada por el almíbar que impregnaba el bizcocho, contrastaba con la leve resistencia que ofrecían las almendras laminadas del recubrimiento. Era una firmeza dócil, como la que mostraba la chica cuando quería besarla. Una protección hecha de convenciones que nada podía contra el verdadero impulso que los animaba a los dos. Por eso, una vez vencida, la piel de ella se revelaba suave y melosa como el corazón de aquella tarta. Él insistía en paladearla desde los labios, luego por el cuello, siguiendo el contorno

difícilmente explorable bajo las capas de ropa que imponía el invierno.

Aquella noche Enrique la había arrinconado contra una esquina solitaria. La oscuridad se aliaba con ellos para darles la privacidad que necesitaban y ocultar lo que se consideraba una conducta indecente. Como siempre, ella había intentado desembarazarse de su abrazo para, al cabo de unos segundos, acabar cediendo. Entonces, él había desplegado con destreza sus manos, desabrochando el abrigo y adentrándose bajo los pliegues de la ropa.

Nuevamente, la chica había intentado evitarlo, pero había servido de poco. Él era ágil, y lo gobernaba una avidez nacida de años de contención. Quería palpar aquellos pechos que se evidenciaban bajo el jersey de lana, manosearle los muslos y explorar todas las redondeces que tantas veces había imaginado en solitario.

En la placidez que, finalmente, se había instalado en la estancia, Enrique volvió a sentir la respiración acelerada de Alba. Siempre que conseguía vencer aquella primera resistencia, ella soltaba un débil jadeo, como si acabara de liberarla de un lastre. Porque su contención era aún más pesada, como la de todas las mujeres, cargada de culpas y prejuicios. A pesar de ello, aquel resuello liberado tenía una naturalidad tan genuina que la alejaba de cualquier pecado. Solo se alineaba con el anhelo de él, que crecía, más aún, y la empujaba a seguir.

Pero esa noche se impuso la prudencia y él se quedó frustrado una vez más. En los ojos de ella también pudo ver las huellas del desencanto. De repente, el escenario que los rodeaba volvió a revestirse del gris de siempre, y las palabras recuperaron su firmeza granítica.

El muro los volvía a separar.

B UÑUELOS DE VIENTO

El repiqueteo de los tacones sobre el mármol provocó un eco suave que acompañó sus pasos mientras avanzaba hacia el ascensor. Alba intentaba contener como podía el nerviosismo, que se le había acelerado al entrar en ese elegante edificio de la calle Diputación. Nunca antes había estado en un vestíbulo tan distinguido, y el tamaño de aquel espacio, blanco y luminoso, la hacía sentirse aún más pequeña.

La mano con la que sostenía la tarjeta de visita que le había entregado Cecilia le temblaba levemente por efecto de la inquietud. Le resultaba casi imposible reprimir la excitación que le producía encontrarse tan cerca de resolver las dudas que había despertado en ella aquella dama dos días antes. Y la magnificencia del entorno no la ayudaba a sentirse confiada.

Alba dejó atrás la escalinata de mármol con barandilla de hierro forjado y se dirigió a la portería. Con un hilo de voz, anunció a la portera dónde se dirigía y, cuando ella mostró su aprobación, siguió caminando hasta donde estaba el ascensor. La puerta de malla metálica que rodeaba el aparato chirrió al abrirla para entrar en la cabina. Como el resto del inmueble, tenía un aire vetusto y sofisticado que le recordaba a la antigua vivienda de la abuela, en el Ensanche.

Después de cerrar las puertas de madera de caoba, pulsó el botón que la llevaría al piso donde la esperaba Cecilia. El zarandeo que produjo el ascensor al comenzar a subir espoleó su inquietud, e inspiró hondo para ahuyentarla.

A los pocos segundos, cuando el ascensor se detuvo, los cristales decorados de las ventanas vibraron levemente. Alba volvió a aspirar aire con avidez antes de abrir las puertas y salir al rellano. Mientras lo hacía, intentaba imaginarse que era valor y no simple oxígeno lo que le ensanchaba el pecho.

Al apretar el timbre notó cómo le volvía el temblor a las manos y un escalofrío le recorría el abdomen. Afortunadamente no tardaron mucho en

abrir, y la cara juvenil de la chica que apareció bajo el dintel de la puerta le inspiró una cierta tranquilidad. Alba dedujo que aquella muchacha formaba parte del servicio de la casa, por su vestimenta humilde y por la manera servil en que se dirigía a ella.

Una vez que se hubo presentado y preguntado por Cecilia, la chica la invitó a pasar. Ella la siguió en silencio por un largo pasillo al final del cual resplandecía la luz, como si fuera la salida de un túnel: era la claridad que se colaba desde los grandes ventanales de la sala donde acababa el sombrío corredor. Se trataba de una estancia espaciosa y acogedora, bañada por los últimos rayos de luz de aquel día invernal.

—Siéntese, por favor —dijo la sirvienta, mientras le señalaba un sillón de cuero de un color pardo oscuro—, la señora vendrá enseguida.

Algo más sosegada, Alba se sentó donde le habían indicado. El respeto que le inspiraba aquel piso señorial la intimidaba tanto que se acomodó justo al borde del asiento, tan rígida que parecía una figura escultórica integrada dentro del mobiliario.

Mientras esperaba, observó las formas robustas del aparador que ocupaba la pared opuesta a las vidrieras. Como el resto de muebles, era de madera oscura y barnizada, y brillaba con la caricia de aquella luz moribunda.

La vivienda era aún más ostentosa que la de sus señores, por lo que se le hacía extraño encontrarse allí como invitada. Tenía la sensación de que acaba de traspasar la puerta a otro mundo, al igual que le había ocurrido el día que comenzó a trabajar con los Escrivà, pero con la diferencia de que esta vez se sentía extremadamente incómoda.

En la pastelería, en cambio, se encontraba confortablemente situada en un ambiente que no solo le gustaba, sino que estimulaba su creatividad. El abigarrado despliegue de elaboraciones que llenaban los escaparates era un constante aguijón para su inspiración. No había día que no descubriera un matiz innovador, una nueva técnica o una originalidad estética en ese mosaico de delicias. Y más aún desde que el hijo mayor, que ahora se hacía llamar Antoni, había comenzado a desplegar los conocimientos artísticos que adquiriría en la Lonja y a aplicarlos en la repostería.

El hábito de hacer figuras con la miga del pan que tanto había molestado a su padre se manifestaba ahora con la experimentación a la que sometía las diversas variedades de este alimento. La harina y el agua se convertían así en nuevos materiales artísticos con los que modelaba insólitas composiciones

que admiraban a la clientela. Alba se maravillaba ante la inagotable capacidad de invención del chico, que se plasmaba en el obrador como si se tratara del taller de un artista.

El rumor de unos pasos interrumpió sus reflexiones y, a continuación, vio surgir a Cecilia de la penumbra del pasillo. Llevaba una falda de tubo gris marengo y una blusa blanca con un gran lazo anudado al cuello. Al verla, la joven cocinera se levantó como impelida por un resorte.

—No hace falta que te levantes, mujer —le dijo la dama tras saludarla, mientras se acomodaba en otra butaca—. Por favor, ponte cómoda, que ahora nos traen la merienda.

Aún no había terminado la frase cuando vio aparecer a la criada sosteniendo una bandeja con café, leche y una fuente llena de buñuelos de viento. Alba no recordaba cuándo había sido la última vez que había tomado aquella bebida estimulante, por lo que su aroma le despertó recuerdos agradables de un tiempo de abundancia.

Mientras le llenaba la taza del líquido oscuro y humeante, su anfitriona comenzó a hablar.

—Sé que te estarás preguntando qué es lo que quiero contarte y por qué te he hecho venir hasta aquí. No creas que es fácil para mí lo que tengo que decirte; de hecho, no sé cómo te lo tomarás... Por eso he elegido un lugar con privacidad.

—Lo entiendo, y le agradezco la confianza.

—Bueno, no se trata de eso, es más bien algo que tengo que hacer porque no quiero seguir callando por más tiempo. Como puedes ver, tengo un buen nivel de vida y no me falta de nada, gracias a Dios, ya que mi marido es director de un banco. Pero no siempre he vivido así. Yo también soy de origen humilde, como tú. Pero eso ya lo sabes porque, aunque no me recuerdes mucho, te han hablado de mí. Lo que pasa es que tuve la suerte de conocer al que sería mi marido, poco después de mudarnos, y desde entonces todo nos ha ido de maravilla.

Los cristales que colgaban de la lámpara del techo desprendían reflejos iridiscentes que cautivaron la atención de Alba mientras la mujer hablaba. No dejaba de mirarlos porque quería minimizar el impacto de lo que fuera que tuviera que revelarle Cecilia, y el juego de luces la ayudaba a evadirse de la incomodidad de la situación. No obstante, aquella maniobra pasó desapercibida, y la dama continuó con su discurso.

—Pronto hará doce años que me casé y, como te he dicho, he tenido mucha suerte. Lo único que nos ha faltado es tener hijos, y yo ya voy teniendo una edad...

—¡No diga eso, mujer! Si aún es joven. A mí mi madre me tuvo cuando era mayor que usted.

—Lo sé, es de eso precisamente de lo que quería hablarte...

Cecilia permaneció en silencio durante un momento, incapaz de seguir hablando. De repente, el nerviosismo de Alba también había hecho mella en ella, y la paralizaba. Hubieron de transcurrir unos segundos hasta que se decidió a continuar. Y, cuando lo hizo, fue de un tirón.

—Mira, te lo contaré sin rodeos, será lo mejor.

S E G U N D A P A R T E

E L M A G O D E L C H O C O L A T E ***(1926-1952)***

*En el arte, la mano nunca podrá realizar nada más alto que lo
que el corazón puede imaginar.*

R ALPH W ALDO E MERSON

E L DÍA QUE NACIÓ A LBA

Mientras los primeros copos de nieve flotaban en el aire frío de aquella mañana de Navidad de 1926, Cecilia hacía el último esfuerzo para empujar a su hija hacia la vida. La presión creciente que había empezado a sentir había ido subiendo de intensidad hasta el punto de que le parecía que se partiría por la mitad. Aquella opresión terrible se sumaba a la quemazón que le desgarraba los genitales. Era como si un círculo de fuego incendiara su sexo, y, por unos instantes, tuvo la impresión de que no podría soportarlo.

Sin embargo, una urgencia instintiva la animó a seguir empujando. Se había abierto paso en su mente aturdida por el dolor para hacerle ver que aquel sufrimiento tenía un objetivo, y que ya estaba muy cerca de conseguirlo.

En el silencio de la estancia, que solo quebraban sus jadeos, Cecilia oyó que la comadrona le ordenaba que empujase. Lo hizo con una voz dulce para no interrumpir su concentración, y sin tocarla, para evitar lastimar sus tejidos hinchados y llenos de sangre.

El ardor aumentó aún más cuando la cabeza de la criatura comenzó a emerger. El frío del exterior nada podía contra aquel fuego intenso que nacía en la entrepierna y la quemaba entera. Para tratar de apaciguarlo, la comadrona le dio a beber un poco de agua. Pero no sintió alivio hasta que el cráneo del bebé salió completamente. Entonces, tuvo una última contracción que sacó fuera los hombros y, casi sin esfuerzo, el resto de aquel cuerpecito resbaladizo y enrojecido.

Si hubieran sido otras las circunstancias, Cecilia habría podido ver y tocar entonces a su hija, pero, en vez de eso, se llevaron a la niña justo antes de que expulsara la placenta.

En cuanto todo hubo terminado, una sensación opresiva de vacío le llenó el alma. Durante los últimos nueve meses había vivido con el miedo de que alguien se diera cuenta de su estado y, ahora que estaba a punto de librarse de su secreto, un montón de sentimientos se mezclaban y abarrotaban su

pensamiento. El más profundo era una angustia voraz que le ardía en el pecho como antes le había incendiado el sexo. Lejos de sentirse aliviada, la semilla de la culpabilidad se le había aferrado a las entrañas como si quisiera ocupar el lugar que había dejado el bebé.

Hasta ese momento, Cecilia había tenido claro todo lo que tenía que hacer. Lo había aceptado el día en que se había enfrentado al terrible impacto de revelar a sus padres que estaba embarazada. Abrumada por los remordimientos, se había dejado conducir dócilmente por ellos para salir de aquella situación infame que no solo comprometía su futuro sino, sobre todo, su reputación.

Dado que la gestación estaba demasiado avanzada como para poder interrumpirla, no habían tenido otra opción que llegar hasta el final. Por ello, durante los primeros meses de embarazo Cecilia había tenido que aparentar normalidad, siguiendo sus rutinas y hábitos como si nada. El fingimiento la ayudó a proteger su honor y a evitar que nadie descubriese que aquella chica de dieciséis años ya no era tan inocente como suponían.

Al disimulo se le añadió el mutismo, ya que, al margen de sus padres, no se confió a nadie más. Ni a sus amigas más íntimas ni al cura, ni siquiera al padre de la criatura, con quien dejó de flirtear obligada por sus progenitores.

—No quiero que vuelvas a verlo nunca más —le había dicho su padre el mismo día en que les había confesado su pecado—. Y ni media palabra de esto a nadie.

Cecilia no se había atrevido a oponerse a aquel mandato. Se sentía afortunada de que no la hubiesen echado de casa y lo único que quería era hacerse perdonar su gravísima falta, aunque el precio fuese renunciar al amor.

Meses más tarde, cuando el embarazo ya empezaba a hacerse evidente, la enviaron en secreto a la Casa Provincial de Maternidad y Expósitos, que se encontraba en el barrio de Les Corts. La institución disponía de un espacio para madres solteras, el pabellón rosa, inaugurado apenas hacía un año, donde chicas en situación muy parecida a la suya podían esconderse y evitar así la estigmatización social.

Durante el tiempo que permaneció allí, Cecilia no consiguió liberarse de la descarnada sensación de desamparo que la había recibido nada más entrar. La inclemencia de las condiciones, producto de la miseria, junto con la severidad implacable con que las hermanas de la caridad ejercían el control de la moralidad nutrían la añoranza por sus padres y su hogar, y azuzaban el suplicio

feroz de la culpabilidad.

No obstante, a pesar de la lentitud fatigosa y triste con que pasaban los días allí, el desenlace acabó llegando poco después de Nochebuena.

Extenuada y aturdida, Cecilia vio cómo se llevaban al bebé mientras a ella la invadía una piadosa laxitud. Y aquella distensión la acogió como si se tratara de un oasis en medio del desamparo.

Afuera, la ciudad se blanqueaba bajo la nevada, que otorgaba a la luz un matiz mágico. Muchos barceloneses habían salido a las calles para disfrutar de aquel prodigio, y caminaban, entusiasmados, bajo la flotante llovizna de copos de nieve. Entre los viandantes se encontraban Adela y Esteban, aunque su intención no tenía nada que ver con la observación del fenómeno. Lo que les había movido a salir de casa era algo que hacía mucho tiempo que esperaban. Concretamente, desde el instante en que los vecinos habían compartido con ellos su infamante secreto.

Había sido una tarde canicular de finales de julio. En el ambiente de confianzas que acostumbraba a crearse cuando se quedaban a solas, Adela se quejaba, por enésima vez, a la madre de Cecilia de su desgracia. Aunque había terminado por asumir su esterilidad, no podía evitar desahogarse con ella de vez en cuando. Era el modo de descargar su corazón de un lastre que todavía le pesaba demasiado. Aquella vez, sin embargo, su amiga no había podido evitar soltar también el peso con el que cargaba, y acabó contándole la desventura que les había traído Cecilia.

La confesión de la vecina fue tan inesperada que Adela enmudeció de golpe. Pero la conmoción no le duró mucho. Otra revelación, hecha de convicción y esperanza, le iluminó de pronto el semblante.

—No dejéis al bebé en la maternidad —le suplicó después de que ella le confesara que llevarían a su hija a la institución de Les Corts—, nosotros nos lo quedaremos y lo cuidaremos como si fuera nuestro.

La petición pilló por sorpresa a la futura abuela. Tanto ella como su marido habían asumido que se desvincularían totalmente del bebé para preservar la honra de su hija. No obstante, la posibilidad de mantener un cierto contacto con él la atraía más de lo que hubiera pensado. Por otro lado, sabía que podía confiar en la discreción de sus vecinos y que estos darían un buen futuro a su descendiente. Así, tras valorarlo con su esposo, optaron por hacer feliz a la pareja.

Después de esa noche, un nuevo fingimiento se había sumado al de Cecilia:

hacer creer al vecindario que Adela, finalmente, se había quedado embarazada. La tarea resultó mucho más fácil de lo que pensaban. Todo el mundo consideró lógico que no hubieran pregonado la noticia hasta estar seguros de que no había peligro de perder, una vez más, el bebé. Más adelante, cuando la chica se fue de casa, nadie relacionó aquel hecho con la creciente redondez de la esposa del maestro. Todos estaban convencidos de que Cecilia se había ido al pueblo a cuidar de un pariente enfermo, y ni siquiera intuyeron que las vestimentas de Adela escondían un relleno de almohadas.

Semanas más tarde, cuando el matrimonio salió de casa la madrugada de Navidad, lo hizo aprovechando la ocultación que les proporcionaba el crepúsculo. Eran muy pocos los que circulaban por las calles a esa hora temprana, y la oscuridad que retenía el cielo nuboso dificultaba que les pudieran reconocer. Aun así, iban bien cubiertos por sus respectivos sombreros, y con las cabezas hundidas bajo los cuellos levantados de los abrigos que les habían prestado los padres de Adela para que nadie pudiera identificarlos.

No hacía mucho que les habían avisado de que Cecilia se había puesto de parto, y se habían apresurado a preparar la última escenificación. El acto final de la obra que habían iniciado cinco meses atrás debía concluir con el nacimiento de la criatura en el piso del matrimonio.

Lo primero que había que hacer era sacar al bebé de la Maternidad y trasladarlo a la vivienda sin que nadie se diera cuenta. Por suerte, la niña que se encontraron en la cuna era una criatura tranquila que dormía plácidamente, como si fuera consciente de que ya no pertenecía al ambiente desencantado que la rodeaba. Quizás por eso se había dejado envolver por el encanto de la nieve y de la Navidad, y había seguido sumergida en su sueño, tan dulce como el futuro que le esperaba.

La excitación de la gente, emocionada por el día y la climatología, ayudó a que Esteban pasara desapercibido mientras entraba en su casa con la pequeña cuidadosamente escondida en un cesto lleno de viandas. Esa despreocupación feliz contribuyó también a que no reconocieran a Adela, que llegó un poco más tarde disfrazada con ropas de hombre.

Y así, mientras el vecindario gozaba de una estampa inusitada de su ciudad y se preparaba para festejar la Navidad, Alba pudo entrar en su futuro hogar. Y, como si se tratara de un adelanto de los regalos de Reyes, llegó también a la vida de sus padres.

* * *

Febrero de 1948

Las últimas palabras de Cecilia quedaron suspendidas en el aire, como si se resistieran a dejar paso al silencio. Eran como un eco imaginario que flotaba en la mente colapsada de Alba.

A medida que había ido escuchando la historia de su anfitriona, había visto cómo se tambaleaban las certezas en que basaba su vida. Al principio, sin embargo, aquellas palabras reveladoras le habían parecido tan lejanas y absurdas que se convenció de que se referían a otra persona. No se reconocía en el relato que dibujaba su Navidad idílica como una farsa y, por ese motivo, se había persuadido de que era ella, Cecilia, la única farsante de aquel sainete.

Esa percepción, no obstante, había terminado por derrumbarse cuando distinguió en la voz de la dama la huella de la autenticidad. No tenía ningún motivo para creerla, pero sus palabras tenían la consistencia de la verdad. La solidez de aquella historia era infinitamente más firme que la fábula que había escuchado mil veces. Y aquella convicción había terminado por imponerse y barrer, de golpe, la base de sus orígenes.

Abrumada por aquella certidumbre, Alba solo pensaba en el vacío, en la ausencia de los fundamentos que la despojaban de su antigua identidad.

Mientras la voz de Cecilia resonaba aún dentro de su cabeza, sus ojos no podían dejar de mirar la fuente de buñuelos que descansaba sobre la mesita. El café había dejado de humear, pero su aroma persistía aún, como las últimas palabras de aquella proclamación.

Alba había fijado la mirada en la capa azucarada de los dulces, incapaz de desviar hacia otro lado su atención. Porque el vacío de aquella masa esponjosa le recordaba su propia vacuidad.

Entonces se dio cuenta de que su existencia era también de viento. No había evidencias ni magia en su recorrido vital, tan solo una ilusión creada para ocultar un pecado y compensar una desgracia. A partir de ahí, habían ido diseñando un destino que la convertía en la protagonista de una maravillosa alegoría que explicaba su don. Aunque la realidad era que no había milagros. Que su poder era simple aprendizaje, y sus hitos producto de la constancia y la

motivación.

—Nos mudamos porque mis padres vieron que me estaba encariñando contigo. —Cecilia optó por continuar hablando, al ver aquella especie de trance en el que se mantenía Alba—. Eras una niña tan dulce y bonita... Yo quería a tu madre, pero no podía soportar verte en sus brazos y no en los míos. Aunque te podía visitar a menudo, cada vez que volvía a mi piso y tú te quedabas con ellos se me rompía el corazón. Irme de aquel edificio y abandonarte definitivamente fue lo más doloroso que he hecho nunca. Y no me lo he perdonado.

Las penumbras que se mantenían más allá del espacio iluminado desdibujaban los rincones de la sala. Por ello, la claridad daba a la situación una apariencia aún más dramática. El último acto se iniciaba con la caída de las máscaras y allí, en medio del escenario, los buñuelos de viento se erigían como una grotesca metáfora.

Que la leche y la mantequilla debían calentarse en un cazo al fuego había sido la primera indicación de un largo aprendizaje, iniciado el día en que Alba había manifestado su interés por la cocina. Aquel recuerdo temprano le venía ahora a la memoria como una burla del destino.

Se vio a sí misma de puntillas para llegar al recipiente donde hervían los dos ingredientes y poder añadir una pizca de sal. Aquel simple acto la había conectado con el prodigio de transformar unos elementos sencillos y cotidianos en instantes de homenaje. A la vista, al paladar, a la alegría de reunirse y festejar la Cuaresma con una creación sencilla que se rellenaba únicamente de ilusión.

Cuando la leche estaba hirviendo y la mantequilla ya se había fundido, Adela había incorporado la harina tamizada y el azúcar, y los había mezclado con insistencia, hasta conseguir que la masa no se pegase a las paredes de la cazuela al fuego. Alba seguía sus movimientos hipnóticos, que parecían parte de un ritual. Memorizaba cada paso y cada gesto, porque quería formar parte también de aquella liturgia que estimulaba todos sus sentidos.

Adela retiró la cazuela de los fogones sin dejar de remover y fue añadiendo los huevos poco a poco, hasta que la masa adquirió una textura homogénea y esponjosa. A pesar de los años transcurridos, Alba aún podía sentir la emoción impulsiva con que la había ayudado a dar forma a aquella sustancia. Solo las ansias de perfección contenían el empuje con el que quería entregarse a la tarea de hacer de aquella mezcla informe un producto con nombre y

apellido.

A medida que las freían, aquellas pequeñas porciones de masa cambiaban su matiz pálido por una apetecible tonalidad dorada. Por efecto de la ebullición del aceite, parecía que bailaban en la untuosa efervescencia, dando vueltas y girando sobre sí mismas. Adela le había contado entonces que aquella danza que hacía que los buñuelos se diesen la vuelta solos era el motivo por el que en algunos lugares se les llamaba *caragirats*.

El momento de rebozarlos en azúcar fue la culminación de la dicha estimulante que había despertado Adela en el instante en que la había invitado a ayudarla, a pesar de ser tan pequeña. La niña fue consciente entonces de que, con aquel gesto, llegaba al cenit de una creación sencilla que era el inicio de un reto. Porque se había dado cuenta de que era eso lo que quería hacer en el futuro, su camino, su motivación vital.

A partir de ese día, Alba había creído ver en la magia del dulce la razón de las señales y prodigios que iban apareciendo en su vida. Ahora se daba cuenta de que tan solo eran producto de casualidades y laboriosidad.

—Debo irme —anunció, levantándose de golpe del sillón.

—Puedes volver siempre que quieras.

Cecilia la siguió mientras avanzaba por el pasillo. La chica notó su incomodidad y su contención. Sabía que quería retenerla un rato más, posiblemente para terminar de liberarse de tantos años de pesar. Pero ella no podía acarrear más bagaje. Solo quería huir, perderse en la noche que empezaba, para apaciguar el dolor de la pérdida de sus orígenes con un baño de anonimato.

El aire gélido de ese mes de reflexión y penitencia la despejó un poco al salir a la calle. Una ráfaga de viento vino de repente, como si quisiera empujarla aún más hacia su destino incierto. Alba se subió las solapas del abrigo y aceleró el paso, sin rumbo, siguiendo el mandato de aquel hálito húmedo.

Una vez más, el recuerdo de los buñuelos de viento la asaltó como la figura retórica de su origen, tan vacío.

T ORRIJAS

—¿Un poco más de ternera, Joaquín?

El chico rechazó el ofrecimiento de la señora Vidal con una sonrisa, agradeciéndole sus atenciones. Había sido invitado, junto con sus padres, a comer en casa del arquitecto y acababan de servirles el segundo plato.

Lo que en realidad quería el abogado era que llegara el momento del postre para volver a ver a la joven y encantadora cocinera de la familia. Pero, evidentemente, se lo calló. De todas formas, aunque lo hubiese dicho, nadie habría entendido que un joven apuesto y de buena posición como él se obsesionase de esa manera con una simple chica del servicio, una muchacha que, por otra parte, no le había dado ningún motivo para encender así sus pensamientos.

Sin embargo, lo cierto era que, desde el día en que la había descubierto en aquella casa, la incipiente atracción que le había despertado se había ido incrementando, estimulada por el retraimiento de ella. Era como si la distancia que la joven ponía entre ellos azuzase su espíritu combativo, que batallaba insistentemente contra los baluartes de desconfianza e indiferencia de ella.

Joaquín no podía asumir que lo rechazase, siendo tan atractivo y con el añadido de su posición social. Cualquier otra mujer en su lugar hubiera intentado atraparlo utilizando la jugosa tentación de la carne. Ella, en cambio, se empeñaba en evitarlo, y el abogado notaba la incomodidad que le producía verlo y tener que hablar con él. Se daba perfecta cuenta de que la chica no lo hacía a gusto, sino por pura cortesía, y que se arrepentía de deberle el favor de haberla colocado en la pastelería Escribà.

En cualquier caso, al joven no le incomodaban las reticencias de ella. Al contrario. Le gustaba tener esa superioridad social y económica que lo situaba por encima de la cocinera, y saberla en deuda con él. Era un juego de poder más excitante aún que el de la seducción. Y cuanto más jugaba, más animado se sentía.

Ese día, en cambio, le había parecido que la cocinera estaba menos a la defensiva con él. Cuando sus ojos se habían cruzado y él le había mostrado aquella sonrisa llena de intenciones que tanto le desagradaba, ella no se había turbado como de costumbre. Le había mantenido la mirada unos segundos antes de seguir sirviendo los entremeses como si nada. A pesar de todo, el abogado captó en sus ojos una provocación.

Aquella actitud lo desconcertó un poco, pero aún más la inconsistencia de la comida, que encontró sorprendentemente insulsa. Y no es que los fiambres no fuesen exquisitos. La calidad de las carnes embutidas y curtidadas que compraban en casa de los Vidal era incuestionable, cosa que no pasaba con la ensaladilla rusa —o «nacional», como se decía en ciertos ambientes para evitar menciones a los enemigos del régimen— que las acompañaba. Era como si los ingredientes con los que estaba hecha hubiesen perdido su sabor, para fundirse en una amalgama insípida y poco consistente.

Aquello le sorprendió, ya que siempre había disfrutado de unas comidas increíblemente sabrosas en casa del arquitecto. Pero pensó que en la cocina a veces pasan estas cosas, y no le dio mayor importancia hasta que probó el asado. A diferencia de otras veces, no conseguía apreciar la armonía de olores y sabores que encontraba en los platos elaborados por Alba. Le daba la sensación de que el gusto de la ternera se había disipado en algún punto de la cocción, y que lo que había quedado en su lugar no había sabido integrarse con las grasas y las verduras. De no haber sido porque había visto a la chica acarreado y sirviendo los platos, habría pensado que no era ella quien los había cocinado.

Aquella cena sin alma hizo que el tiempo le pasara aún más despacio. Y la conversación entre los Vidal y sus padres no ayudaba a aliviar la sensación de lentitud. Hacía rato que los cabezas de familia hablaban de la crisis política que se había producido en Checoslovaquia, como consecuencia de las tensiones con el Partido Comunista. No obstante, habían cambiado de tema cuando Pablo empezó a contar que había hecho un combate de bolas de nieve poco antes de entrar en la escuela. Las bajas temperaturas y las particulares condiciones de la atmósfera habían hecho posible el inusual fenómeno climatológico, que había sorprendido a todos al despertarse esa mañana.

—¿Habéis visto lo blancos que han quedado el Tibidabo y Vallvidrera? —preguntó el arquitecto, provocando un alud de comentarios exclamativos sobre los que se impuso la voz del padre de Joaquín.

—¡Ya lo creo! ¡Y Montjuic! Por suerte, la nevada no ha sido como la de hace dos años, ¿os acordáis? Hubo bastante revuelo, porque afectó a las carreteras y dañó algunas líneas telefónicas.

—Sí, es mucho mejor que nieve como hoy. Lo justo para que todo esté bonito y que los niños jueguen...

Por unos momentos, el joven abogado logró desviarse de los pensamientos obsesivos que le hacían estar pendiente de la puerta para ver si volvía a aparecer la cocinera. Todos, salvo Pablo, que jugueteaba con el último trozo de ternera, habían terminado con el segundo plato y esperaban la llegada del postre. Pero la conversación se alargaba y hablaban ahora de la película *Gilda* que habían estrenado hacía dos meses en España y que sus padres querían ir a ver al día siguiente.

Nuevamente, Joaquín se encontró con los ojos fijos en la abertura que daba al pasillo que comunicaba con la cocina.

Pero Alba seguía sin aparecer.

* * *

Las copos de nieve que habían empezado a caer durante la madrugada ya habían cuajado al apuntar el día gracias al frío. Por este motivo, Alba se encontró con un escenario de impactante belleza acromática cuando salió a la calle para dirigirse a casa de los señores Vidal. Sin embargo, ni la excepcionalidad del fenómeno ni la gracia sosegada de aquel espectáculo de blancura lograron conmoverla.

Hacía más de una semana que había descubierto la verdad sobre su origen, y seguía inmersa en un estado de insensibilidad e indiferencia. Nada de lo que sucedía a su alrededor le afectaba, encerrada como estaba en su propio mundo. Pero este no era ya un universo amable que se describía con relatos de portentos, sino un espacio desencantado en el que la magia no tenía cabida; una mera sucesión de hechos que se producían como consecuencia de hábiles manipulaciones regidas por la conciencia.

La tarde en que había abandonado el piso de Cecilia había vagado sin rumbo por las calles, incapaz de dirigirse a su casa. No podía soportar tener que enfrentarse a la vida ficticia que le habían montado, ni compartir como si nada hubiera pasado unos hábitos que eran fruto de una mentira ni, sobre todo, enfrentarse a unas respuestas que no quería escuchar. Sabía que, si lo hacía, su

rabia cedería, y en aquellos momentos necesitaba odiar con todo su corazón.

Cuando la oscuridad se volvió más negra y pesada que su disgusto, Alba finalmente optó por regresar a casa. Nada más entrar utilizó el trabajo como excusa para justificar su tardanza y su mal humor, y se fue directa a la cama. Pero la indignación le escocía tanto que no pudo dormirse.

Su mente agitada, incapaz de soñar, interpretaba todos sus recuerdos bajo el nuevo prisma de veracidad que le había sido mostrado. Iluminada por la luz reveladora, sus memorias le parecían ridículas y los que las protagonizaban, unos farsantes. Y la evidencia de que lo que había vivido partía de un engaño la llenó de desconsuelo. Porque solo era el fruto de un pecado que habían hecho pasar por milagro.

Durante los días siguientes, la ira fue disminuyendo para dar paso a un estado de decaimiento. Seguía sin ánimos para encararse con las mujeres con las que convivía, y a las que le costaba seguir llamando «madre» y «abuela». A todos los efectos lo eran, pero no podía evitar sentirse incómoda si pronunciaba aquellas palabras. Así que prefirió optar por el silencio.

—¿Qué te pasa, hija? —le había preguntado Adela la noche antes de la nevada—. ¿Has tenido problemas con los señores?

—No, no se preocupe. Creo que estoy incubando algo.

—Ya hace días que estás muy alicaída, ¿no me quieres decir qué te pasa?

—Se lo acabo de decir: los niños deben de haberme contagiado la gripe.

La mujer no había querido insistir, pero Alba era consciente de que aquella explicación no la había dejado satisfecha. Sabía que más adelante su madre volvería a intentar hablar con ella, y que no podría aferrarse al mutismo indefinidamente. A pesar de todo, prefirió no pensar en ello.

Al día siguiente, en la cocina de los Vidal, la señora le pidió que hiciera torrijas de postre. El día anterior la había avisado de que tendrían invitados, y ya habían acordado el menú, pero había decidido sustituir el flan por una receta en consonancia con la época en la que se encontraban.

—Como estamos en Cuaresma, es más apropiado, y ya sabes que al señor le encantan.

Alba asintió y empezó enseguida con los preparativos para el almuerzo. Tanto le daba hacer una cosa que otra. Al fin y al cabo, solo se trataba de seguir una serie de pautas regidas por ingredientes, cantidades y procesos de cocción. Así pues, se limitó a seguir la técnica de asar lentamente la carne en una cazuela y dejar que la temperatura hiciese el resto.

El desencanto que arrastraba no solo se había llevado el entusiasmo que había puesto hasta entonces en su trabajo, sino que ralentizaba sus movimientos. Era como si el peso de la decepción limitase sus fuerzas y la incapacitase para transmitir pasión a lo que hacía. Incluso su visión sufría los efectos del nuevo estado anímico con que se enfrentaba al mundo. Y ni siquiera la blancura deslumbrante que cubría la ciudad podía romper el velo de oscuridad con que observaba ahora todo lo que la rodeaba.

Cuando la leche que había puesto a hervir con una rama de canela y una piel de limón empezaba a enfriarse, Núria y Pablo irrumpieron en la cocina. Como de costumbre, le preguntaron si podían ayudar, pero ella, por primera vez, se negó. No se veía capaz de interpretar de nuevo el papel de cocinera inspirada para maravillarlos con su don imaginario. Hubiera sido demasiado doloroso, e incluso grotesco, sumarse a aquel sainete.

Los niños se marcharon, decepcionados y resignados, y ella volvió de nuevo a las tareas que le habían encomendado. El asado estaba casi a punto, y la ensaladilla rusa que acompañaría a los embutidos de los entremeses hacía rato que estaba lista y dispuesta en una fuente.

Alba cogió una barra de pan seco y la cortó en rebanadas muy finas, que remojó en la leche que había hervido hacía un rato. Una vez empapadas, las pasó por huevo batido y las fue friendo de forma mecánica. Después, las escurrió y las espolvoreó de azúcar y canela en polvo.

La luz opaca del mediodía hacía más turbia todavía la percepción del ambiente. Y en ese entorno, enrarecido por su apatía, los olores y los sabores quedaban sofocados por tanto desánimo.

Solo hubo un momento en que su corazón entumecido revivió un poco. Pero no con una emoción placentera, sino con el impulso de un latido que la alertó.

Hacía poco que los señores y sus invitados se habían sentado a la mesa, y ella les estaba llevando el primer plato. Aunque les servía con despreocupación, empeñada en el mutismo inexpresivo en que se había instalado hacía nueve días, algo la sacó de su cerrazón. Una fuerte impresión de estar siendo observada la obligó a levantar la vista, y entonces tropezó con los ojos de Joaquín, que la acechaban con insistencia.

El chico le sonrió con aquel gesto de suficiencia que tanto le molestaba. Y, de nuevo, la rabia, la impotencia y un odio virulento la empujaron desde las costillas. De pronto, su furor se concentró en una animadversión hacia el joven abogado como nunca antes la había sentido. Pero, al mismo tiempo, reconocía

en aquella inquina una incipiente inclinación que la arrastraba hacia él.

Más que nunca, más incluso que con Enrique, sentía el poder cautivador que la conectaba con Joaquín y que la elevaba por encima de todo el engreimiento de él. Sabía que lo que despertaba en el chico le otorgaba un dominio fatal sobre su voluntad, y eso la enardecía.

El calor de la sangre le enrojeció la piel de las mejillas y aceleró sus movimientos. Fue tal el aumento de la temperatura que temió que él pudiese percibirlo a través de su vestido. Joaquín, sin embargo, se limitó a seguirla con la mirada encendida hasta que abandonó la estancia.

Con el corazón todavía alterado por las emociones que intentaba contener, Alba se apoyó en el mármol de la cocina. No se reconocía en los olores de los platos que había elaborado ese día, y la invadió nuevamente la tristeza. Pese a ello, la tensión abrasadora que había experimentado minutos antes seguía encendiéndole el pecho.

No había conseguido reponerse todavía cuando tuvo que volver al comedor para servir el segundo plato. Esta vez Joaquín no la miraba tan descaradamente, pero podía palpar en el aire su impaciencia. La cocinera trató de evitar el contacto visual clavando los ojos en la bandeja del asado, y se dio cuenta de que las manos le temblaban ligeramente. Para evitarlo, inspiró profundamente, intentando expulsar la ansiedad con el aire que exhalaba. El proceso respiratorio la ayudó a suavizar un poco su turbación mientras terminaba la tarea, y, en cuanto pudo, regresó a la cocina.

De nuevo, se apoyó en el mármol y respiró otra vez con avidez. Se veía incapaz de refrenar la potente atracción hacia Joaquín que se le había despertado. Pero todavía se le hacía más difícil discernir cómo había podido pasar.

No lograba entender cómo el desdén que hasta entonces le provocaba hubiese podido transformarse en una fascinación tan intensa.

Trastornada por la mezcla y la fuerza de todas las emociones que le brotaban al mismo tiempo, se sintió vencida, abatida por el peso de una realidad que ridiculizaba la vida que había vivido, dominada por una cólera inmensa. Y, de golpe, sometida al impulso atávico que la arrastraba hacia el abogado.

El esfuerzo que tuvo que hacer para controlar aquellos sentimientos hizo que se demorara en llevar el postre. Cuando lo hizo al fin, casi tropezó con la señora Vidal, que se disponía a abrir la puerta del comedor para ir a buscarla.

—Creía que habías tenido algún problema con las torrijas...

—No, no, señora, disculpe. Es que no me encuentro muy bien y he tenido que sentarme un rato.

—¿Qué te pasa?

—Ya sabe... Problemas de mujeres.

La señora le hizo un gesto de conformidad, y Alba depositó la bandeja con las torrijas sobre la mesa. Lo hizo tan rápidamente como pudo para evitar la mirada penetrante de Joaquín. Pero en el interior de su cabeza sus movimientos eran lentos, como las voces de los comensales, que le llegaban pausadas y lejanas.

Cuando volvió a la cocina arrastraba todavía aquella sensación de irrealidad. Era como si un velo imperceptible la aislara del escenario en que se movía, y la dejara sola bajo los focos.

La impresión duró apenas veinte minutos. Y entonces, mientras terminaba de recoger, el velo se rasgó y la luz se derramó encima del abogado, que acababa de aparecer por la puerta, definiéndolo con nitidez.

Alba retrocedió hacia la pared, alarmada por su presencia. La sangre volvía a encenderle las mejillas y le sacudía el corazón, tan fuerte que toda ella temblaba. Intentó hablar. Quería recuperar la compostura para formular una pregunta de cortesía, pero el cuerpo no le respondía. Una voluntad extraña se había adueñado de su organismo, y su fuerza casi la inmovilizaba. Lo único que hacía era dar pasos hacia atrás, consciente de que no tenía escapatoria. Pese a todo, aquella certeza la llenaba de una rara excitación.

Al topar contra el muro de azulejos permaneció inmóvil unos instantes. Su respiración se había adaptado al ritmo veloz de sus latidos, y su pecho subía y bajaba al mismo compás. Esta vez las miradas se mantenían. Ya nada podía alejar sus ojos febriles, en los que se adivinaba el deseo que palpitaba bajo la ropa.

Pegada a la pared, vio como el abogado avanzaba hacia ella. Solo necesitó unos segundos para alcanzarla. Mientras apretaba su cuerpo contra el de ella, Alba notó el calor de la piel de él junto a su presión creciente. Después, su aliento le rozó el cuello buscando sus labios. Sin dejar de aferrarla con su corpulencia, el joven le sujetó la mandíbula para evitar que ella girara la cara. Entonces, apretó sus labios contra los de la chica, que dejó de resistirse. La tensión desapareció y en su lugar surgió una entrega mansa pero enardecida.

El tiempo pareció frenarse en aquel abrazo impetuoso que los mantenía a

ambos en un paréntesis sin palabras. Ella echó la cabeza hacia atrás y notó la viscosidad de la lengua de él adentrándose en su cavidad bucal mientras las manos le manoseaban las nalgas. El cuerpo de Alba respondía sorprendentemente a aquellas caricias, encendiéndose bajo sus dedos y acoplándose con fuerza contra su pelvis.

Finalmente, la razón se impuso al desenfreno. El peligro de ser descubiertos era demasiado grande.

Joaquín aflojó la presión sobre ella y se retiró, antes de mirarla una última vez. Después, se marchó en silencio.

Su mirada evidenciaba que la deuda seguía pendiente.

C REMA CATALANA

— Pasa, Enrique, pasa —dijo Adela, sujetando la puerta e invitándolo a entrar con un gesto de la mano—. Espera un momento en el comedor, que tengo la leche al fuego.

Un aroma a canela y limón flotaba en el ambiente, y se hizo más intenso al entrar en la vivienda. El chico se había atrevido a ir al piso de Alba después de varias semanas intentando quedar con ella sin éxito. Los tres domingos que había ido a buscarla a la pastelería Escrivà, su novia se había excusado diciendo que su abuela estaba enferma y que no podía dejar a su madre sola con ella. Al principio él se lo había creído, pero su actitud elusiva le hacía sospechar. Por eso había decidido ir a verla y, de paso, interesarse por la señora, en caso de que ella le hubiese dicho la verdad.

Era la primera vez que Enrique iba a su piso. Había conocido a Adela poco antes de Navidad, una tarde en la que coincidieron en el portal del edificio cuando él acompañaba a Alba a casa, después de una sesión de cine. Había sido una presentación breve, pero nada incómoda a pesar de las circunstancias. El carácter afable de la madre de su novia había suavizado la situación, y le había hecho sentir como alguien cercano cuando lo invitó a que fuera a merendar una tarde.

—Ya era hora de que te decidieses a venir —oyó que le decía desde la cocina. Enseguida la vio aparecer con un paño en la mano—. Perdona, pero como hoy es san José estoy haciendo crema catalana, y Alba no me ha avisado de que vendrías.

—No, es que no se lo he dicho. Hace días que no nos vemos y he pensado en pasar a saludarla. Por cierto, ¿cómo se encuentra su madre?

—Pues bastante bien para la edad que tiene, no nos podemos quejar. Ahora me está ayudando con la crema. Normalmente la prepara Alba, pero este año ha dicho que ya cocina todo el día en casa del arquitecto, y no ha querido hacerla. Voy a avisarla de que estás aquí.

Enrique asintió mientras asumía la evidencia de que, tal como había supuesto, su novia lo estaba evitando. La abuela no debía de estar tan enferma cuando, en vez de en cama, estaba en la cocina. Seguramente, Alba se había hartado del trato que él le dispensaba últimamente y había decidido pagarle con la misma moneda. En cierto modo lo veía lógico, pero se sintió dolido igualmente.

Todavía no había terminado de digerir su desdén cuando Alba se presentó ante él con cara de enfado.

—¿Cómo se te ocurre venir aquí?

—Ya que no puedes dejar a tu abuela enferma, he pensado que lo mejor sería venir a verte.

— Bueno, pues ya has visto que está mejor. Pero no me fío, es muy mayor y hay que estar alerta.

—Alba, por favor, deja de poner excusas.

Los ojos de la chica se encendieron de indignación al escucharlo. El aire, impregnado del olor de la crema, se congeló de repente.

—Lo dice el especialista en pretextos...

—Tienes razón. Sé que no me he portado bien contigo todos estos meses, y me arrepiento. Pero no podemos seguir así. Es absurdo. Mira, hagamos una cosa: yo me sincero contigo y, después, tú me cuentas qué te pasa.

La chica soltó un resoplido. Era evidente que en su interior se libraba una batalla entre sincerarse con él o continuar nutriendo su orgullo herido con otra dosis de rencor. Enrique lo captó enseguida y optó por estimularla dando ejemplo.

Comenzó por hablarle de su padre, de cómo le había afectado el desarrollo de la guerra y, sobre todo, su final, cuando se había desatado el implacable mecanismo de la represión. Le confesó su pertenencia al maquis hasta que el desgaste físico y mental lo había forzado a volver. Por último, la puso al día de la situación en su casa, de cómo se las apañaban para mantenerlo oculto y evitar que nadie pudiera delatarlo.

Durante todo el tiempo que el chico habló, Alba lo escuchó entre sorprendida y atemorizada. Le dolía el sufrimiento del joven y de su familia, pero, por otro lado, el hecho de ser cómplice de aquel secreto la llenaba de inquietud. Al final, se impuso el reconocimiento de su padecimiento, que casi sentía como propio, y le ofreció su silencio.

—Me sabe muy mal, Enrique, yo no podía imaginar algo así... Puedes estar

tranquilo, no se lo diré a nadie, ni siquiera a mi madre. Gracias por contármelo, aunque creo que deberías haber confiado en mí en vez de darme largas.

—Tenía y tengo mucho miedo, Alba, y tampoco quería implicarte. Pero tienes razón, siento haberte hecho sufrir. A partir de ahora ya no habrá más secretos entre nosotros.

—Sí, será mejor así.

—Pues ahora tienes que decirme qué te pasa.

—Es más complicado y largo que lo que acabas de contarme.

—No tengo prisa. Eso sí, si tiene que durar mucho, agradecería un poco de crema catalana, para no desfallecer.

La joven cocinera dibujó una leve sonrisa. Era la primera vez que lo hacía en un mes. El minúsculo estallido de alegría la ayudó a relajarse y, en ese ambiente de confianzas, comenzó a desgranar su relato.

A medida que la escuchaba, el rostro de Enrique mudó de la atención a la sorpresa. No la interrumpió en ningún punto de su explicación, dejando que la chica se explayara para liberarla de los sentimientos amargos que la consumían.

— No existe «la magia del dulce» —le espetó como demoledor punto y final —. He vivido engañada todo este tiempo.

—¿Por eso no has querido hacer la crema catalana?

—Exacto. Ni los pastelitos de Tortosa. Cualquiera puede hacerlos, solo hay que tener los ingredientes y seguir la receta.

—Pero a nadie le salen como a ti...

—Es cuestión de práctica, yo he cocinado desde pequeña y la experiencia lo es todo.

—No estoy de acuerdo. En el arte hay una parte mágica que no tiene nada que ver ni con la técnica ni con la práctica. Y la cocina es creación, como la pintura o la escultura. Tú siempre has tenido esa «magia del dulce».

Alba calló por unos segundos. Sabía que el chico tenía razón, pero la furia que sentía era demasiado viva para dejarse amansar con cualquier razonamiento que pudiera ofrecerle. Él se dio cuenta y añadió, mientras le cogía las manos, que le hervían de indignación:

—Es lógico que estés así, no pienses que no te entiendo. Lo que te ha pasado es muy gordo y haberte tenido que enterar de esta manera... Pero no puedes condicionar tu vida, tú sigues siendo la misma persona.

—No puedo serlo, ¡soy quien me han hecho creer!

— Pero tu esencia no tiene nada que ver con lo que te hayan dicho o lo que hayas creído. No dejes que esto nos prive a los simples mortales de tus deliciosas creaciones, por favor.

La joven cocinera sonrió por segunda vez, pero enseguida volvió a adoptar su gesto de circunspección. Enrique llenó de nuevo su silencio intentando animarla.

—¿Y cómo se lo han tomado tu madre y tu abuela?

—No les he dicho nada.

—¿Que no se lo has contado? Alba, tienes que hablar con ellas. ¡No puedes estar enfadada eternamente!

—Lo haré cuando sea el momento.

El chico guardó silencio. Era consciente de que mientras ella se empeñara en mantener esa actitud resentida, nada de lo que le dijera cambiaría su disposición. Lo más probable era que empeorase. Así pues, optó por no insistir y se limitó a compartir con ella un rato más, charlando como una pareja cualquiera, hasta que Adela y la abuela Elvira les trajeron la crema catalana para merendar juntos.

Esa noche Alba tardó en dormirse. Por primera vez, el motivo de su tribulación no era el desengaño por sus orígenes. No dejaba de darle vueltas a lo que Enrique le había contado sobre su padre. Ahora que sabía el motivo del distanciamiento de su novio, se sentía un poco culpable. Aunque seguía pensando que él debería haberse sincerado mucho antes, no conseguía liberarse de los remordimientos que le producían sus renovados sentimientos hacia Joaquín.

Tras el ardoroso encuentro que habían tenido en la cocina, unas semanas atrás, se habían encontrado un par de veces. La primera había sido justo al día siguiente, cuando él apareció en la pastelería como hacía muchos domingos. Ella había intentado disimular su nerviosismo y esquivar su mirada mientras atendía a una clienta, pero lo único que consiguió fue atraerlo aún más con su agitación. Él se limitó a saludar con un gesto socarrón, y no le quitó los ojos de encima mientras le atendían. Aquella situación tensa la había agitado por dentro, a pesar de no haber intercambiado palabra alguna.

Unos días más tarde, el abogado la abordó en plena calle en el momento en que abandonaba la casa de los Vidal. Pero esa vez no se limitó ni a la actitud ni a las miradas.

—¿Ya has acabado por hoy, preciosa?

—Sí, ahora me voy a casa.

—¿Quieres que te acerque con el coche?

—Es usted muy amable, pero prefiero coger el tranvía.

A pesar de que ya estaba oscuro, la pesadez del cielo nublado se apreciaba en la humedad del aire. Aquella carga invisible parecía abrumar a Alba y entorpecer sus movimientos. Por un lado quería echar a correr, pero, al mismo tiempo, deseaba seguir junto a él.

—¿Sigues tratándome de usted? ¿Te gustaría que me mostrara aún más cercano?

— Es por educación.

—¡Qué cortante! No estabas así hace unos días. Te recuerdo mucho más dócil.

—Se me hace tarde, discúlpeme.

La potencia con la que le latía el corazón le insufló un vigor que la liberó de repente de la presión que la oprimía. Sus pasos se aceleraron para dejar atrás a Joaquín y esconder la punzante vergüenza que sentía. Él, sin embargo, avivó también su paso para mantenerse a su lado.

—Por más que intentes disimular, yo sé que te gusto. No es necesario que te pongas así, mujer, ¿qué tiene de malo? No soy feo, ¿verdad?

—Por favor, déjame tranquila. Tengo novio.

—Eso me parece mucho mejor, ahora ya hablamos como amigos... Pues es un chico afortunado, pero yo no pienso rendirme. Me gustas mucho, Alba.

Aquella última frase se le había incrustado en la memoria y volvía a menudo cuando pensaba en él. Dos semanas después, aún tenía la misma capacidad de conmoverla, y no podía evitar recordarla, incluso cuando parecía que las tensiones entre Enrique y ella se habían resuelto.

Pensar en el abogado después de una tarde en la que se había vuelto a sentir tan cercana a su novio como los primeros días le parecía una especie de traición. Pero se veía incapaz de contener el poder de las emociones que el abogado había hecho crecer en ella.

Porque era consciente de que la conversación que había mantenido con él era la proclama de lo que la quemaba por dentro. Joaquín no había hecho más que expresar lo que ella callaba. Por más que quisiera disimular, sabía que el fingimiento nada podía contra la atracción que le despertaba. Y tenía la certeza de que lo que le había augurado era cierto: él no se rendiría.

M ONAS DE CROCANTE

Hacía un mes que los domingos ya no eran como antes. La emoción que acompañaba a Alba al levantarse, y que hacía especial el ritual de aquellas mañanas festivas, había dejado de acompañarla las últimas cuatro semanas. Y, sin embargo, parecía que hubiera pasado una eternidad desde los tiempos en que se despertaba animada con la perspectiva de una nueva jornada en la pastelería Escribà. Ahora, en cambio, acudía por obligación.

La alegría con que antes se dirigía al establecimiento se había esfumado desde que había empezado a considerar ese trabajo como una imposición más de las que conformaban sus rutinas. Y el hecho de que hubiese dejado de ser un estímulo para convertirse en un deber no ayudaba a curar la herida que llevaba aún en el alma, tras constatar la inexistencia de «la magia del dulce».

Al principio de su incorporación al personal de los Escribà disfrutaba dejándose llevar por el aroma de los confites, que la trasladaba a las épocas felices en que había comenzado a percibir que era parte de ese universo tan sensitivo. Pero desde que se había enterado de la verdad sobre su nacimiento, ya no veía como un éxito trabajar en la prestigiosa pastelería. Había decidido convencerse de que no había ninguna relación entre ella y los dulces, que el camino que la había conducido hasta aquella meta no era más que una serie de circunstancias afortunadas.

Adoptar aquella convicción había sido una manera sutil de castigarse. Porque, más allá de la responsabilidad que atribuía a sus parientes, en su inconsciente latía un intenso sentimiento de culpa por haberse dejado embaucar por las fantasiosas historias confeccionadas en torno a sus orígenes. Negarlas ahora no solo constituía un rechazo contra todos aquellos que habían urdido la mentira, sino que, además, penalizaba su propia ingenuidad.

Mientras se esforzaba en asumir su nuevo enfoque vital, desprovisto de magia, la joven cocinera iba aplazando el enfrentamiento con su madre y su abuela, el momento en que les reprocharía su silencio de todos aquellos años.

Se encontraba demasiado inestable emocionalmente, y terriblemente confusa con la mezcla de sentimientos que le despertaban Enrique y Joaquín, y que se sumaban a sus tribulaciones.

Solo habían pasado dos días desde que su novio había ido a su casa, y aún no se habían vuelto a ver. Sin embargo, a pesar de que entendía la situación del chico, no conseguía superar los celos que habían provocado los meses de frialdad y de distancia.

En cuanto al abogado, tampoco le había visto, pero temía que en cualquier momento apareciese por la puerta. Aquella incertidumbre la mantenía en un estado de alerta apenas disimulado, debido a su desasosiego. Era una mezcla de temor y de deseo que aceleraba sus movimientos y hacía volar sus pensamientos muy lejos de allí.

El ensimismamiento de Alba se desvaneció de repente cuando uno de los ayudantes salió del obrador acompañado del propietario. En aquellos momentos la pastelería hervía de actividad, pero, aun así, pudo oír lo que decía Antonio Escribà a su empleado, mientras ella envolvía un roscón de nata:

—No te preocupes por nada, tú vete a casa, que ya nos espabilaremos.

—Pero si falta una semana para Pascua y hay mucho trabajo aún...

—Tranquilo, que saldremos de esta. Tú no te preocupes y recupérate. Cuando te encuentres mejor, vuelves.

Alba se giró hacia una de las dependientas, que acababa de atender a una señora embutida en un abrigo de lana demasiado pequeño. Su compañera le contó que el hombre se había ido del obrador porque tenía fuertes dolores abdominales.

—Como están preparando las monas y tienen tanto trabajo, se ha estado aguantando, hasta que el señor Escribà le ha hecho parar para que fuera al médico.

—Pues sí, es un mal momento para ponerse enfermo —comentó Alba—. Menos mal que es un ayudante y no un oficial, pero, aun así, son dos manos menos.

—Esperemos que no sea nada y mañana ya vuelva a estar aquí.

Pero los buenos deseos de su compañera no se cumplieron. Esa misma noche, el timbre de casa de la cocinera la sobresaltó mientras cenaba. No era habitual que nadie las visitara a esas horas, por lo que ya se puso nerviosa mientras iba a abrir. Cuando vio a uno de los oficiales de los Escribà en el

rellano de la escalera, se quedó tan sorprendida que ni lo saludó.

—Perdona que venga a estas horas, pero es bastante urgente.

Intentando recuperarse de la impresión, Alba, ahora sí, lo invitó a entrar.

—No hace falta, gracias, solo quería preguntarte si podrías pasarte mañana por la pastelería. El señor Escribà quiere hablar contigo.

—¿Conmigo?

—Sí, pero no te preocupes, que no es nada malo. Ya sabes que uno de los ayudantes se ha puesto enfermo.

—Sí, vi cómo se iba. ¿Qué tal está?

—Tienen que operarlo de apendicitis. Por eso don Antonio quiere verte. Nos tenemos que organizar para preparar las monas, y el tiempo se nos echa encima.

Cuando Alba le confirmó la hora en que iría a la pastelería, el hombre se despidió y se marchó a toda prisa. En total la conversación no duró más de diez minutos, pero la dejó intranquila, a pesar de que el oficial le había dicho que no tenía de qué preocuparse. No obstante, le resultaba imposible no hacerlo, teniendo en cuenta la cantidad de hechos sorprendentes que había vivido las últimas semanas. Estaba convencida de que lo que fuera que tuviera que decirle el señor Escribà sacudiría de nuevo su vida.

Y no se equivocó.

* * *

Era la primera vez que Alba salía tan pronto de casa. La oscuridad que imperaba en la calle le pareció más densa que por la noche, aun sabiendo que bajo aquel velo de tinieblas se desperezaba la claridad primaveral. De momento, el único brillo que rompía la oscuridad era el de las estrellas que salpicaban el firmamento.

Mientras avanzaba en dirección a la parada del tranvía, la chica se fijó en que la ciudad ya se preparaba para iniciar su actividad. A pesar de la calma que aún flotaba en el ambiente, eran muchos los peatones que se apresuraban, como ella, para llegar al trabajo. Sus pasos diligentes y los saludos que algunos intercambiaban resonaban en el silencio, como el murmullo de los pocos vehículos que ya circulaban.

El reloj de la iglesia marcó las seis menos cuarto mientras subía al tranvía. En los bancos, algunos viajeros dormitaban, incapaces de despedirse del

último sueño. Ella, en cambio, tenía los ojos bien abiertos. La excitación le impedía abandonarse al confortable abrazo del sopor, aunque esa noche no había descansado mucho.

Desde la tarde en que se había entrevistado con Antoni Escribà vivía en un permanente estado de agitación. De un día para otro había pasado de la aflicción a la euforia, siguiendo un proceso inverso al que había experimentado cuando había ido a ver a Cecilia. Por eso, mientras se encaminaba a la pastelería a aquella hora temprana, lo hacía con una emoción fortalecida por lo ocurrido hacía dos días. Había sido tan inesperado y tan rápido que aún no lo había asimilado.

Todavía mantenía muy vivas las impresiones que había notado al entrar en el obrador. Aunque esa no era la primera vez, ya que había ido en otras ocasiones dentro de su horario de los domingos, nunca había estado allí en un día laborable. Ese lunes era particularmente tranquilo en cuanto a la clientela, por lo que le sorprendió ver el movimiento frenético alrededor de los dos hornos y el despliegue de artísticas construcciones hechas con crocante que ocupaba las mesas de mármol. Entonces recordó que faltaba muy poco para la Pascua y que la pastelería debía ofrecer su habitual surtido de monas, una tarea nada fácil de llevar a cabo sin moldes, ya que durante la guerra les habían requisado todos los recipientes de metal para hacer armamento.

Embelesada por las fantasiosas creaciones que, a falta de chocolate, elaboraban los pasteleros con el crocante, Alba no vio a su jefe. Fue él quien se le acercó para invitarla a su despacho, ubicado muy cerca de donde tenía la vivienda.

Para tranquilizarse, la chica se repitió las palabras que le había dicho el oficial que había ido a buscarla a su casa: que no se preocupase, que no era nada malo. Reproducir la frase, sin embargo, no le sirvió de mucho. Por suerte, el señor Escribà fue directo, y eso la tranquilizó finalmente.

—Como sabe, uno de nuestros ayudantes tuvo un ataque de apendicitis y lo han tenido que operar. Hasta dentro de unas semanas no podrá volver y necesitamos cubrir su puesto lo antes posible, ya que son días de mucho trabajo. Como necesitamos alguien con experiencia y que pueda incorporarse de inmediato, hemos pensado en usted. Ya sé que no ha trabajado nunca en un obrador, pero sabe cocinar y hacer repostería casera y, por lo que me han dicho, tiene mucha mano.

—¿Yo? ¿De ayudante de pastelería?

—De momento, de aprendiz. Mire, estamos muy contentos con el trabajo que ha hecho hasta ahora, y nos gustaría contar con sus habilidades más allá de la atención a los clientes. Lo que le ofrezco es que se incorpore al obrador no solo como sustituta, por eso debe comenzar con el aprendizaje, y estoy convencido de que en poco tiempo podrá hacer de ayudante.

De repente, la cocinera notó cómo se desvanecía la pesada carga de la decepción que tanto la había abrumado durante el último mes. La propuesta del señor Escribà irrumpía en sus turbios pensamientos para rasgarle la tristeza, como el rayo solar desgarrar las nubes después de la tormenta.

De repente, volvió a verlo claro. Que le propusieran trabajar en el obrador iba más allá de casualidades o decisiones acertadas. Era un nuevo prodigio. Porque no era habitual que una mujer se iniciase en el aprendizaje de la pastelería, ya que era un mundo tradicionalmente masculino. Por lo tanto, aquello no podía ser más que la evidencia de que su camino seguía todavía la ruta del dulce. Y que sus orígenes, los verdaderos, continuaban tan vinculados como de costumbre a la magia golosa que siempre la había acompañado.

Alba escuchó con atención los detalles del ofrecimiento de don Antonio, pero estaba tan emocionada que tenía la sensación de estar en el cuerpo de otra persona. Se sentía como la espectadora de una obra de teatro de la que fuera la principal protagonista, una sensación de irrealidad que no empezó a disiparse hasta que abandonó el despacho.

Poco después, mientras volvía a casa, fue asumiendo lo que había sucedido y sopesando los efectos de aquel cambio de rumbo en su trayectoria. El primero de ellos afectaba a su relación laboral con los Vidal, ya que no podría continuar con ese trabajo. Había pasado poco más de un año a su servicio, pero sabía que se le haría duro despedirse porque allí había conseguido desplegar su don y, sobre todo, porque sentía mucho aprecio hacia los dos niños, a los que echaría de menos. El segundo tenía relación con su madre y su abuela, a las que tendría que poner al corriente de todo. Entonces, sería el momento idóneo para hablarles del encuentro que había tenido con Cecilia y de sus revelaciones. No tenía sentido alargar más la espera.

Había llegado el momento de hacer frente a la situación para iniciar la nueva etapa que se le presentaba, sin arrastrar ninguna carga en el corazón ni en la conciencia.

Aún no había comenzado a anochecer cuando Alba llegó a su casa. El reciente inicio del equinoccio de primavera se dejaba notar en la creciente

claridad y, también, en la temperatura, mucho más benévola. Bajo la generosidad de aquella luz, Adela y la abuela Elvira aprovechaban para coser encargos. Apenas levantaron la cabeza de sus respectivas labores para saludarla, pero, en cuanto ella les anunció que le habían ofrecido trabajo en el obrador de los Escribà, ambas dejaron de lado la costura, movidas por la sorpresa y la alegría.

—Empiezo mañana mismo —explicó Alba, aprovechando que tenía toda la atención de las mujeres—. Hemos acordado con el señor Escribà que hasta que no me despida de los Vidal solo iré unas horas por la mañana, antes de ir al trabajo, y los fines de semana. Pero tan pronto lo deje, me incorporaré a jornada completa.

—¡Qué alegría, hija! Esto sí que no me lo esperaba... ¡pastelera! No conozco ninguna mujer que lo sea.

—Aprendiz, madre, pasará mucho tiempo hasta que domine el oficio.

—Sí, claro, pero es un buen comienzo, y yo siempre he sabido que llegarías lejos. ¡Estoy muy orgullosa, hija! Lo único que me preocupa es que acabarás reventada trabajando en los dos sitios a la vez, ¿a qué hora tienes que estar en el obrador?

—A las seis, aunque el señor Escribà y parte del personal comienzan a las cinco de la mañana. Pero tan pronto como deje de trabajar en casa del arquitecto iré más descansada, aunque haga más horas en la pastelería.

Adela y la abuela Elvira siguieron interrogando a la chica, aprovechando que había dejado de lado el ensimismamiento silencioso en que se había sumido en las últimas semanas. Ninguna de ellas sospechaba que el motivo por el que había mantenido aquella actitud arisca estaba a punto de desvelarse.

—Hay otra noticia que tengo que darles. Hace más tiempo que la sé, pero hasta ahora no encontraba el momento de decirla, porque no es nada agradable. Hace un mes me encontré a Cecilia. —En cuestión de segundos, los semblantes de la madre y la abuela adoptaron una expresión de alarmante incertidumbre. Ya no quedaba ni una chispa de la exultante emoción que animaba sus ojos hacía un instante. En su lugar, una especie de sombra turbia les oscureció la mirada—. Sí, la hija de los primeros vecinos que vivieron en este rellano. Se presentó ella porque yo no la recordaba, claro, era muy pequeña cuando se fue. El caso es que me invitó a su casa y me pidió que no les dijese nada hasta que me hubiera contado lo que tenía que decirme. Pero me quedé tan desconcertada al escucharla que hasta ahora no he tenido fuerzas

para hablarlo con ustedes.

Después de una pausa en que la tensión pareció suspender el tiempo, Adela consiguió articular las primeras palabras.

—Alba... yo... lo siento tanto... Tienes todo el derecho a estar enfadada, pero...

—No lo estoy, ya no. Solo quería que lo supieran para librarme de este peso. Me ha angustiado mucho todo esto.

—Me duele en el alma, hija. No tengo perdón, sé que tendría que habértelo dicho, pero no podía soportar disgustarte y temía tu reacción cuando te enterases de la verdad. Sé lo que significa para ti la historia que te contamos sobre tu nacimiento milagroso, y lo último que quería era desilusionarte. De hecho, yo también me engañé e incluso llegué a creerme la historia...

Adela bajó la cabeza, incapaz de seguir hablando. Un leve temblor la sacudía y le daba una apariencia de fragilidad. Su madre, Elvira, se acercó a ella para ponerle la mano en el hombro, como si quisiera transferirle algo de la fuerza que la sostenía aún, después de tantos años. Luego se dirigió a su nieta.

—Somos tu familia, Alba. No importa la manera en que llegaste a nosotros, te hemos querido desde el primer momento y siempre lo haremos. Hemos hecho mal al haberte escondido la verdad. Espero que nos puedas perdonar algún día.

—Ya lo he hecho, abuela. Me ha costado mucho, porque me sentía estafada y tonta, muy tonta al no haberme dado cuenta de nada. Pero después de lo que ha pasado en la pastelería veo claro que «la magia del dulce» tiene muchas maneras de manifestarse, y mi nacimiento fue igualmente prodigioso. Creo que las cosas nunca pasan porque sí.

Esa noche el sueño tardó en llegar. La fuerza de los acontecimientos que había tenido que asumir en pocas horas era demasiado intensa, y todavía se sentía invadida por la fuerza de cada uno de los impactos emocionales que le habían provocado en el ánimo.

Pero, por encima de aquella mezcla emotiva, se cernía una ilusión vivificadora que la impelía a avanzar por la ruta que se había trazado hacía tanto tiempo.

P A S T E L D E S A N J O R G E

Abril de 1948

A Joaquín le costó contener su decepción al ver a la chica que les servía el café. El abogado se había acercado a saludar a los Vidal, aprovechando que había salido pronto de una visita con un cliente, y conversaba con el señor de la casa cuando la joven apareció en la sala con la merienda. Normalmente era Alba quien se encargaba de servirla, y que no lo hiciera ella en esa ocasión le hizo intuir que algo había pasado.

Mientras el arquitecto le comentaba sus impresiones sobre las elecciones italianas celebradas el día antes, su cabeza analizaba los posibles motivos de la ausencia de la cocinera. Dudaba si quedaría demasiado en evidencia su preocupación si preguntaba por ella, pero la curiosidad pudo más que sus temores y se arriesgó.

—¿Habéis contratado más personal?

—No, qué va, es que la cocinera se despidió hace unas semanas y hemos tenido que buscar una nueva. Una lástima, porque Alba hacía unos postres deliciosos.

—Sí, sí, lo recuerdo. ¡De primera! ¿Y cómo es que se fue?

—Le ofrecieron incorporarse al obrador de la pastelería Escribà.

—¿En serio? ¿De pastelera?

Joaquín no se lo acababa de creer. Si ya le parecía sorprendente que hubiera dejado su trabajo en el servicio de una casa como aquella, que lo hubiese hecho para trabajar con los Escribà a jornada completa le resultó inaudito.

—Pues sí, a nosotros también nos sorprendió. No es un oficio de mujeres, pero hay que reconocer que ella tiene un don para la repostería.

La conversación finalizó con aquel último comentario del señor Vidal, pero los pensamientos del joven abogado siguieron centrados en lo que este

acababa de comunicarle. Nunca hubiera pensado que el destino de la chica sería formar parte de la pastelería Escrivà, donde él la había ayudado a entrar. Siempre había supuesto que el día que la cocinera dejase sus dos trabajos sería para casarse, que era el futuro que deseaban todas las mujeres de su edad. No entendía cómo había conseguido que la aceptaran en el obrador, ni por qué pretendía tener un oficio. Pero estaba dispuesto a averiguarlo. Y lo más pronto posible.

Por eso, nada más salir del piso del arquitecto, Joaquín enfiló la avenida de José Antonio Primo de Rivera, popularmente conocida como Gran Vía, con la intención de encontrarse con Alba. Al mirar el reloj, se dio cuenta de que se le hacía tarde, porque ya eran las siete pasadas, la hora a la que solían salir los pasteleros. Se apresuró por si la encontraba de camino hacia su casa.

No le resultó fácil, ya que una multitud inusual ocupaba las calles y dificultaba su avance. Desde primera hora de la mañana, en las calles más céntricas de la ciudad, las librerías habían instalado paradas para conmemorar el día del libro. El ambiente, sin embargo, era diferente del que recordaba de sus días de niñez, cuando en los centros oficiales y los balcones se colgaban las banderas de Cataluña y de la República.

Esas insignias hacía años que habían desaparecido de los edificios, al igual que las cintas con los colores republicanos y catalanes que ofrecían las floristas que inundaban la plaza de San Jaime, donde una multitud esperaba para hacer la tradicional visita al palacio de la Generalitat. La costumbre de visitar aquel edificio, que ahora era la Diputación Provincial, se había mantenido, como las flores en las paradas, que se ofrecían a los que hacían cola para poder acceder al interior. También había perdurado la tradición de llevar las librerías a la calle para desplegar su surtido de obras, aunque ahora solo se podían encontrar aquellas que estaban bien vistas por el régimen.

Ignorando el ambiente festivo que lo rodeaba, el abogado se apresuró para avanzar entre el gentío mientras dejaba atrás los puestos de flores y libros. La luz había perdido la transparencia de las primeras horas, pero la claridad se resistía a dejar paso al atardecer.

Cuando estaba a punto de llegar a la pastelería, Joaquín vio que Alba se alejaba por la avenida, acompañada de un chico. Por unos instantes sintió la punzada de los celos, pero eso no lo detuvo. Más que nunca, sentía que era un desafío conseguir que le prestara atención, ahora que veía que era un objetivo deseable y codiciado. Conquistarla tenía más valor aún, dado que otro la

cortejaba. Además, le parecía excitante ponerla en una situación violenta, como cuando intercambiaba miradas con ella ante sus señores. Era un juego estimulante por el riesgo que conllevaba, un reto más que alimentaba su anhelo de seguridad y poder.

Cuando la chica y su novio se detuvieron frente a una librería, el abogado aprovechó para acercarse. Fingiendo que era uno más de los que curioseaban entre el surtido de volúmenes que se exponían, se coló entre la gente hasta situarse a su lado. En un primer momento, Alba no se dio cuenta de que el hombre que la empujaba era Joaquín, pero, al ver la insistencia con que se apretaba contra ella, se giró para fulminarlo con la mirada. Al reconocerlo, el gesto se le congeló y fue ella quien se sintió abatida.

Mientras él la miraba con lujuria, ella se quedó inmóvil, sintiendo el ritmo acelerado de la sangre en las arterias. La velocidad de sus pulsaciones le provocó un sofoco y, de repente, sintió que le quemaba la fina tela del vestido camisero que había elegido para ese día primaveral.

—¿Te encuentras mal? Estás pálida.

La voz de Enrique consiguió hacerla reaccionar.

—Estoy un poco mareada por el calor... Hay demasiada gente aquí.

La excusa le sirvió para poder huir, pero no para que se le pasara el susto. El corazón aún le latía desbocado, mientras que el sofoco había empezado a despertarle un desfallecimiento real. No se atrevía a volverse para comprobar si Joaquín la seguía, y esa posibilidad alimentó aún más su miedo.

Incapaz de liberarse de la sensación de ser observada, intentó mantener la mirada fija al frente mientras caminaba. Un vientecillo fresco y húmedo comenzó a levantarse a medida que el cielo se iba cubriendo de nubes.

El enfriamiento del aire la ayudó a quitarse de encima el acaloramiento y la reconfortó un poco. Aun así, no podía dejar de pensar en el abogado. ¿Cómo se había atrevido a acosarla de aquella manera?, se preguntaba. ¿Hasta dónde pensaba llevar su temeridad? Esas cuestiones la llenaban de una zozobra que no había experimentado hasta entonces. La actitud del joven le parecía tan impredecible como peligrosa, y no se le ocurría cómo detenerla.

Estaba claro que él no pensaba pasar por alto que le debía un favor.

* * *

Desde que había empezado a trabajar en el obrador de los Escribà, Alba no

había vuelto a sufrir una noche de insomnio. El disgusto y la decepción que la habían invadido al enterarse de sus verdaderos orígenes se apaciguaron en cuanto vio que la magia del dulce seguía acompañándola. La emoción ante la perspectiva de convertirse en pastelera activaba todos sus sentidos, pero no le impedía el descanso, ya que se sentía reconfortada por la satisfacción de haber llegado a su destino.

Aquella noche, en cambio, la perturbación que le había provocado la aparición repentina de Joaquín se resistía a abandonarla y le dificultaba conciliar el sueño. Aquella sonrisa provocadora emergía constantemente entre sus pensamientos, por más que ella se esforzara en ahuyentarla. Y cuanto más lo intentaba, con más fuerza le devolvía la imagen de su gesto y la sensación intangible de una amenaza.

Hasta ese día, Alba había tenido el convencimiento de que el abogado ya se había olvidado de ella. Habiendo finalizado su relación laboral con los Vidal se habían acabado las ocasiones de encontrárselo, dado que en la pastelería ella ya no atendía al público. Por ello, a medida que el tiempo iba pasando y se animaba con su nuevo trabajo, los sentimientos que le había provocado Joaquín se habían ido desvaneciendo.

También había contribuido a ello el hecho de que ahora la relación con Enrique había vuelto a su cauce. Desde que se había sincerado con ella y compartido su secreto, se veían más a menudo, y él había terminado por derribar el muro de desconfianza que los separaba.

Así pues, el día del libro se había perfilado como aquella noche de San Juan en el que una ilusión efervescente los acercaba. Mientras amanecía, y a pesar del trasiego en el obrador, Alba fantaseaba con el momento en que su novio iría a buscarla para celebrar ese día, que tradicionalmente era también el de los enamorados. Lo imaginaba esperándola en la puerta de la pastelería, bien vestido y con una rosa de color rojo brillante, símbolo de la pasión, que ella agradecería con ufana timidez.

La anticipación de ese deseo se repetía en su imaginación como una proyección que visionaba mientras trabajaba. Esa madrugada había tenido que ayudar en la preparación de los pasteles de San Jorge, un dulce creado hacía poco pero que había conseguido consolidarse como postre para esa fecha. Alba había podido ver cómo lo elaboraban, a partir de placas rectangulares de bizcocho que colocaban una encima de la otra, entre capas de trufa cocida, de modo que tomara la forma de un libro con sus páginas, y la cubierta hecha de

yema quemada decorada con las cuatro franjas de la bandera catalana y una rosa de fondant.

A ella le gustaba mucho la versatilidad de aquellas planchas de bizcocho, delgadas pero esponjosas, con las que hacían también los brazos de gitano y otros productos de repostería. En el tiempo que llevaba allí ya le habían enseñado a utilizar la batidora con la que mezclaban huevos, azúcar, sal, harina y levadura para obtener la masa. Después, era cuestión de extenderla bien sobre la bandeja, que introducían en uno de los dos enormes hornos de bóveda romana ubicados al fondo del obrador. Una vez cocida, la mezcla se transformaba en una fina lámina de bizcocho que dejaban enfriar antes de trabajarla para confeccionar todo tipo de pasteles.

Esa mañana las placas de bizcocho que iban saliendo del horno se cortaban en partes iguales que simulaban las hojas de un libro. Hecho esto, las montaban empapándolas de almíbar con coñac, y las revestían con la *ganache* que obtenían mezclando chocolate y nata.

Las tareas de preparación del pastel habían ocupado buena parte de la jornada de Alba, aunque no habían sido las únicas. La oferta de la pastelería se abastecía de una extensa variedad de confites que los oficiales y sus ayudantes elaboraban con la colaboración de Alba y el resto de los aprendices. Mientras tanto, los panaderos proveían al establecimiento de panes y bollería que cocían en el otro horno. El enjambre que formaban todos aquellos artesanos configuraba una actividad coordinada con eficacia, que se concretaba en las mesas de mármol, donde trabajaban los pasteleros, y en las de madera, donde lo hacían los panaderos. Era allí donde se gestaban las sustancias que germinarían en el colorido surtido de exquisiteces que brindaba cada día la pastelería Escribà.

A pesar de que la excitación la acompañaba desde que había salido de casa, a Alba el tiempo le pasó tan rápido como siempre. Cuando llegó el fin de su jornada laboral, su expectación se reavivó, y se apresuró a arreglarse la indumentaria para mostrar a su novio su mejor imagen.

Tras quitarse la bata y el gorro de trabajo, Alba se sujetó los rizos con una cinta. Bajo el uniforme llevaba un vestido camisero floreado, ceñido a la cintura y con la falda plisada. Pensó en perfumarse con unas gotas de colonia del pequeño frasco que llevaba en el bolso, pero recordó que a Enrique le gustaba el olor a repostería que desprendía cuando salía del obrador. Así pues, se pellizcó las mejillas para darles color y salió a la calle envuelta por

un sutil aroma a confite.

No muy lejos de la puerta vio al chico, que contemplaba el escaparate del establecimiento mientras la esperaba. Como había supuesto, llevaba su ropa de domingo, una chaqueta gris cruzada con dos filas de botones y solapas anchas, y un pantalón del mismo color con la raya bien marcada y vuelta en los bajos. También, como había esperado, le llevaba la rosa.

La secuencia que había seguido a su encuentro había sido muy similar a como la había imaginado. Y la habría vivido con la alegría ilusionada que había anticipado mientras estaba en el obrador de no haber sido por Joaquín. Descubrirlo, en medio de la multitud, había reavivado de repente emociones perturbadoras que le había costado mucho contener. Sin embargo, un instante había sido suficiente para despertarlas del sutil letargo en que se habían mantenido para hacerlas estallar todas a la vez.

Por eso, por más que intentó alejarlo de su mente, no fue capaz de dejar de pensar en él mientras paseaba con Enrique. Ni la agitación de las calles, ni el descubrimiento de libros ni la compañía del muchacho lograron que dejara de meditar sobre los motivos de su aparición inesperada. Estaba claro que había ido a encontrarse con ella, pero el hecho de que estuviera acompañada no lo había frenado. Aquello la preocupaba, porque siempre había creído que su intención era seducirla de espaldas a todo el mundo. Esa vez, en cambio, había actuado abiertamente, sin importarle ponerse en evidencia persiguiendo a una chica que pertenecía a un ámbito social inferior.

Las dudas y los temores de Alba resurgieron con fuerza cuando se fue a la cama. El silencio que envolvía el reposo propiciaba la reflexión y, con ella, todo tipo de conjeturas.

A cuál más inquietante.

M ERENGUE

Mientras montaba las claras de huevo, a las que había añadido una pizca de sal, los pensamientos de Adela se esponjaron también y volaron tiempo atrás. Hacia aquellas tardes en que, acompañada de Alba, preparaban dulces cuando la niña llegaba de la escuela.

Curiosamente, las imágenes que le venían a la mente no le parecían tan lejanas. Podía recordar casi a la perfección las conversaciones que solía tener con su hija, mientras esta la ayudaba en la elaboración de la receta. Siempre que cocinaban juntas procuraba contarle alguna anécdota sobre lo que preparaban, como una forma amena de ilustrarla. Se le había contagiado la pasión pedagógica de su marido, que también aprovechaba cualquier excusa para instruir a la niña de manera estimulante.

—Dicen que a la reina María Antonieta le encantaba el merengue, y que incluso lo preparaba ella misma en el Petit Trianon, que era una especie de refugio que tenía en el jardín del palacio de Versalles. En esa mansión podía aislarse de la vida de la corte y hacer actividades agradables y relajantes, como cocinar.

—¿Entonces fue ella quien inventó el merengue, madre?

—Huy no, eso pasó varios años antes. Se cree que el inventor fue un pastelero italiano que vivía en un pueblecito suizo llamado Meiringen, y de ahí el nombre de merengue. Pero hay otra historia que dice que quien los creó fue el cocinero de un rey polaco para su hija, la princesa, que era muy golosa. Después ella se casó con un rey francés y los puso de moda en Francia.

—Ah, y entonces luego María Antonieta se aficionó a los merengues, ¿verdad?

Desde muy pequeña, Alba se había interesado no solo en la elaboración de los dulces, sino por todo lo que tenía que ver con ellos. A pesar de su corta edad, era consciente de que la genealogía había dotado a cada uno de una impronta única que le otorgaba su particular carácter. Que todos los pasos que

los habían llevado hasta el presente habían servido para moldearlos hasta configurar la textura, olor y sabor que les eran propios.

Cuando las claras ya empezaban a adquirir la textura hueca que les daba ese punto de nieve, Adela les añadió unas gotas de limón y un poco de azúcar en forma de lluvia. Después, una vez que estuvieron montadas, incorporó a la mezcla el jarabe de azúcar que había preparado en un cazo, hirviéndolo y vertiéndolo en forma de chorro hasta que alcanzó la consistencia que buscaba. Hecho esto, fue colocando porciones de merengue en moldes de papel y los espolvoreó con azúcar lustre antes de meterlos en el horno para dorarlos.

Preparar aquel dulce le despertó sensaciones opuestas. Por un lado, la agradable remembranza de los momentos compartidos con su hija y, por otro, el arrepentimiento por haberle fallado. Aunque la chica, tal como les había dicho, les había perdonado que no le hubieran contado la verdad sobre su nacimiento, no conseguía liberarse del peso de la culpabilidad. Si hubiera podido, habría dado marcha atrás en el tiempo para asumir su deuda de dar a conocer a Alba como había sucedido todo. Pero no podía, y tendría que vivir con aquel pesar.

Cuando vio que los merengues estaban cocidos, Adela apagó el horno, pero los dejó dentro para evitar que se desinflaran. El calor del aparato intensificaba la fragancia cítrica con la que había aromatizado las claras de huevo, y aquel perfume le recordó nuevamente a Alba.

Hacía mucho que ya no preparaban dulces juntas, porque la chica pasaba poco tiempo en casa y, además, a ella no siempre le resultaba fácil conseguir los ingredientes. De todas formas, siempre que le era posible, Adela no dudaba en seguir haciéndolo para poder recordar, como le había pasado con el merengue, aquellas viejas sensaciones. Le gustaba volver a experimentar el vínculo que las unía con su lazo de azúcar, una atadura quizás más poderosa que la de la carne porque no era impuesta, sino que había ido surgiendo desde una misma pasión compartida por ambas. Aquello, junto con los años vividos, las experiencias, que nunca había tenido con Cecilia, le daban la seguridad que necesitaba en esos momentos en que se sentía tan culpable y, en cierto modo, amenazada.

Desde que sabía que Alba había conocido a su madre biológica, no podía evitar pensar en la posibilidad de que la chica quisiera recuperar el tiempo perdido y establecer algún tipo de nexo con ella, un temor que se había incrementado desde la tarde en que le había parecido ver a Cecilia saliendo

del edificio, cuando ella volvía a casa después de acompañar a su madre a misa.

Hacía muchos años que no la había visto, pero habría puesto la mano en el fuego a que la dama que se alejaba por la calle era la niña que había visto crecer, y a la que había llegado a querer casi como a una hija. No obstante, en aquellos momentos sintió un brote de celos tan intenso que casi le detuvo la circulación de la sangre.

Por suerte, la abuela Elvira no se había dado cuenta de nada. Pero ella aún no había podido sacudirse la desazón que le provocaba pensar que esa mujer pudiera arrebatarse el afecto de Alba.

* * *

El aroma salobre y el ruido que hacían las olas en su movimiento constante relajaron sus músculos. Sentada en la arena, Alba se dejó mimar por la caricia sonora y olió el perfume marino, que la llenó de placidez.

Hacía mucho que no iba a la playa por la tarde, por eso, cuando unos días atrás Enrique le había propuesto ir el domingo, cuando ella acabase de trabajar, le pareció una buena idea. Los fines de semana siempre había mucho trabajo en el obrador, y un baño de mar a la hora de la siesta sería placentero y vivificador.

Cuando llegaron a la Barceloneta, el barrio parecía haber caído en el sueño profundo de un conjuro. Los estrechos callejones que desembocaban en el camino que seguía la línea de la costa estaban prácticamente vacíos, y en el ambiente flotaba el flujo hipnótico de la siesta. Los restaurantes que se agolpaban a lo largo de la playa también habían sucumbido a su efecto, por lo que en los entarimados, situados sobre la arena, ya casi no quedaba nadie.

Mientras se acercaban a aquellos chiringuitos, Alba recordó cuando iba allí con sus padres y repitió a Enrique lo que Esteban le contaba.

—Cuando yo era pequeña y veníamos aquí, mi padre siempre me recordaba que las primeras casas de comidas aparecieron a finales del siglo pasado. Las construyeron porque a los pescadores se les ocurrió cocinar parte de lo que pescaban y ofrecer comidas a la gente en la misma playa.

—Pues si hubieran visto el éxito que tendrían... Hace un rato esto estaba a rebosar.

El sol ya había comenzado su trayecto descendente y la claridad que

desprendía tenía una transparencia dorada. Envueltos por esa luz que teñía de oro la arena y el agua, la pareja siguió avanzando entre los bañistas que habían plantado las sombrillas cerca de las olas.

Bajo el ligero vestido de rayas, abotonado de arriba abajo y ceñido con un cinturón, Alba llevaba puesto el bañador, pero no se había decidido a quitarse aún la ropa. Tampoco lo había hecho Enrique, que seguía con la camisa blanca y los pantalones puestos, en contraste con la ligera indumentaria de quienes los rodeaban.

—¿Sabes que hace unos días me vino a ver Cecilia? —comentó Alba mientras se acercaban a la playa de San Miguel.

—¿La señora que te hizo ir a su casa para contarte todo lo de tu nacimiento?

—Sí, exacto. Se presentó en mi casa al anochecer. Por suerte, no estaban ni mi madre ni mi abuela, que habían ido a misa. Quizás lo hizo expresamente, para encontrarme a solas.

—Pero ¿qué quería?

—Pues empezó diciéndome que estaba preocupada por cómo me había marchado de su casa, y que al no saber nada más de mí se había decidido a venir a verme. Yo le dije que me encontraba bien, que no se preocupara, pero no había manera de que se fuese, se notaba que quería hablar conmigo. Yo, francamente, no tenía ganas, porque no quiero hurgar más en lo que pasó.

Enrique sacó la toalla mientras ella hablaba, y la extendió muy cerca de la franja húmeda que dejaban las olas en su cadencia insistente. La chica hizo lo mismo sin dejar de hablar.

—Al final se las apañó para invitarme a visitarla a su casa. Dijo que le haría mucha ilusión. Yo se lo agradecí por educación, pero se dio cuenta de que no tenía intención de ir, y entonces me dijo que quería recuperar el tiempo perdido.

—¿Y qué quiere decir eso?

—Ay, Enrique, pues que quiere que tengamos una relación de madre e hija, o al menos similar. Me dio pena, porque se nota que tiene remordimientos y que lo ha pasado mal. Al fin y al cabo, era una niña cuando se encontró con todo el lío.

—Sí, pero ahora ya está hecho.

—Es lo que le dije, que las cosas pasan por algún motivo y que ella tuvo suerte de poder salir adelante y de encontrar un buen partido. También le aseguré que no le guardo ningún rencor, que la entiendo, y que ahora soy muy

feliz con mi vida.

—Hiciste bien, Alba, hay que mirar adelante.

La chica asintió al tiempo que doblaba el vestido que acababa de quitarse. La brisa marina esparcía una llovizna húmeda que se le adhería a la piel, y aquel contacto le provocó un estremecimiento. Sentada junto a Enrique seguía pensando en su encuentro con Cecilia. No se lo había querido decir, pero la visita no había acabado así.

Mientras hablaban, la chica no podía evitar sentir lástima por aquella dama, que, pese a tener tanto, no podía compensar lo perdido. La desaparición que leía en sus ojos le hablaba de años de arrepentimiento, pero ella no podía cambiar su vida para liberarla de ese cargo de conciencia. Sin duda, Cecilia supo interpretar sus pensamientos, porque en ese momento cambió de estrategia.

Viendo que su aflicción no causaba el efecto deseado, intentó tentarla con su posición social.

—Me alegro mucho de que todo te vaya tan bien —le había dicho—, pero yo podría ayudarte a que te fuese aún mejor. Mi marido conoce a mucha gente, puede abrirte puertas, y también podemos darte cualquier cosa que necesites.

—Le agradezco el ofrecimiento, pero no es necesario. Confío en mis propios méritos.

—Por supuesto, tú vales mucho, Alba, perdona si te he molestado. Lo que quería decir es que con tu potencial y con nuestro apoyo podrías llegar muy lejos.

—Prefiero hacerlo sin ayuda, no se ofenda. Mire, sé que tiene mala conciencia por lo que hizo, pero compensarlo con favores no es la solución. No creo que le haga sentirse mejor. Siento mucho ser descortés, pero no me gusta que aparezca de repente para intentar cambiar mi vida. Por favor, olvide lo que pasó. Como le he dicho, no siento ningún rencor hacia usted. No se sienta en deuda conmigo.

Mirando al mar, Alba recordaba con todo detalle la expresión de desánimo que había aflorado en el rostro de Cecilia al escucharla. Casi había podido palpar su impotencia. Y la constatación de su rendición la llenó de tristeza.

T OCINILLOS DE CIELO

—No era necesario que trajeses nada, mujer.

La madre de Enrique cogió el paquetito envuelto que le ofrecía Alba y lo dejó sobre la mesita. A continuación, ambas se sentaron en el sofá, mientras el muchacho y su padre lo hacían en las butacas situadas a ambos lados.

La chica respondió con una sonrisa tímida, y esperó que la mujer deshiciese el envoltorio. Le sorprendió que fuera tan delgada y menuda, una apariencia que la hacía parecer mucho más joven y que solo contradecía su cabello gris, recogido en un moño bajo.

Cuando el amarillo brillante de los tocinillos de cielo surgió al romper el papel que los envolvía, Alba aprovechó para hablar.

—Quería que probasen estos tocinillos de cielo, los hacemos para surtidos de repostería y son una delicia.

—Seguro que sí, la pastelería Escribà tiene muy buena fama. Debes de estar muy contenta por trabajar allí, con lo que te gusta hacer repostería.

—Por supuesto. ¡Estoy aprendiendo muchísimo!

Además de estar al corriente de su trabajo en el obrador, la madre de Enrique se mostró complacida de que su futura nuera fuera tan hábil cocinando. Se notaba que apreciaba esas dotes y que le había gustado conocerla al fin, después de más de un año de flirtear con su hijo.

El padre, en cambio, no parecía muy interesado. Sentado en el sillón, se limitaba a mirarla pero no daba la sensación de estar escuchándola, ya que tenía un aire ausente. Los efectos de la derrota de sus ideales y el tiempo de confinamiento en la casa le habían pasado factura, y se le veía delgado, pálido y apagado. Como si su luz interior hubiera perdido la fuerza que, por lo que sabía, lo había animado hacía años.

El día en que su novio la había invitado a conocer a sus padres, ya le había advertido que el hombre solo estaría un rato, y que deberían correr todas las cortinas del comedor para que ningún vecino pudiera verlo. Normalmente,

pasaba las horas en la habitación, ya que era un lugar mucho más discreto y seguro.

Aquella tarde dominical de finales de verano tenía una tibieza agradable en la que se intuía la proximidad de la nueva estación. A pesar de ello, el aire de la estancia estaba un poco enrarecido, debido a que apenas ventilaban el piso para evitar miradas y oídos indiscretos. En ese ambiente sofocado se notaba también la huella del desánimo; la marca invisible de la impotencia y el temor que los mantenía a todos en un constante estado de alerta.

Aun así, Alba se sintió a gusto entre los padres del muchacho, que alabaron el buen sabor de los tocinillos de cielo que les había traído.

—La vecina del tercero, que es andaluza, dice que son típicos de su tierra.

—Es cierto, los crearon unas monjas de Jerez de la Frontera en la Edad Media.

—Pues yo no tenía ni idea. Estoy tan acostumbrada a verlos en las pastelerías que pensaba que eran de aquí, ya ves.

—Es que hace mucho que se popularizaron en todas partes, pero el origen se encuentra allí. Como para clarificar el vino se utilizaban claras de huevo, a las monjas se les ocurrió aprovechar las yemas para preparar un postre, y se inventaron los tocinillos de cielo. Creo que se llaman así por eso, por su relación con las religiosas.

Por unos momentos, el tono distendido y evocador de la conversación disipó la tensión que flotaba en el salón. La chica había logrado captar la atención de sus futuros suegros, que abandonaron por unos instantes su actitud vigilante. A ello ayudó también la dulzura melosa de los tocinillos de cielo, puesto que les despertó sensaciones sepultadas por el peso de tanta angustia. Acostumbrada como estaba a ver cómo se desperezaba el placer por efectos de un manjar exquisito, Alba enseguida reconoció que había acertado con su presente.

La potente mezcla de yemas y azúcar logró inyectar una nueva vitalidad al padre de Enrique, que, incorporado en el sillón, dejó a un lado su aire distraído.

—Ya no recuerdo cuándo fue la última vez que los comí —comentó, mientras su mujer les servía café de malta—. Seguro que fue antes de la guerra, así que por lo menos hace doce años. ¿Y dices que los has hecho tú?

—He ayudado a prepararlos, todavía soy aprendiz, pero en casa a veces los hacíamos.

—¿Son difíciles de hacer?

—No mucho, lo más complicado es saber encontrarle el punto a la textura del almíbar.

La madre de Enrique aprovechó la ocasión para invitarla a volver otra tarde y que le enseñase a prepararlos. Alba aceptó la propuesta por cortesía, sabiendo que era la clase de sugerencia que surge en la efervescencia del momento. Sin embargo, pensó, si finalmente la acababa invitando, iría muy a gusto, porque sabía que no había encuentros más mágicos que los que se daban al calor de la cocina.

Había pasado mucho tiempo desde que preparaba tocinitos de cielo en compañía de su madre, pero recordaba perfectamente cada uno de los pasos y la sensación inefable de alegría que las animaba a ambas. Una emoción que comenzaba justo en el momento en que mezclaban el agua con el azúcar para ponerla al fuego, y que seguía mientras batían las yemas procurando que no hicieran espuma. Era entonces cuando el escenario se transformaba en un lugar al margen de todo, y podían notar como los sentidos se encendían al ritmo de la mezcla que empezaba a hervir.

No había lugar para nada más en los instantes en que preparaban el almíbar y disponían los moldes, que untaban con un poco de aquella mixtura. Era como si el reloj avanzara a un ritmo diferente del que marcaba cuando calculaban el tiempo de las cocciones. Quizás por eso se ralentizaba tanto cuando vertían en el almíbar las yemas batidas, mezclándolas con una cadencia insistente y constante. Solo cuando llenaban los moldes con la mixtura parecía que las manecillas volvían a su compás, que se recuperaba mientras cocían al vapor la amalgama de ingredientes durante un cuarto de hora.

Quince minutos más tarde la coagulación de aquella masa emergía en forma de pequeños flanes, relucientes y gelatinosos. Y la satisfacción de madre e hija cuajaba también en una luminosa felicidad.

En caso de producirse, la situación con la madre de Enrique sería diferente, pero, de todas formas, se crearía un lazo entre las dos. Porque Alba le abriría paso a su universo y le permitiría conocerla mejor que invitándola a diez meriendas más.

Aquella noche, mientras Enrique la acompañaba a casa y hablaban de la buena impresión recibida por ambas partes, ella supo que comenzaba una nueva etapa. No obstante, a pesar de la ilusión que casi la quemaba por dentro, una sensación de pánico comenzó a atenazarla.

Sabía que era normal tener miedo ante la perspectiva de futuro que se le ofrecía tras conocer a los padres de él, porque a partir de ese momento todo serían cambios. Las intenciones de su novio habían quedado claras al formalizar la relación, así que, si todo seguía su curso, en pocos años estarían casados y la suya sería otra vida, completamente diferente. El problema era que ella no quería limitarse a ser ama de casa. No pensaba quedarse en el umbral de su sueño, ahora que lo tenía tan cerca.

—Enrique —la preocupación la empujó a plantear sus dudas abiertamente—, estás contento de que trabaje en la pastelería, ¿verdad?

—¡Por supuesto! Mucho más que cuando lo hacías en casa de los Vidal, que no es que no fuera un buen lugar, pero con los Escribà estás aprendiendo mucho y, además, puedes dar salida a esta gracia que tienes con la repostería.

—A mí me gustaría seguir trabajando con ellos, no quisiera tener que dejarlo cuando me case.

—¿Por eso me lo preguntas? —El chico se detuvo en medio de la calle y le sujetó la cara con las dos manos mientras clavaba sus ojos en los de ella—. Parece mentira que con el tiempo que hace que salimos aún no me conozcas. Yo también soy artista, sé lo que es tener esa pasión que te mueve. Además, ya sabes que estudio con Antoni Escribà, y estoy convencido de que hará grandes cosas porque tiene un talento especial. Me encanta que tú puedas vivir eso y aprender de él y de su padre. Si lo que te preocupa es que yo te pida que dejes el trabajo cuando nos casemos, ya puedes estar tranquila, porque no lo haré.

En ese instante, Alba sintió el impulso de besarlo. Pero no lo hizo porque no solo estaba mal visto, sino que podrían, incluso, sancionarlos. Así pues, se limitó a sonreír y a darle las gracias con una auténtica calidez. Como había pasado la tarde en que se habían confesado los respectivos secretos, la conversación provocó un nuevo acercamiento entre ambos. Y la certeza de saber que su novio no solo la comprendía sino que, además, le daba su apoyo, la reafirmó en la decisión que había tomado de elegirlo a él y no a Joaquín.

Ahora solo esperaba que el último encuentro con el abogado hubiera sido el definitivo.

* * *

—Solo es ir a tomar una horchata. ¿Tanto te cuesta?

A Alba le habían recalcado desde pequeña que siempre se tiene que quedar

bien, porque la vida da muchas vueltas. Por ese motivo había terminado aceptando la propuesta de Joaquín cuando la había asaltado por la calle, tras salir del obrador, una tarde de finales de julio.

Aparte de la cortesía, también quería dejarle claro que mantenía una relación seria con su novio y pedirle, lo más educadamente posible, que dejara de acosarla. Confiaba en que le sería fácil hacerlo en un lugar público, ya que las situaciones de intimidad propiciaban un acercamiento que reavivaba la atracción que todavía sentía hacia él.

No obstante, al sentarse junto a la mesita de mármol de la granja donde habían entrado, el nerviosismo que había sentido al verlo surgió de nuevo. Joaquín se mostraba extremadamente caballeroso, y estaba más atractivo que nunca con un traje azul marino y la corbata un par de tonos más clara, que destacaba sobre la camisa blanca. Su elegancia contrastaba con la sencillez del vestido de flores de manga corta y escote en forma de corazón que llevaba Alba, pero la chica estaba demasiado intranquila como para que eso le preocupara.

—Entonces, ¿piensas seguir trabajando en la pastelería?

El abogado quiso romper el hielo siguiendo la conversación que habían mantenido mientras se dirigían al local, y que había girado en torno a la nueva situación laboral de la joven.

—Sí, estoy muy a gusto y, además, aprendo el oficio.

—Pero ¿lo dices en serio? ¿De qué te va a servir si tendrás que dejarlo cuando te cases? ¿O es que ya has roto con tu novio?

—No, pronto nos prometeremos, pero somos jóvenes y todavía pueden pasar unos años hasta que nos casemos.

—Bueno, supongo que te deben de pagar mejor que los Vidal, y así puedes ahorrar más dinero para la boda.

—No lo hago por dinero, lo hago porque me gusta. Aunque ya sé que es una locura pensar que una mujer pueda ser pastelera, a mí me encantaría serlo.

—Eso que dices es un disparate. Está bien que quieras aprender porque la experiencia te servirá en la cocina, pero las mujeres casadas tienen la responsabilidad de estar en su casa para atenderla como es debido. Tu novio te dirá lo mismo.

—Tú no lo conoces, no todo el mundo es como tú.

La frase desafiante de Alba lo puso en guardia, por lo que replicó, acercándose más hacia ella:

—¿Y cómo soy yo? ¿Más guapo? ¿Más rico? ¿Más irresistible?

—Más sarcástico. Y mucho más engreído.

—Aun así, yo te gusto más...

—No se puede hablar contigo, será mejor que me vaya.

—Venga, no te enfades, mujer. Son los celos, que me pierden.

—No me enfado, es simplemente que no estoy a gusto con el modo en que me tratas, y si he venido aquí es para dejarte claro que tengo una relación formal con un chico que sí me gusta, por cómo es y por cómo se comporta conmigo. Por eso te pido, por favor, que dejes de rondarme.

—Está bien, haré lo que quieres, pero tú tendrás que dejar también de provocarme.

—¿Yo? ¿Cuándo lo he hecho?

—Constantemente. No te hagas la sorprendida, porque desde que nos conocimos en casa de los Vidal siempre me has echado miraditas. Es muy fácil tirar la piedra y esconder la mano.

—Eso no fue así, como tú lo cuentas...

—No, claro, tú lo interpretas a tu manera y esa es la verdad, ¿no? Yo siempre he sido claro en mis intenciones, otra cosa es que sean lo que tú quieres.

—No me puedo creer lo que estoy escuchando, pero me disculpo si te he dado a entender lo que no es, no era mi intención. Dejémoslo aquí, será lo mejor.

Aún no había terminado la última frase cuando él ya se había levantado para ir a la barra a pagar las consumiciones. Alba se quedó sentada, esperando a que el chico se disculpara también por las acusaciones que acababa de espetarle. En cambio él, una vez que hubo liquidado la cuenta, se limitó a decir adiós y se marchó, dejándola sola y estupefacta.

H UEVOS DE CHOCOLATE

Abril de 1949

No se cansaba nunca de mirar el escaparate. Por más que lo viera cada día, Alba no podía evitar detenerse un rato delante de los cristales para contemplar cada una de las monas de Pascua que había expuestas en la pastelería Escribà.

Aquel año habían podido conseguir algo más de chocolate, y Antoni, el hijo de los dueños, se había explayado aplicando algunas de las técnicas sobre escultura que aprendía en la Lonja en la elaboración de artísticas creaciones hechas con aquella mezcla de cacao y azúcar. Gran parte de su trabajo conformaba el fantástico abanico de figuras que los viandantes contemplaban admirados al pasar por delante de la pastelería, un imaginativo despliegue de piezas inspiradas en el huevo de Pascua y en la celebración de la primavera que coronaba las tradicionales monas de bizcocho.

Cuando ella había entrado a trabajar en el obrador, un año antes, el hijo mayor de los dueños ya había tenido sus primeros contactos con el chocolate de la mano de uno de los pasteleros más destacados de Barcelona: el maestro chocolatero Lluís Santapau. Al igual que él, el experto tenía una vena artística y había realizado varias exposiciones de pintura en la ciudad. Aquella creatividad emergía en el obrador de la confitería Mora, donde elaboraba caprichosas figuritas de chocolate. Antoni Escribà había aprendido mucho de ese gran artista, que, con el tiempo, llegaría a ser considerado el padre de las monas de chocolate. A pesar de todo, quiso completar su formación con su continuador, Joan Giner, jefe del mismo obrador. Gracias a él no solo pudo ampliar sus conocimientos, sino que, además, se contagió del gusto por el trabajo minucioso y por la perfección que caracterizaban al maestro.

Lluís Santapau y Joan Giner enseñaron al joven pastelero cómo templar mejor el chocolate, cómo conseguir que llegara al punto justo para poderlo trabajar y, sobre todo, le dieron las bases para saber moldearlo. Sin embargo,

los primeros maestros del chico habían sido, por un lado, el señor Fariñas, jefe del obrador de su familia, y, por otro, su padre, a quien consideraba su maestro principal.

Desde que podía recordar, su progenitor lo había ido introduciendo de manera gradual en los métodos y procedimientos de la tradición pastelera catalana, un legado que ampliaría dejándole en herencia *El formulario práctico del pastelero*, de Ramón Vilardell y José Jornet, editado en 1933, que el chico convertiría en el futuro en su obra de referencia.

Los fundamentos sólidos que iba perfeccionando con las técnicas de grandes maestros permitieron al joven Escrivà comenzar a explorar nuevos horizontes creativos. Esta experiencia había eclosionado en las monas que Alba no se cansaba de contemplar.

—El huevo es mítico—les había dicho, mientras daba forma ovoide a una pieza de chocolate—, es un símbolo de renovación, ya que en primavera es cuando tienen lugar las puestas de los pájaros, que dan paso a nuevas vidas. Durante siglos en esta época tenían que comerse muchos huevos ¡y deprisa!, porque no había neveras como ahora. Por eso surgió la costumbre de pintarlos y regalarlos, que dio origen a la tradición del huevo de Pascua.

La curiosidad de Antoni Escrivà iba más allá de conocer nuevas técnicas o de experimentar con las posibilidades de los ingredientes. Quería saber todo lo relacionado con cada dulce, y eso incluía su genealogía. Era consciente de la importancia de las motivaciones que impulsaban el nacimiento de un pastel o de un confite, porque estaban vinculadas con las emociones que despertaban y que no se limitaban a su sabor, su olor o su apariencia. Tenían que ir más allá, trascender el mero envoltorio para convertirse en una experiencia total que fuera la suma de todos aquellos elementos.

—No hace mucho leí que en Mesopotamia los arqueólogos habían encontrado huevos pintados de cuatro mil años de antigüedad. Y en China también hace siglos que los pintan. Pero es que, además de todo esto, del simbolismo y la tradición, el diseño del huevo es perfecto. La forma de óvalo ha inspirado a artesanos, arquitectos, pintores... ¡si hasta Walt Disney la utiliza en sus dibujos! ¿No os habéis fijado en que todas sus figuras son composiciones ovoides?

—Ahora que lo dices, tienes razón.—El jefe del obrador se mostró tan admirado por aquella observación, como Alba y sus compañeros—. ¡Es verdad, sus personajes tienen forma de huevo! Está claro que en la pastelería

es un ingrediente imprescindible para hacer crema, flanes, bizcochos, magdalenas, brazos de gitano... pero nunca se me hubiera ocurrido que pudiera utilizarse para hacer dibujos animados.

La conversación había pasado de los huevos a la mona cuando Antoni Escribà les había dicho que ya en la antigua Roma se ofrecían como presente unas paneras decoradas llamadas *munda*, que contenían tortas y pasteles. Después les había contado que en el norte de África la gente solía ofrecer a sus emires y dignatarios, también en cestas adornadas, una ofrenda que se conocía con el nombre de *muna*.

En ese momento, el jefe del obrador los sorprendió con una anécdota relacionada con esta etimología.

—Pues yo había oído que fue cosa de un pastelero de la calle Ferrán que remató sus tortas con un mono de lana subido a una palmera. Y que por eso se les comenzó a llamar «monas».

—Ese pastelero era Agustín Massana —dijo Antoni—. Fue a él a quien se le ocurrió sustituir los huevos duros pintados de las monas por otros de chocolate. Se hizo famoso por eso y por las figuras que hacía de personajes de la época, como la de un consejero que confeccionó con mazapán, fondant y crocante. A algunas la cabeza se les movía de arriba abajo, y por eso las llamaban «Sí, señores». Por cierto, el dinero que dejó al morir contribuyó a la fundación de la Escuela Massana.

—Ahora que lo dices, eso de los huevos de chocolate también recuerdo haberlo oído. Es que ha habido muchos cambios en la forma de preparar las monas. Cuando yo entré de aprendiz en el obrador ya hacía un tiempo que las de brioche dulce, las «cristinas» como las llamaban, se habían sustituido por las de bizcocho. En aquellos tiempos solo había moldes en forma de tableta, así que las adornábamos con huevos de crocante o de azúcar cande, incluso con huevos duros pintados. También hacíamos figuras como casitas y cosas parecidas con galleta de ambrosia. Todo esto se decoraba con glasa real. Más adelante, hacia los años treinta, más o menos cuando tú naciste, llegaron los moldes metálicos de huevo con los que comenzamos a hacerlos de chocolate.

—Los pasteleros catalanes y valencianos siempre hemos sido unos artistas. Ya veréis como muy pronto convertiremos la mona en todo un espectáculo en nuestros escaparates. ¡Y esto es solo el principio!

—Tienes toda la razón, Antoni... Ni la guerra, que nos dejó casi sin nada, nos ha quitado la ilusión ni las ganas.

—¡Pues ahora que volvemos a disponer de chocolate, aún menos! Lástima que no tengamos moldes para hacer las figuras, pero nos apañaremos con los que tenemos con forma de huevo, aunque no sean muy grandes. Por ganas de trabajar y por creatividad que no quede.

La exaltación del chico se contagió al resto de pasteleros y ayudantes, admirados ante el empuje y el ingenio del joven. A esas alturas nadie dudaba ya de que era un alumno digno de los maestros que había tenido, y sabían que sus creaciones llegarían lejos. Lo que aprendía en la Lonja, sumado a la formación que recibía de pasteleros experimentados e innovadores, se había materializado aquellos días en una hornada de monas tan artísticas como originales que causaron sensación.

Alba intuía que el momento que vivía estaba cargado de una inusual trascendencia, y se sentía una privilegiada al poder presenciarlo en primera fila. No era solo la constatación de que el prestigio de la pastelería se reafirmaba; era la convicción de que el joven Escribà iniciaba un camino que habría de revolucionar el mundo de la repostería. Y ella no pensaba perderselo.

* * *

Después de más de un año trabajando en el obrador, Alba todavía se sorprendía de haber llegado hasta allí. No le parecía que hubiera pasado tanto tiempo desde los días en que cocinaba para los Vidal y fantaseaba con la idea de tener su propia pastelería, un sueño imposible a juicio de los demás, pero que ella visualizaba nítidamente cuando imaginaba su futuro. Nunca había perdido de vista la epopeya de Mateo Serra para llegar a Barcelona, ni la manera en que había logrado fundar su propia panadería. Estaba convencida de que nadie lo hubiera animado a abrir su negocio cuando repartía carbón y, sin embargo, él había ido tirando sin perder de vista su objetivo. Y estaba segura de que lo visualizaba con tanta concreción como ella veía el suyo.

Aún le quedaba mucho por aprender, pero sabía que lo estaba haciendo con los mejores, y aquello suponía un gran aval. Por eso quería seguir su formación en la pastelería Escribà. Era el modo de dominar el oficio y, al mismo tiempo, conocer todas las innovaciones que les iba trayendo Antoni.

Las monas que él había elaborado durante Semana Santa la habían dejado boquiabierta, pero, además, le habían mostrado hasta dónde podía llegar su

ingenio. Se daba cuenta de que el joven pastelero tenía unas capacidades que iban mucho más allá de su profesión, y deseaba descubrir cómo se manifestarían en el futuro.

Aquellas habilidades no habían pasado desapercibidas para el resto del personal del obrador, que, como ella, encontraban en el chico un potente estímulo que los espoleaba a seguirlo en sus experimentaciones. Durante el verano, aprovechando que no tenía que ir a la Lonja, Antoni había seguido con su formación con maestros pasteleros y chocolateros, al tiempo que continuaba experimentando en el propio obrador.

Para Alba aquella experiencia era impagable, y la vivía como un regalo. Cada día aprendía cosas nuevas y, de vez en cuando, se llevaba alguna sorpresa, aunque no todas relacionadas con la pastelería. Entre las últimas destacaba el embarazo de la dueña, la señora Pepita, que diez años después del nacimiento de su último hijo, Juanito, había vuelto a quedar encinta. Esa concepción tardía le recordó la versión legendaria de su propia historia, pero esta vez el recuerdo estaba impregnado de ternura. Ya no quedaba ningún rastro de resentimiento en la evocación de aquel mito, porque sabía del amor que había rodeado a su creación.

La gestación real que presenciaba ahora tenía también un envoltorio hecho de afecto y recuerdo porque transformaba el dolor por la muerte de Pepitona, cuatro años antes, en una ilusión que latía en la nueva vida que llegaba al mundo.

Todos esos acontecimientos habían hecho que Alba se despreocupara un poco de la existencia que llevaba fuera del obrador, y que mantenía con una cierta inercia.

La relación con Enrique había seguido progresando sin tropiezos, de manera que, a finales de aquel año, decidieron prometerse. Era lo que correspondía después de más de dos años de noviazgo y de haber conocido a las respectivas familias. Además, ella acababa de cumplir los veintitrés, una edad en que la mayoría de mujeres no solo se habían casado, sino que ya habían sido madres. Su amiga Elisa, sin ir más lejos, apenas llevaba un año de casada y acababa de tener su primer hijo. Era inevitable, pues, que todo el mundo en su entorno empezara a ejercer presión, interesándose por sus planes matrimoniales.

Para ella aquello era perfectamente soportable, ya que se había acostumbrado a que poca gente viera con buenos ojos sus proyectos de futuro. Pero el ejemplo vital de Mateo Serra le daba ánimos para seguir la senda que

se había trazado. Aun así, la complicidad que tenía con su novio, quien compartía con ella el fervor por el arte, la animó a formalizar la relación. Que él fuera capaz de entenderla y que reconociera su potencial había pesado mucho más en la decisión que el amor. Y no era que no se quisiesen, pero lo hacían desde una camaradería cariñosa que poco tenía que ver con el ardor que los había inflamado al inicio de su noviazgo.

Todo aquello hacía que Alba viviera el compromiso como un proceso mecánico, consistente en salidas dominicales de tarde y visitas esporádicas a las dos familias. Lo único inusual de aquellas rutinas era la clandestinidad que rodeaba al padre de Enrique.

Aunque la casa del chico continuaba impregnada de aquel olor rancio sobre el que se cernía el peso siniestro de la amenaza, el hombre parecía tener mejor aspecto que cuando lo había conocido. Tal vez fuese el efecto de haberse acostumbrado a verlo, pero lo cierto era que había ganado algo de peso y se mostraba más interesado en lo que pasaba a su alrededor. Para hacer más llevaderas las largas horas de su reclusión, leía una y otra vez los libros de la biblioteca familiar. Algunos, como *El hogar apagado* y *Los viejos*, ambos de Ignasi Iglesias, los había leído tantas veces que era capaz de recitar pasajes enteros de memoria.

Según le había contado Enrique, a su padre le gustaba mucho este dramaturgo, nacido, como él, en San Andrés de Palomar cuando aún era un pueblo y no estaba anexionado a la ciudad como otros municipios de Barcelona. Poco a poco, el hombre había ido comprando todos los títulos del autor que la editorial Mentora publicó en una colección que reunía sus obras completas.

Los meses fueron pasando y, casi sin saber cómo, Alba se encontró inmersa en sus planes de boda, una consecuencia más de la progresión lógica de la relación, como lo había sido el compromiso, que también había surgido como resultado de los hábitos y del paso del tiempo.

La situación no le desagradaba, pero tampoco la vivía con ilusión. Y no era que temiese por su futuro profesional, porque sabía que Enrique la dejaría seguir trabajando en el obrador una vez casados. El temor que sentía iba más allá de las dudas que acompañan a los cambios. Tenía miedo de no poder olvidar jamás a Joaquín.

Ya hacía más de un año desde la última vez que lo había visto. Pero el recuerdo de aquella tarde primaveral aún le encendía la sangre cuando la

rememoraba. Y no con la llama de la pasión, sino con la de la rabia.

Seguía dolida por el hecho de que él la hubiera tratado de una manera tan injusta, haciéndola responsable de la atracción que le despertaba para justificar sus constantes acosos. Pero el estupor que había experimentado en un primer momento se había desvanecido, dando paso a la indignación. Porque por debajo de aquella cólera había comenzado a aflorar un potente sentimiento de culpa.

De pronto se dio cuenta de que debería haberlo rechazado con mucha más contundencia. Que no debería haber dejado que flirtease con ella ni, aún menos, haber permitido que la besase de aquella manera en la cocina. Lo que tendría que haber hecho es seguir punto por punto los consejos de su madre y sus amigas, que ya le habían advertido de la naturaleza inflamable de los hombres. Sin duda, el intercambio de miradas lo había incitado a propasarse, y se sentía responsable, a pesar de que no lo hubiese empezado ella.

Afortunadamente, el abogado no había vuelto a aparecer, y ello serenó su mala conciencia. Pero no podía evitar seguir pensando en él.

Alguna vez le había parecido escuchar su voz, que le llegaba desde la tienda, y había tenido que contenerse para no salir del obrador y comprobar si se trataba de él. El sentido común, por suerte, le había impedido hacerlo. Era consciente de que aquella actitud era incomprensible, incluso insana, ya que impedía que la herida cicatrizase. Sin embargo, una parte en su interior se negaba a soltarlo.

Cada noche, antes de dormirse, sus pensamientos se embarrancaban en su recuerdo. Entonces, intentaba encauzarlos hacia el pliegue de la memoria en la que guardaba el pasado. Una tarea inútil, porque al día siguiente se envolvían de nuevo en alguna evocación.

Aquello la angustiaba porque quería encarar su nueva etapa vital con la conciencia limpia. Había conseguido asimilar la verdadera historia de sus orígenes sin que afectara a su talante, pero aquella faceta no era más que un aspecto oculto de la personalidad de otros, no de la suya. Lo que le provocaba Joaquín, en cambio, era una reacción escondida de su individualidad que surgía de los fondos abisales de su alma.

Una pulsión que la empujaba con tanta fuerza como lo hacía la magia del dulce.

TARTA DE BODA

Septiembre de 1950

La sombra espléndida de los árboles suavizaba el calor que aún se mantenía a esa hora de la tarde. Bajo el verdor abrumador de los robles y los olmos que se levantaban en ese tramo del parque del Retiro, Alba y Enrique notaron una placentera sensación de frescura.

Habían llegado a Madrid la noche anterior, y agradecían aquel espacio de calma que los sosegaba, pasado el revuelo que había supuesto la boda. Tras meses de preparativos, las nupcias culminaban en aquel viaje que acababa de iniciarse y que los llevaría por algunas capitales de España.

Mientras paseaban a lo largo de la alameda que rodeaba el estanque circular, conocido como estanque de las Campanillas, Enrique tenía la sensación de que había pasado mucho más tiempo desde la mañana en que había entrado en la iglesia de Santa María de Sants para casarse. Quizás fuese la distancia o, más posiblemente, la intensidad de los momentos vividos a lo largo de las últimas horas lo que le daba aquella perspectiva distorsionada. Pero lo cierto era que, pasado el nerviosismo de las últimas semanas, aquel oasis de quietud lo llenaba de serenidad.

Alba se sentó en uno de los bancos cercanos al lago, y él hizo lo mismo. Mirando hacia la rocalla situada en medio, de donde brotaba el agua en minúsculas cascadas, Enrique sintió cómo le abandonaba la angustia. Los días previos al enlace había vivido momentos de mucha tensión, que se habían agudizado cada vez que su futura suegra los visitaba para pulir algunos detalles o cuando los vecinos llamaban a la puerta con el objetivo de felicitarlo por la boda. Las irrupciones repentinas en el piso donde escondían a su padre suponían un gran peligro, y, por ello, decidieron hacer una ceremonia lo más discreta posible e invitaron solo a familiares directos y amigos íntimos.

Sin embargo, el miedo a tener algún descuido lo había hecho retornar al estado de insomnio y ansiedad de las primeras semanas, una tirantez que se había ido debilitando a medida que el tren avanzaba hacia Madrid.

Alba, que hasta ese momento se había angustiado casi tanto como él con las precauciones para preservar la ocultación del suegro, había cambiado de actitud un poco antes.

Terminada la celebración religiosa, la novia se había mostrado mucho más relajada, y la distensión se había transformado en una ostensible alegría durante el banquete ofrecido en el restaurante del hotel Diagonal. Era como si el ambiente gastronómico hubiera acabado de borrar la desazón de la chica, dando paso a la animación que le provocaba siempre todo lo que tenía relación con la cocina.

Cuando los camareros empezaron a traerles el surtido de entremeses de embutidos con que se inició el almuerzo, Enrique se fijó en que los ojos de su flamante esposa centelleaban, llenos de una brillante vivacidad. Él, en cambio, no podía dejar de pensar en su padre, solo en el piso mientras saboreaban los canelones gratinados y el pollo del Prat, que les sirvieron acompañado de patatitas rizadas.

Para expulsar esas preocupaciones, el muchacho se entretuvo en contemplar con detalle la gracia simple y delicada de Alba. Le pareció realmente guapa, con su vestido cubierto de encaje que se estrechaba en la cintura, desde donde se desplegaba una espléndida falda acampanada. Entonces, vio cómo la llegada de la tarta nupcial reavivaba la emoción de la chica, ya que era el regalo que le hacían los Escrivà y que había sido elaborado por sus propios compañeros.

La entrada del dulce captó la atención de los comensales, que, de repente, enmudecieron, embelesados en la contemplación de aquella torre recubierta de merengue y decorada con margaritas de azúcar. A Enrique también le sorprendió la originalidad de la tarta, que jugaba con la simplicidad del blanco moteado por los artísticos toques de amarillo y verde de las flores que la engalanaban, las mismas que formaban el ramo de la novia.

—Es de bizcocho Gioconda — le dijo ella poco después de realizar el tradicional primer corte, cuando los camareros empezaban a hacer las porciones para repartirlas entre los invitados—, es más ligero que el bizcocho y más sabroso, porque lleva almendras.

—Las margaritas están muy bien hechas, ¡parecen reales!

—Sí, se hacen con una pasta de azúcar que se puede estirar mucho sin que se rompa, y así es posible hacer todo tipo de detalles además de flores: volantes, lazadas... ¿Te has fijado en que el bizcocho está relleno de crema? ¡Con lo que a ti te gusta!

—¡Y tanto! Está buenísima.

—Todo esto es cosa de Antoni, seguro. Se ha inspirado en mi ramo y ha diseñado la tarta en consonancia con mi vestuario, pero sin olvidarse de tus gustos. ¡Me encanta cómo ha quedado!

La satisfacción exultante de ella había empezado a tranquilizarlo, ya que durante los últimos meses había percibido en Alba un ansia que iba más allá de los nervios de la boda y de la preocupación por la arriesgada situación de su padre. Mucho antes de que se prometieran, Enrique había comenzado a notarle una inquietud que le hacía añorar a aquella chica que había conocido dos años atrás. Su ademán, a menudo ausente, y su apatía apenas disimulada nada tenían que ver con el comportamiento que mostraba cuando se conocieron. Al principio, pensó que su ensimismamiento se debía a la responsabilidad con que encaraba su trabajo en el obrador, pero, pasado un tiempo, se dio cuenta de que se trataba de algo mucho más recóndito.

Lo había sabido porque sus momentos de intimidad ya no flameaban con el calor de otros tiempos. El ardor que antes los acercaba se había fundido, y en su lugar había quedado una tierna calidez. Los besos, dulces, ya no arrastraban llamas de deseo, sino caricias suaves que los hermanaban. A pesar de todo, Enrique se encontraba a gusto con ella y sentía que era aquel su destino. Por eso, asumió ese nuevo comportamiento de ella como el progreso natural de una relación que se afirmaba en unos cimientos más sólidos que los del amor carnal. Era consciente de que estaban edificando un proyecto de futuro que no podía construirse sobre la atracción, voluble y caprichosa. Saber que afrontaban ese devenir desde una estima madurada en la cercanía era, estaba seguro, una garantía de éxito.

Con ese convencimiento había dejado que el noviazgo siguiese su curso, y no le sorprendió que la noche de bodas se convirtiera en un momento de entrega, pausada y condescendiente. Los besos lentos, acompañados de un suave juego de caricias por parte de él, hicieron que Alba se abandonara enseguida. En la oscuridad del cuarto del hotel, la desnudez de ambos les acercaba. Todo lo contrario a los instantes furtivos de intimidad que habían compartido amparados por las sombras de un portal. Aquella noche nada les

apremiaba. Incluso pudieron apreciar como el tiempo se aliaba con su laxitud.

Cuando Enrique notó que sus caricias acababan de despojarla de cualquier inquietud, se colocó delicadamente entre sus piernas. El tacto suave de los muslos de la chica lo encendió entonces, y ya solo fueron dos cuerpos, liberados y palpitantes, que se completaban. Pero el alma de ella le pareció estar más lejos que nunca.

* * *

Volver a Barcelona fue un alivio para ella. Sabía que no debería ser así, porque todo el mundo decía que el viaje de bodas y los primeros días de casados eran lo mejor del matrimonio, pero Alba no podía evitar sentirse feliz al encontrarse de nuevo en su ciudad.

Y no era que no hubiese disfrutado de las estancias en Madrid, Toledo, Sevilla y Valencia, pero, después de quince días fuera de casa, echaba de menos su rutina. Por eso había sido una satisfacción pisar de nuevo la estación de Francia, y saber que pronto todo volvería a la normalidad. Una cotidianidad adaptada a su nuevo estado civil, eso sí, ya que ahora era una mujer casada.

Aun así, todavía era demasiado pronto para que pudiera apreciar el cambio de situación, ya que todo habían sido alteraciones de hábitos durante los últimos meses. Los preparativos de la boda, la ceremonia y, finalmente, el viaje habían incidido en cotidianidad. Pero, una vez instalada en su nuevo hogar, un pisito de alquiler en la calle Vallespir, no le había costado nada componer un nuevo ritmo en el que sentirse cómoda otra vez.

A su fácil adaptación había contribuido en gran medida Enrique, quien se había mostrado comprensivo con ella durante el periodo de recelos y vacilaciones que había sufrido poco antes de la boda y que no había sido capaz de disimular. Quizás se debía a que él también había tenido sus propias suspicacias, y ser paciente con ella la había ayudado a reconducirlas. Fuera cual fuese el motivo, el caso es que a lo largo de la preparación de su enlace, el chico había sabido respetar su necesidad de introspección, y no la había presionado ni con reproches ni pidiéndole explicaciones. Aquello había propiciado que ella hubiera podido desprenderse más fácilmente de sus temores, que no sólo tenían que ver con la inseguridad que le provocaba la nueva vida que afrontaba, sino también con Joaquín.

A pesar de los meses que hacía que no se lo encontraba, no había conseguido arrancarlo de sus pensamientos. Le indignaba constatar, porque sabía que era una actitud ilógica después de cómo la había tratado la última vez, que lo echaba desesperadamente de menos.

Incapaz de apaciguar las emociones que le provocaban sus constantes reflexiones sobre el abogado, Alba había optado por integrarlas a su organismo como si se trataran de una enfermedad incurable. Quizás con el tiempo, se decía, desaparecería esa dolencia y podría, por fin, olvidarlo.

La actitud indulgente de Enrique había sido muy beneficiosa a la hora de ayudarla a asumir esa flaqueza. Pero no era solo eso. Que le mostrara tanta comprensión hacía que lo valorara aún más. Porque sabía que con ningún otro tendría una complicidad como la que había terminado por crear con él. Ese era el motivo de la felicidad genuina que había sentido el día de su boda; de la emoción que había aflorado de repente el día de la ceremonia, cuando, una vez casados, lo habían celebrado en el restaurante aquella mañana feliz.

Al entrar en la sala del hotel Diagonal, mientras avanzaba hacia la mesa que presidía el banquete nupcial, Alba visualizó el inicio de trayecto que emprendía con Enrique. Entonces se dio cuenta de que hacía mucho que lo habían comenzado. Concretamente, tres años atrás, cuando empezaron a compartir momentos culinarios que le transmitían la esencia de ella y que le fascinaban, con una magia que había acabado por unirlos.

Ser consciente de ello había hecho que sus miedos quedaran atrás. La convicción de que a su lado siempre encontraría el apoyo que necesitaba acabó por expulsarlos.

El avance del tren en dirección a Madrid intensificó la sensación de inicio de ruta que había experimentado durante el convite. Una agradable emoción que le nacía bajo las costillas le recorrió el estómago con un estremecimiento. Mientras el convoy recorría los raíles de acero, Alba se deleitó con aquella sensación placentera. Hacía mucho que no tenía un respiro, y se le hacía extraño disponer de dos semanas de vacaciones. Pero estaba dispuesta a disfrutar de aquel tiempo regalado, para volver a su nueva vida con renovado entusiasmo.

Esa noche, sin embargo, hubo de dejar de lado la exaltación que sentía. Había llegado la hora en que, finalmente, podrían intimar. Ahora que eran marido y mujer, ya no tendría que rechazar los requerimientos de Enrique. Solo habría de limitarse a dejarlo hacer.

Desnudarse, aunque fuera con la luz apagada, le dio un poco de vergüenza. Pero las caricias de él eran tan tiernas que le provocaron un delicioso abandono que le hizo olvidar su turbación. Entregada al deseo de él, su mente vagaba y recordaba lo diferentes que habían sido sus encuentros clandestinos, cuando toda ella era excitación: por el descubrimiento del tacto del muchacho, por el reconocimiento de la propia sensualidad y por la constatación del deseo que era capaz de despertarle.

Después, aquella fuerza incandescente se había ido perdiendo, y en su lugar había quedado el enardecimiento visceral que le provocaba Joaquín, un arrebató irracional que había sido convocado desde el absurdo de una atracción que ni siquiera podía entender. Sin embargo, allí seguía, palpitando, evocada en el estímulo epidérmico que le provocaba Enrique.

Mientras se dejaba hacer, Alba no pudo evitar recordar el ardiente encuentro que habían tenido en la cocina. La conciencia carnal que había sentido en aquellos momentos nada tenía que ver con la entrega de ahora. Lo que había experimentado entonces no había sido tan solo una renuncia placentera, sino la constatación de un poder que conjuraba en ellos la promesa de un disfrute sublime y perdurable.

Un par de semanas más tarde, cuando se reincorporó al trabajo, algunas de sus compañeras quisieron saber detalles íntimos de aquella noche. Si hubieran sabido que había fantaseado con otro no se lo habrían creído. Nadie podía sospechar que, recién casada, no fuese la mujer más feliz del planeta, y que no suspirase por tener un bebé lo antes posible.

—Ya verás cuando conozcas a Montserrat — le dijo una de las dependientas de la pastelería, refiriéndose a la hija recién nacida de Antonio Escribà y Pepita—. Es una niña preciosa, y están tan contentos después de lo que ocurrió con la hija mayor...

La muerte de Pepitona seguía siendo un recuerdo doloroso para los Escribà, tanto para los padres de la chica como para los dos hermanos, pero el nacimiento de la pequeña había endulzado su recuerdo. Incluso la pastelería se había impregnado de la alegría que sentían los padres de la niña, y los empleados también se habían contagiado de aquellos aires de renovación.

No obstante, Alba no sentía la llamada natural que debería empujarla a perpetuarse. No era esa especie de inmortalidad a lo que aspiraba, si es que perseguía algún tipo de eternidad. La única certeza que tenía era que la llegada de un hijo en esos momentos complicaría enormemente los planes

profesionales que se había trazado. Pero no tenía ni idea de cómo postergarlo.

R OSCONES Y LIONESAS

A Alba le sorprendió encontrarse a Enrique ya vestido cuando ella salió del cuarto de baño. Siempre era la primera en levantarse, ya que entraba en el obrador a las seis de la mañana, y cuando salía de casa él aún dormía.

—Te acompaño al trabajo, no quiero que vayas sola con el follón que hay...

—¿Lo dices por la subida de precios del tranvía?

—Sí, están repartiendo octavillas en las que piden a la gente que no los utilice. Me da miedo lo que te puedas encontrar por la calle.

—¿De verdad es para tanto? He oído muchas quejas, porque pagar setenta céntimos en vez de cincuenta es mucho, pero ¿tú crees que puede pasar algo?

—Estoy convencido. Resulta que en Madrid el billete sigue valiendo cuarenta céntimos, y la gente está indignada. Han comenzado apedreando los cristales de los tranvías, pero seguro que la cosa no acabará ahí.

Enrique tenía razón. Tras más de una década sufriendo la miseria y opresión que les había traído el fin de la guerra, los barceloneses habían recibido a principios de año la abrumadora noticia de que les subían el precio del tranvía. A pesar de todo, asumieron el aumento con conformidad, resignados a afrontar una nueva desgracia. Pero enseguida se enteraron de que en la capital se mantenía el precio en cuarenta céntimos, y aquello los enfureció.

Poco después, hacia mediados de febrero, comenzaron a aparecer unos panfletos que incitaban a la población a boicotear los tranvías. Días más tarde, los estudiantes se añadían a las protestas con manifestaciones, y se produjeron los primeros enfrentamientos entre los sublevados y la policía.

Cuando Alba y Enrique se acercaban a la parada donde cada mañana ella cogía el tranvía que la dejaba en la Gran Vía, vieron que había mucha menos gente esperándolo que de costumbre. La chica tenía la intención de detenerse, pero él la cogió de la mano para animarla a seguir caminando.

—Vamos tranquilamente a pie, no podemos tolerar este abuso.

—Pero tú tienes que estar en la lechería dentro de una hora, y hasta llegar a

la pastelería faltan todavía treinta minutos como mínimo.

—Llegaré a tiempo, y si no, da igual, es por una buena causa.

Alba y Enrique hicieron el trayecto caminando. Al día siguiente, el primero de marzo, volvieron a hacer lo mismo, y vieron cómo todo el mundo se dirigía al trabajo andando mientras los tranvías circulaban vacíos de pasajeros. En su interior solo viajaban el conductor, el cobrador y la policía. La tensión se palpaba en el ambiente, pero él supo transmitirle seguridad, además de la convicción de que estaban haciendo lo correcto. Había llegado el momento, le dijo, de que sus voces se hiciesen escuchar.

Aquel domingo, después de un partido del Barça en el campo de Les Corts, los aficionados se negaron a subirse al tranvía y volvieron a sus casas caminando, a pesar de que llovía a cántaros. El boicot, que había surgido de manera espontánea, iba alcanzando una magnitud que engrosaba el descontento hacia la dictadura.

La semana siguiente Alba siguió desplazándose a pie a la pastelería, acompañada de Enrique, que también hacía el trayecto hasta la lechería donde trabajaba caminando. Doce días después de la primera mañana en que habían dejado de usar el tranvía, la protesta ciudadana se convirtió en una huelga general.

Aquel lunes, 12 de marzo, la pastelera se quedó en casa, ya que era su día libre. Afuera hacía mucho frío y el cielo estaba muy encapotado, pero aquello no detuvo a los piquetes que se presentaron a primera hora en fábricas y talleres, ni a los miles de huelguistas que se congregaron en la plaza de Cataluña.

Alba no fue consciente del paro masivo que se produjo en la ciudad, ni de los disturbios que tuvieron lugar cuando los huelguistas tomaron el centro de la ciudad. Todo lo supo por Enrique, que se lo contó al llegar a casa.

—Barcelona ha quedado completamente paralizada. El centro es un caos, han apedreado el hotel Ritz y he oído que han quemado algunos tranvías.

La huelga aún se prolongó dos días más y solo una sangrienta represión por parte de la Guardia Civil logró detenerla, a costa de muertos, heridos y centenares de detenciones.

No obstante, la reacción colectiva había hecho posible que se anulara el aumento del precio del billete y que se mantuviera el que tenía antes de la huelga. Una pequeña victoria que los ayudaba a mantener una chispa de esperanza en el futuro.

* * *

—¡No me digáis que no da gusto verlo!

Alba estaba a punto de irse cuando se fijó en que una de las dependientas se dirigía a sus compañeras, mostrándoles una revista. Había terminado su turno y se disponía a volver a casa, pero la conversación le llamó la atención.

—¡Mucho! Es increíble que le hayan dedicado la portada.

—¿Tú ya lo has visto, Alba?

Al ver su cara de extrañeza, la dependienta le pasó la publicación. Se trataba de la revista *Destino*, un semanario especializado en política y sociedad que había comenzado a publicarse en Barcelona tras acabar la guerra. Alba enseguida reconoció en la portada la monumental mona que había hecho Antoni Escribà ese año, una recreación en chocolate del estudio de un pintor en el barrio parisino de Montmartre. La fotografía ocupaba toda la página, y en la esquina inferior derecha se podía leer «Taller comestible».

Una sensación inesperada de orgullo la hizo estremecerse, al constatar que el trabajo del hijo del dueño había logrado captar la atención de una revista de prestigio como aquella, que contaba con articulistas de la talla de Josep Pla y Josep María de Sagarra.

Por otra parte, tampoco podía decirse que la sorprendiera. A pesar de que solo tenía veinte años, gracias a su formación y a su pericia, Antoni ya había logrado obtener la distinción de maestro chocolatero. Los conocimientos adquiridos en la escuela de la Lonja había sabido aplicarlos a la pastelería y, en vez de esculpir en bronce, madera o mármol lo hacía en chocolate.

Ella había podido ver cómo había sido el proceso de modelado de aquella mona, que no solo había admirado a quienes pasaban ante el escaparate, sino que, además, había despertado el interés de la revista. En una primera fase Antoni había trabajado el cacao como si fuese barro, en la segunda, lo había hecho tratando el chocolate ya endurecido. A Alba le había sorprendido ver cómo iba definiendo las figuras ayudándose de escarpas y punzones, como si fuera un escultor cincelandando piedra.

Después de cuatro años trabajando con él, Alba aún se maravillaba de la constancia y disciplina que se imponía para poder compaginar sus estudios con el trabajo en el obrador. Seguía aprendiendo dibujo, cerámica, policromía, modelado y escultura en la Lonja, y, además, de vez en cuando, iba al cine con uno de sus profesores, el señor Santiáñez, que llevaba a los

alumnos a ver películas de Luis Buñuel. Este maestro madrileño se había ganado la admiración del joven pastelero por sus amplios conocimientos sobre cine y también por su habilidad para hacer decorados, ya que era un excelente pintor. El vínculo que creó con su profesor fue tan intenso que muchos años después, cuando el hombre ya había retornado a su ciudad natal, Antoni todavía seguía manteniendo el contacto con él.

Desde el verano anterior, Antoni pasaba las vacaciones en el Pirineo gerundense. Pero no haciendo excursiones ni disfrutando del poder curativo de las aguas, sino trabajando en la pastelería Can Vila, en el pueblo de Camprodón. Antes de irse, Alba lo oyó quejarse a su padre diciendo que le gustaría ir a la playa.

—¡De eso nada! —El señor Escribà había sido taxativo—. Tú a Camprodón, a hacer roscones y lionesas.

Durante su estancia en aquel encantador municipio de montaña, Antoni se hizo amigo del hijo de los dueños de la otra pastelería de la villa. Los establecimientos estaban casi juntos, en la misma calle, muy cerca del río Ter. El padre del chico era el creador de las famosas galletas Pujol de Camprodón, que llevaban el apellido familiar. Así pues, a pesar de no poder ir a la playa, Antoni Escribà terminó disfrutando de su estancia en aquel pueblo, situado en medio de un hermoso valle y rodeado de naturaleza.

Cuando finalizó el lapso estival, el joven pastelero volvió a Barcelona y retomó los estudios. Cuando no estaba en clase trabajaba en el obrador preparando el pan y los dulces que se vendían en la pastelería. El tiempo que le quedaba libre lo dedicaba a innovar con el cacao.

Era inevitable no quedarse embobado cuando lo veían creando figuras de chocolate, o ensayando nuevas técnicas. En la Lonja había aprendido a hacer moldes y se los construía él mismo, adaptándolos a las necesidades pasteleras. También ideaba tubos y conos de papel que utilizaba para hacer formas ingeniosas con las que construía infinidad de dulces. Todas aquellas creaciones empezaban ya a distinguirse por tener un estilo inconfundible que iban conformando lo que pronto sería el sello Escribà.

Los métodos que había aprendido a través del maestro chocolatero Lluís Santapau, que combinaba formas ovoides para construir todo tipo de figuras, supusieron para Antoni un descubrimiento fundamental. Gracias a ello, se aventuraba a crear monas mucho más fantasiosas que las tradicionales, decoradas con huevos y plumas, que seguían haciéndose en el obrador.

Espoleado por las posibilidades que le ofrecía el huevo —con su diseño perfecto y su simbolismo evocador, que remitía a la forma más primigenia de la vida—, ya llevaba tres años dando forma a auténticas esculturas de chocolate inspiradas en motivos de lo más imaginativos.

Los avances del joven pastelero en el trabajo con el chocolate, añadidos al desarrollo de su creatividad, estaban consiguiendo reavivar la tradición de la mona, una costumbre que, con el paso del tiempo, se había ido perdiendo. En los cuatro años que hacía que se había incorporado al obrador, Alba había visto cómo se iba imponiendo en Barcelona una especie de ritual que consistía en recorrer, unos días antes del lunes de Pascua, las principales pastelerías de la ciudad. Tanto adultos como niños disfrutaban contemplando las monas expuestas en los escaparates de aquellas confiterías, que competían por ser las más originales y elaboradas.

Faltaba muy poco para que comenzaran a organizarse concursos de escaparates, destinados a premiar aquella explosión de creatividad en la que Antoni tanto se distinguía. Sus monas maravillaban a los barceloneses, que se quedaban fascinados ante sus recreaciones gigantescas esculpidas en chocolate.

Ante el éxito de ventas de las monas de Antoni, los Escribà decidieron idear un sistema de elaboración en cadena que les permitiese comercializarlas preservando su calidad artesanal. A partir de entonces, él mismo enseñaba a los pasteleros del obrador cómo templar y trabajar el chocolate para obtener la mejor cobertura, así como las técnicas para hacer las diferentes piezas que debían formar parte de cada una de las monas. De las temáticas y de la composición de los escaparates se encargaba él, ya que en su cabeza siempre hervían las ideas.

Gracias a sus enseñanzas, Alba aprendió que el chocolate artístico se basaba en la simplicidad de los procedimientos, y que las cosas a menudo son más fáciles de lo que parecen. Él no perdía de vista que las monas se dirigen mayoritariamente a un público infantil, y se inspiraba en temas dirigidos a los más pequeños de la casa. El clasicismo de los personajes de siempre se mezclaba con el exotismo de los animales o la fantasía de los cuentos de hadas. Artistas de circo, indios y vaqueros, piratas, brujas, princesas, vehículos y construcciones, todo era extrapolable al universo del cacao.

No era raro que muchas noches, al cerrar los ojos, a Alba la asaltara alguna idea relacionada con el trabajo. El joven pastelero le había contagiado el

hábito de mantener el cerebro en un permanente estado de alerta, que se activaba ante cualquier gesto que pudiera formular su imaginación.

Todo ese tiempo en el obrador había sido una experiencia enriquecedora que vivía aún con la misma emoción. Quizás por eso le costaba creer que se encontrara tan cerca de ser ya una pastelera. Tal como había vaticinado su jefe, el señor Escribà, pronto había superado la fase de aprendizaje y había ascendido a la categoría de ayudante. La constatación de aquel logro la llenaba de una satisfacción incómoda, porque le parecía que todo avanzaba demasiado fácilmente.

Su vida no podía ser más plena y, sin embargo, tenía la sensación de que tanto bienestar debía de tener un precio. Hacía año y medio que se había casado, y también eso funcionaba. La convivencia era más agradable de lo que hubiera podido imaginar, e incluso su miedo a concebir se había disipado cuando había sabido que Enrique tampoco quería hijos, de momento.

—Ya habrá tiempo, no te preocupes —le había dicho cuando ella le planteó su temor a que un embarazo la apartara de su carrera profesional.

La respuesta de su marido la había eximido de la desazón que sentía cuando tenía que entregarse a él. Por suerte, no debía hacerlo a menudo, pero no dejaba de ser un riesgo. Por eso, cada vez que a Enrique se le despertaba la carnalidad y ella se dejaba hacer, como buena esposa, él culminaba su placer en solitario. No tenían otra alternativa, ya que estaba prohibida cualquier cosa que impidiera la reproducción. Pero el convencimiento de que ese método era efectivo liberó a Alba de su temor.

T E R C E R A P A R T E

E L R E Y D E L C A R A M E L O ***(1954-1979)***

*Quiero un niño sensible y cariñoso, a quien yo pueda confiar
mis más preciados secretos de la fabricación de golosinas.*

R O A L D D A H L , *Charlie y la fábrica de chocolate*

B IZCOCHOS

Marzo de 1954

Al entrar en el comedor lo asaltó el olor intenso del chocolate. Cada domingo por la mañana lo recibía el aroma penetrante de aquella bebida oscura, y, sin embargo, la perspectiva de saborearla lo estimulaba como el primer día.

Hacía un par de años que Joaquín se había instalado en aquel espacioso piso del Ensanche, justo después de casarse, y desde el primer día habían incorporado aquella sabrosa costumbre a sus prácticas dominicales. La chica del servicio utilizaba chocolate en tableta aromatizado con canela, y lo servía en las tazas blancas que alguien que no recordaba les había regalado por su boda.

Esa mañana inesperadamente gélida para encontrarse muy cerca de la primavera, el abogado vio un paquete envuelto sobre la mesa. Enseguida reconoció el logotipo de la pastelería Escribà, y notó cómo revivía en él una vieja y conocida sensación. Por un lado, el deleite que le despertaba la perspectiva de saborear uno de los pasteles del establecimiento. Por otro, el recuerdo, dulcemente penetrante, de Alba.

A pesar de que habían pasado más de cinco años desde la última vez que había hablado con ella, no había conseguido olvidarla del todo. Una especie de abatimiento le pesaba aún en el corazón cuando recordaba su último encuentro. Pero era una pesadumbre inconsciente que su orgullo se negaba a reconocer, ya que en sus reflexiones él había actuado bien. Tenía un concepto excesivamente elevado de sus virtudes, y una permisividad igualmente exagerada con sus defectos y sus carencias.

Por eso, cuando lo pensaba, se decía que había hecho bien en dejarla plantada y en reprocharle su juego. Por que se convencía de que la chica había jugado con él durante el tiempo en que había trabajado en casa de los Vidal, poniendo a prueba sus impulsos carnales, tentándolo para sentirse poderosa.

Era normal que él hubiera actuado como lo había hecho. Primero, demostrándole que los chicos podían excederse con las sirvientas. Después, reprochándole que había sido ella quien había desperezado a la fiera que dormía en su naturaleza masculina con sus ofrecimientos velados.

Después de aquello, Joaquín había decidido ir más lejos con la muchacha con la que hacía un par de meses que salía los domingos. Era hija de un industrial de Terrassa, y se habían conocido a través de sus padres. Hasta ese momento, él no se había interesado seriamente en ella, pero el enfrentamiento con Alba lo hizo reaccionar. Ya no tenía edad para ir persiguiendo a las criadas; había llegado el momento de sentar la cabeza.

Cuatro años más tarde, el abogado se casaba con aquella chica de expresión severa y rasgos tan angulosos como su personalidad. A muchos les extrañó que Joaquín hubiera elegido a una mujer tan seca, siendo como era un chico atractivo. No sabían que, inconscientemente, trataba de alejarse del tipo femenino que podía cautivarlo con una gracia sensual, amable y generosa. Tenía miedo de quedar encandilado y de sentirse débil. Pero su debilidad era no saber enfrentarse a los propios sentimientos.

Así, instalado en una cómoda actitud que le evitaba afrontar aquello que anima la vida, el abogado había pasado los últimos dos años. Diez meses después de la boda había nacido la primera hija, de modo que su vida evolucionaba de una manera ordenada y pautada, como debía ser. Una progresión que satisfacía el estado de la mente que regía su racionalidad, pero que iba dejando un poso de frustración que crecía con el paso del tiempo. Porque bajo la coraza mental que había ido forjando de acuerdo con convicciones impuestas, latían auténticas pulsiones vitales.

La sociedad, dominada por la moralidad imperante, ejercía una presión brutal en los comportamientos masculinos y femeninos, y los despojaba de su esencia. La lucha contra los instintos comportaba mucho sufrimiento, pero eran muy pocos los que se atrevían a evitarla para seguir el curso tranquilo de la naturaleza.

El balbuceo de la hija reclamando atención con su juego sonoro alejó sus reflexiones. El abogado le acarició la cabeza con delicadeza mientras le besaba la frente, y después se sentó a su lado.

La mujer rasgó el papel que envolvía la bandeja de bizcochos y tomó uno. Al contemplar la superficie perlada de azúcar lustre que cubría aquella pasta alargada, Joaquín no pudo evitar imaginar que Alba podría haberlos hecho.

En los cinco años y pico que hacía que no se veían, él había continuado yendo a la pastelería y, cuando lo hacía, a menudo recordaba el tiempo en que la iba a visitar los domingos para que lo atendiera. Esa mañana también le habían venido a la memoria esos días, y se preguntó si la chica aún trabajaba en el obrador. Lo normal sería que lo hubiese dejado al casarse, porque era lo que hacían las mujeres al convertirse en esposas. Pero recordaba que le había dicho que no lo haría, ya que tenía la intención de convertirse pastelera, una insensatez que su novio iba a permitir.

Aunque le costaba creer que un hombre tolerara tal disparate, algo le decía que la antigua cocinera había conseguido su propósito. Lo percibía en la blandura suave y a la vez firme del bizcocho, que tanto se parecía a los que había comido en casa de los Vidal. Una ternura flexible que le recordaba al cuerpo de la chica la noche que la asaltó en la cocina del arquitecto.

Mientras saboreaba el desayuno, el abogado se concentró en la conversación con su mujer para evitar seguir pensando en la antigua cocinera. Poco a poco, la evocación de Alba se fue desvaneciendo. Pero solo era cuestión de tiempo que regresara.

* * *

—Y tú, ¿no te animas?

Era inevitable que Elisa no volviera a hacerle la pregunta de siempre mientras acunaba su segundo hijo para que se durmiera. Por eso, Alba, que había ido a visitarla para conocerlo y felicitarla, no solo no se sorprendió, sino que le respondió lo mismo por enésima vez.

—Más adelante, aún tengo que aprender mucho en el obrador y no quiero desaprovechar la oportunidad.

—Ya... eso ya me lo has dicho un montón de veces. Pero sigo sin entender por qué quieres aprender, si después no te podrás dedicar a ello. Tarde o temprano tendrás que dejar la pastelería. Y ¿a Enrique le parece bien que sigas sin dejar de trabajar después de cuatro años de casados?

—Sí, él también conserva su empleo en la lechería y aún va a algunas clases de la Lonja. De vez en cuando hace ilustraciones para algunas revistas, porque lo que quiere es acabar dedicándose a dibujar profesionalmente.

—¡Ay, otro artista! Pero podríais pagar a una niñera que te ayudara. Son dos sueldos los que entran en tu casa, no como aquí, que solo con un jornal tengo

que hacer lo imposible para llegar a fin de mes.

—Bueno, supongo que sí, que podríamos pagarle. Mi madre y mi abuela también me dicen lo mismo que tú, pero luego, ¿qué? ¿Estar con el niño un rato por la noche? ¿Ser padres solo de nombre? No le veo mucho sentido, la verdad.

—¡Contigo todo son pegas! —exclamó la amiga, sonriendo con dulzura y moviendo la cabeza—. No sé por qué te he dicho nada, conociéndote como te conozco. Para mí es incomprensible que no te mueras por tener hijos, porque para mí ha sido la ilusión de mi vida. Bueno, para mí y para todas las chicas que conozco... Pero, bueno, cada uno es como es, y si tú eres feliz así, adelante.

Alba también entendía la felicidad de Elisa. Le parecía natural que proyectara su futuro en el de sus hijos y que, además, fuera su propósito en el mundo. El de ella, en cambio, era alcanzar la maestría necesaria que hiciera de su don un arte. A veces, sin embargo, la asaltaba el pensamiento de que la decisión de aplazar la maternidad era una postura egoísta, porque daba prioridad a su deseo y no a lo que era su deber, según le habían enseñado. Cuando eso le pasaba, se libraba de la contricción diciéndose que querer tener descendencia era también un anhelo. Y que muchas veces solo respondía al afán de complacer a la sociedad.

Aun así, a pesar de los argumentos que encontraba para evitar sentirse mal con su decisión, no le resultaba fácil sustraerse a sus consecuencias. Porque, aparte de los interrogatorios, similares a aquellos a los que la sometía Elisa, tenía que soportar constantes frases de consuelo. Fuera de su círculo más íntimo, todo el mundo daba por supuesto que si en cuatro años de matrimonio no había tenido hijos, era por causa de la esterilidad. Por eso, por encima de los comentarios de consolación se cernía siempre una patente sensación de lástima que aún la irritaba más.

Por suerte, sus progresos en el obrador continuaban siendo un acicate que reafirmaba su convencimiento. Las nuevas rutas creativas que iba abriendo Antoni Escribà la hacían olvidar el malestar que le provocaba la conmiseración de los demás. Explorando aquellos caminos sentía que estaba en el lugar donde le correspondía, y no quería otra cosa que seguir adelante.

El obrador había acabado convirtiéndose en uno de los pocos lugares en los que Alba podía dar rienda suelta a lo que se cocía en su cabeza y en su corazón.

Un despliegue que se había iniciado en la cocina familiar, y que había continuado en las de las casas donde había servido, especialmente en la de los Vidal, que todavía recordaba con un afecto emocionado.

Una bocanada de aire cálido la golpeó al salir a la calle. Aquella ardiente emanación intensificó la sensación de bochorno que ya tenía el piso de Elisa. Eran las ocho de la tarde, pero el sol canicular inflamaba aún el ambiente, y se aliaba con la humedad para caer sobre la ciudad como una losa abrasadora.

Faltaba poco para que llegaran las vacaciones, y ese año Enrique le había propuesto ir a Sitges para pasar una semana en la inspiradora población que había fascinado a pintores luministas y modernistas con su claridad marítima y dorada.

A ella le había parecido una magnífica idea, ya que hacía mucho que no iba, y la señora Pepita siempre le contaba maravillas. Precisamente, hacía un mes que había ido allí con Juanito y la pequeña Montserrat. Desde que ella recordaba, los Escribà siempre habían veraneado en aquel municipio. Según le habían dicho, el médico se lo había recomendado, ya que los baños de mar eran un buen remedio para la tuberculosis de huesos que padecía el hijo pequeño.

Mientras avanzaba por la calle, Alba soñaba con aquella ciudad, rodeada por el macizo del Garraf y salpicada de palacetes indianos frente al mar, desmedido y opalino.

Nunca hubiera imaginado que en aquel lugar de ensueño estaba a punto de vivir la peor de las pesadillas.

CABELLO DE ÁNGEL

Toda la dulzura que los rodeaba no era capaz de vencer la amargura que llevaban dentro. Ni las confituras, néctares ni almíbares más azucarados habían conseguido aliviar el ambiente de aflicción que flotaba en el obrador desde hacía muchos días. Era tanto el desánimo que los movimientos rítmicos de los pasteleros y los panaderos se habían abotargado, incapaces como eran de acostumbrarse a la pena.

Ya había pasado más de una semana desde la infausta mañana en que se habían enterado de la desgracia, y nadie aún había logrado deshacerse de la tristeza que les producía aquella tragedia cruel e inesperada. La conmoción que habían experimentado al conocer la muerte de la pequeña Montserrat les había sumergido en un estado de estupor, tristeza y rabia que no cedía. Porque a la dificultad de asumir el cercenamiento de aquella vida apenas iniciada se le añadía la sensación furibunda que les producía saber que se podría haber evitado.

Según les habían contado, la niña, que solo tenía tres años, se había intoxicado al ingerir unos fósforos Garibaldi. No era el primer caso de algún menor se envenenaba tras comerse uno de aquellos petardos tan populares entre los niños, ya que llamaban la atención de los más pequeños por los vistosos puntitos rojos que llevaban pegados encima de una tira de cartón. Aquellas bolitas rojas estallaban al frotarlas contra una superficie rugosa, como un muro o una pared, porque estaban hechas de fósforo blanco, un elemento inflamable y peligrosamente venenoso.

Más de una vez, cuando lo pensaba, a Alba la asaltaba el llanto y tenía que fingir para que nadie viera cómo derramaba lágrimas de indignación. Hubiera sido una falta de respeto dejarse dominar por los lamentos mientras sus padres hacían de tripas corazón para mantener a raya la desesperación. Ella no sabía cómo habían vivido la agonía de la niña mientras luchaban por liberarla de los efectos del veneno, pero había visto la desolación en la que estaban sumidos

desde su fallecimiento. Un dolor ilimitado y demoledor que persistía, que se prolongaría, estaba segura, hasta el fin de sus días. Lo peor de todo era que la tristeza que arrastraban no venía sola. La acompañaba siempre la ira, una cólera airada que se cebaba en los descuidos, en la pirotecnia y en su propia responsabilidad. Más de una vez había visto al señor Escribà darse cabezazos contra las paredes, maldiciendo todas aquellas circunstancias y el hecho de no haber estado suficientemente pendientes de su hija. No podía aceptar que un destino feroz se hubiera impuesto ante todos aquellos condicionales para conjugar el futuro en un pasado inflexible.

Y, en ese ambiente de desánimo furibundo, el único consuelo que les quedaba era el silencio; limitar las palabras a la comunicación indispensable, para volverse a encerrar en el mutismo mientras los días pasaban.

Así, esperando que el tiempo les fuera curando la herida, todo el mundo en el obrador se abonó también a un comportamiento hermético que impedía la huida de la amargura. De este modo, evitaban que la dulzura que los rodeaba se contaminara de esencias agrias y estropeará el gusto de sus exquisitas elaboraciones.

Sumergida en el mutismo que reinaba a su alrededor, Alba intentó concentrarse en el trabajo. Clavó los ojos en el cabello de ángel que tenía delante y, de repente, los recuerdos viajaron hacia el día lejano en que su padre les había llevado una calabaza. De una manera inesperadamente vívida, evocó la sorpresa que le había producido la piel tan gruesa y áspera del fruto. A su madre le había costado un poco abrirla pues la piel era muy dura, pero la pulpa, lo recordaba perfectamente, era carnosa y blanda.

Tras cortarla en pedazos, habían hervido la calabaza con piel y todo durante un buen rato y, una vez cocida, dejaron que se enfriara. Y mientras ambas separaban la piel de la carne, Adela había aprovechado para aleccionarla un poco.

—La calabaza confitera es una variedad de invierno, más dulce que la de verano. Esta la cosecharon a principios de otoño unos conocidos de padre, y como nos la han regalado, prepararemos unas empanadas o un roscón.

—¡Podríamos hacer pastelitos de Tortosa!

—De acuerdo, me parece una buena idea.

—Y ¿por qué no es de color naranja?

—Porque es de otra clase, Alba. Pero piensa que gracias a esta piel verde tan dura se puede conservar durante bastante tiempo. Eso sí, para poder hacer

el cabello de ángel se debe guardar en un lugar con poca luz.

Ella había escuchado las explicaciones de su madre mientras iba vaciando la pulpa y retirando las semillas que aún quedaban. Al terminar la pesaron para poder calcular la cantidad de azúcar, y pusieron a hervir ambos ingredientes en una cazuela, junto con una piel de limón y una rama de canela.

Los filamentos de aquella carne melosa habían ido adquiriendo una transparencia dorada, a medida que se transformaban en confitura. Alba aún podía revivir la ilusión maravillada que había sentido al ver el resultado de todo ese proceso. Había sido una de sus incursiones culinarias más tempranas y, por este motivo, la recordaba con una emoción especial, cargada, además, de la connotación mágica que le otorgaban los pastelitos de Tortosa, vinculados al prodigio de su nacimiento. La evocación de aquel instante tan íntimamente ligado a su origen y su destino le sacudió, de repente, la conciencia. De manera involuntaria, había enlazado el momento de duelo presente con una alegría pasada, y esa conexión le hizo ver la profunda semejanza existente entre el nacimiento y la muerte. Porque ambos procesos delimitaban un ciclo que fluctuaba entre dos eternidades.

Entonces fue consciente de que ambos límites de aquel malabarismo existencial actuaban como propulsores del devenir, ya que el uno era consecuencia indispensable del otro. Aquella evidencia la trastornó profundamente. No quería pensar que la muerte de Montserrat fuera un hecho necesario, porque sentía afecto por ella y la afligía que hubiera tenido una vida tan corta. De hecho, cuando veía a don Antonio, enloquecido por la desesperanza, o a la señora Pepita marchitarse en el abatimiento, se alegraba de no haber tenido hijos. No se creía capaz de soportar una pérdida tan devastadora como aquella.

Sin embargo, no podía evitar ver con nitidez que la muerte y la pérdida actuaban a menudo como resortes para propiciar el nacimiento de cambios e iniciativas. El deceso del padre de Mateo Serra, por ejemplo, lo había empujado a abandonar el pueblo y lo había convertido en un emprendedor. Más adelante, la destrucción de la inversión en papel había encarrilado sus pasos hacia la fundación de la panadería. Y ahora, tantos años después, la muerte de la pequeña forzaba a Antoni a dejar la Lonja para apoyar a sus padres con su dedicación exclusiva.

La renuncia a su sueño de convertirse en escultor había hecho que el muchacho focalizara su pasión y su tiempo en la pastelería, una decisión que,

de no haber sido por la desaparición de la niña, quién sabe si hubiera tomado.

Alba era consciente de que no dejaba de ser una conclusión funesta, pero se consolaba pensando que la partida de Montserrat no había sido en vano. Quizás, se decía, su misión en el mundo había sido la de llenarlos de una felicidad fugaz que les hiciera ser conscientes de cuán frágil y breve era la existencia. Con esa demostración, chispeante y efímera, la niña se manifestaba como la encarnación de una criatura angélica venida a la tierra para dejarles probar el sabor de la eternidad.

Durante mucho tiempo, la idea de una visita etérea y fugaz la consoló de la atroz realidad. El espectro de la pequeña se instauró en el espacio mental donde guardaba su pretérito, adornado con una aureola de pulcra santidad y, a medida que su hermano Antoni iba alcanzando nuevas metas creativas en el obrador, el recuerdo ganaba en resplandores como imbuido de un mismo fulgor intangible que los conectaba desde los reinos eternos.

Poco a poco, sin embargo, la imagen fue diluyéndose, y, cuando pensaba en Montserrat, se le aparecía difuminada entre la niebla e iluminada por una felicidad pura y radiante. Cada vez más lejana, a Alba se le antojaba que su presencia ya no tenía razón de ser una vez cumplido su cometido en este mundo.

* * *

Mayo de 1955

La despreocupación alegre con que Joaquín había salido de la sala de cine se estropeó de golpe cuando la vio. Las imágenes residuales que fluctuaban en su mente después de la visión de la película se esfumaron de golpe con la presencia tan tangible de la nueva aparición. Habían pasado por lo menos siete años desde la última vez que se habían visto y, aun así, no le había costado nada reconocer a Alba en la mujer que caminaba delante de él. Lo que le sorprendió fue constatar que la atracción espontánea e insensata que le despertaba continuaba tan viva como entonces.

La agudeza de ese impulso le hizo temer que su esposa, que apoyada en su antebrazo le comentaba sus impresiones sobre el filme, se diera cuenta de su aturdimiento. Pero estaba tan animada en ese casi monólogo que no se dio cuenta de nada. Había sido ella quien lo había convencido para ir esa noche a

ver *Los caballeros las prefieren rubias*, una comedia musical que proyectaban en el Fantasio y que anunciaban como gran producción en Technicolor magníficamente interpretada por Jane Russell y Marilyn Monroe, «dos bellezas atómicas americanas». Él hubiera preferido ir a ver *Hondo*, de John Wayne, pero decidió hacerle aquella concesión. Además, el Fantasio les quedaba más cerca de casa que el Mistral, donde proyectaban el *western*.

Al final, Joaquín había terminado disfrutando de la película, que le había dejado un sabor alegre hasta que Alba había irrumpido en su campo de visión. Entonces, la sensación festiva se había roto de golpe para dar paso a una inquietud nerviosa. A diferencia de lo que había experimentado en el pasado, ver a la chica no lo había llenado de una excitación jovial, sino incómoda, provocada por la inminencia del peligro que suponía la presencia de su esposa.

Mientras ponía todo su empeño en disimular y seguir el hilo de la conversación, el abogado intentó retrasarse para crear distancia entre ellos y Alba, un afán inútil, ya que la pastelera advirtió su presencia al girarse casualmente, o quién sabe si alertada por la agudeza con que él la había mirado instintivamente al descubrirla. Entonces, el tiempo pareció doblarse en sí mismo, eliminando la trayectoria que había seguido los últimos siete años. De repente, los extremos del devenir se tocaban en un momento único, creado por la confluencia de sus miradas. Y en ese instante ambos percibieron que no eran solo los ojos los que confluían sino, también, sus impulsos, tan punzantes y viscerales como siempre.

La racionalidad, no obstante, terminó imponiéndose y se alejaron, empujados por la multitud que salía hacia el paseo de Gracia. La frescura delicada de la noche primaveral lo ayudó a volver a ubicarse en el presente, en sus sensaciones conocidas y cotidianas. Pero no consiguió neutralizar completamente el recuerdo de la antigua cocinera. A pesar de llevar a su mujer del brazo, no fue capaz de ahuyentar a Alba de su pensamiento con aquel vestido de raso verde lima de falda voluminosa, tan a la moda, que acentuaba la estrechez de su cintura y la turgencia de su busto. Destilaba un aire de elegancia madurada que le favorecía mucho, sobre todo porque se mezclaba con el toque de pudorosa ingenuidad que mantenía todavía.

Aparte de su apariencia, Joaquín también se había fijado en que iba acompañada de otra mujer, lo que le llevó a pensar que era muy probable que finalmente hubiera optado por la soltería. Aquella perspectiva le insufló una

felicidad esperanzada, ya que dejaba vía libre a la seducción, un panorama impensable en sus circunstancias, pero que no podía evitar contemplar como un objetivo codiciable y deliciosamente estimulante.

El frescor nocturno que flotaba bajo el cielo estrellado mitigó un poco el sofoco de Alba, aunque todavía sentía una picazón aguda en las mejillas y un latido descontrolado en medio del pecho

—Ay, hija, pero ¿qué te pasa? ¡Qué prisas!

Merche no pudo evitar quejarse del atolondramiento de su amiga, al ver que salía del cine con precipitación. Hasta ese momento, la ayudante y la dependienta de la pastelería Escribà, que congeniaban mucho, habían disfrutado relajadamente de la película y habían dirigido sus pasos hacia la puerta charlando tranquilamente. Pero, de repente, Alba había empezado a apresurarse.

—No es nada, es que no me gustan las multitudes, me estaba asfixiando del calor.

—Pero si se estaba de maravilla, mujer. En fin, supongo que querrás irte a dormir pronto, que tú madrugas mucho.

Aquella justificación inesperada le vino como anillo al dedo. La conmoción que había supuesto tropezarse con Joaquín la había dejado tan confundida que le costaba mantener una cierta agilidad mental. Su cerebro parecía estar colapsado por aquella visión perturbadora que aún intentaba digerir. Por suerte, Merche supo estimular sus pensamientos con su conversación incesante.

—¿Qué te parece eso de que Antoni se vaya a París?

—Pues lo veo muy bien, seguro que nos trae un montón de cosas nuevas de allí.

—Sí, yo también lo creo... Aunque, la verdad, pensaba que iría a Suiza, no a Francia. ¿No te enteraste de que Nestlé le ofreció un cargo importante para que les enseñara sus técnicas con el chocolate?

—¡Claro que sí! Estaba muy ilusionado con la idea de viajar a un país con tanta tradición chocolatera, y encima le pagaban mucho dinero. El problema es que no sabía cómo decírselo al señor Escribà. Supongo que le sabía mal pedirle que lo dejase irse fuera después de todo lo que han pasado sus padres con la muerte de la niña, ya lo sabes.

—Madre mía, desde luego...

—El caso es que, al final, según nos contó él mismo, una noche,

aprovechando que el señor Escrivà estaba de buen humor, se animó a contárselo. Dice que le daba un poco de miedo, porque estaba convencido de que se lo tomaría mal, pero resulta que no, que, en vez de reñirle, su padre se quedó callado un buen rato y, después de un minuto en silencio, le dijo que era una decisión que solo podía tomar él, que tenía que elegir si quería ser cabeza de ratón o cola de león.

— Pues, conociéndolo, seguro que eligió la primera opción.

— ¡Por supuesto! Además él siempre nos dice que cuantas más ideas recojas, más creatividad tendrás, y en Barcelona ya ha aprendido todo lo que tenía que aprender. Así que la aventura en París le servirá para volver lleno de ideas para el obrador, ya lo verás.

La noche primaveral, fría y estrellada, les proporcionó un placentero trayecto de vuelta a casa, y ayudó a Alba a sosegar la alteración de sus nervios. Al despedirse de su compañera, no obstante, irrumpieron de golpe las reflexiones que giraban alrededor del abogado.

La que más le inquietaba era el hecho de que estuviese acompañado de una dama, no porque le resultase extraño —ya suponía que en todos aquellos años había tenido tiempo de sobra para casarse—, sino porque le despertaba unos injustificables celos. Pero, como siempre le había pasado con él, ni la razón ni la lógica tenían poder para detener el chorro imparable de los sentimientos más inapropiados.

Al día siguiente, mientras la emoción se adueñaba del obrador por la futura marcha de Antoni, Alba todavía no se había liberado de sus recelos. No podía quitarse de la cabeza el pesar por que Joaquín la hubiera visto acompañada de Merche y no de su marido, porque la dejaba en desventaja. Le dolía haber quedado como una solterona ante el abogado, pero, sobre todo, que pudiera pensar que él era la causa. Si la hubiera visto con Enrique habrían estado al mismo nivel y, seguramente, no la atormentaría aquella absurda envidia.

Para alejar aquellas reflexiones que la angustiaban, se obligó a concentrar toda su atención en el ambiente jovial que la rodeaba, y a pensar en lo que podría significar la marcha del hijo de los dueños a la capital francesa. Tenía la certeza de que aquel viaje supondría mucho más que un desplazamiento para alcanzar un aprendizaje. Se lo decía la clarividencia antigua que emergía siempre para dirigirla, aquella percepción intangible que ella llamaba «la magia del dulce» y que era la suma de sus sensibilidades y una pasión primigenia.

El conocimiento que tenía del carácter de Antoni Escrivà y lo que sabía sobre lo que se cocía en las refinadas pastelerías parisinas reforzaban este convencimiento. Alba, como el resto de sus compañeros, había podido constatar que las enseñanzas de los maestros que había tenido hasta entonces el muchacho le habían multiplicado exponencialmente las ganas de aprender y superarse. Era lógico, pues, que hubiera optado por hacer las maletas en busca de nuevos conocimientos en la capital del país de los dulces y los confites. Era un periplo que recordaba, en cierto modo, al que había emprendido su abuelo Mateo más de sesenta años atrás. La diferencia era que Antoni estaba mucho más preparado y que su objetivo era más ambicioso. Lo que se proponía al invertir sus ahorros en un billete con destino a París era conocer todos los secretos de los maestros pasteleros franceses.

Había sido una decisión meditada, ya que, en un principio, su propósito había sido ir a Suiza por su condición de precursora en la fabricación de chocolate.

—Allí no aprenderás más de lo que ya sabes, chico —le había asegurado su padre, y él hizo caso de la advertencia. No solo porque respetaba sus indicaciones, sino porque valoraba su opinión, avalada por décadas de experiencia.

Así fue como, finalmente, se perfiló en su objetivo la claridad magnética de la ciudad del amor, la luz y el dulce.

Las amistades de su padre y el prestigio de su negocio propiciaron que entrara a trabajar de aprendiz en Le Canigou, una de las mejores pastelerías de París, propiedad de Jean Casadesús, un catalán de Perpiñán. Allí pudo ampliar sus conocimientos sobre el chocolate desde una vertiente de delicada sofisticación, propia de la confitería francesa. Pero, además, fue allí donde lo dirigieron hacia lo que determinaría su futuro profesional y personal.

Su estancia en París llegaba a su fin cuando el jefe del obrador le hizo una última recomendación:

—Mira, Antoni, si lo que quieres es aprender de verdad los secretos de la pastelería francesa no puedes irte de aquí sin conocer el trabajo de Étienne Tholoniat.

—He oído hablar de él, ganó un premio de pastelería no hace mucho, ¿verdad?

—El de mejor artesano en el primer concurso de repostería después de la guerra, hará unos tres años. No hay nadie que se le pueda comparar trabajando

el caramelo, te lo aseguro.

—¿Y dónde puedo encontrarlo?

— En la Chocolaterie Tholoniât, en el décimo distrito, cerca de la Gare del Este.

Antoni no dudó en presentarse ante aquella pastelería, inaugurada en 1938 por el maestro. Y el encuentro, tal como le había asegurado el jefe del obrador, fue todo un descubrimiento. Desde que había sido distinguido como mejor artesano, Étienne Tholoniât se estaba forjando una reputación internacional gracias a su trabajo con el azúcar. No faltaba mucho para que se convirtiera en el número uno del mundo en esa labor, por la que se ganaría el título de Rey del Caramelo.

Al joven Escribà no le costó nada ver que el reconocimiento obtenido por el maestro era el resultado de sumar esfuerzo y genialidad. Desde que, a los catorce años, había decidido hacerse pastelero, el principal afán de Tholoniât había sido dominar la dilatada tradición confitera de su país. A aquellos conocimientos les añadía una creatividad voraz, que concebía la elaboración de cada dulce como un reto imaginativo e incluso artístico. Al igual que Antoni, *monsieur* Tholoniât era un apasionado de su profesión, en la que vertía sus habilidades y un ferviente entusiasmo. Por eso, siempre encontraba la manera de arañar un rato al día para deleitarse trabajando y experimentando con el azúcar. El nuevo maestro, además de abastecerle de conocimientos, proporcionó al joven Escribà la confirmación de lo que ya había captado en Barcelona: que el trabajo del pastelero iba mucho más allá de la elaboración de dulces. Si se ponía el alma, el obrador podía convertirse en una fábrica de sensaciones, ilusiones y sorpresas.

Pero, mientras las enseñanzas de Étienne Tholoniât iban enriqueciendo su bagaje, el joven pastelero aún ignoraba que su futuro estaba a punto de dar un giro.

B ARQUILLOS

Diciembre de 1957

En nueve años no había vuelto a pisar aquel vestíbulo señorial, pero las sensaciones que tuvo Alba al avanzar hacia el ascensor fueron las mismas que entonces. Quizás el motivo era que ella no había cambiado mucho en todo ese tiempo, aunque un poco sí lo había hecho, ya que se decidía, por fin, a ir a visitar a Cecilia.

La visita, sin embargo, era un cierto modo interesada. Se lo había pensado mucho durante meses y meses de angustiosa incertidumbre, hasta que se había convencido de que era la única persona que podría aconsejarla. La experiencia que la mujer había vivido treinta y un años atrás tenía puntos en común con lo que estaba viviendo ella, así que le sería fácil ponerse en su lugar sin juzgarla.

Desde que se había topado de forma fortuita con Joaquín, la existencia de la pastelera había dado un giro inesperado. Y lo más insólito era que no entendía cómo podía haber llegado al punto en que se encontraba ahora. Al principio todo había sido fácil y espontáneo, pero, casi sin darse cuenta, se había ido envolviendo en una madeja que no se veía capaz de deshacer.

El encuentro inesperado con él en el cine le parecía providencial, lo que no acababa de ver claro era si por suerte o por desgracia. Todo dependía del estado de ánimo en que se encontrara, que se había vuelto muy voluble en los últimos dos años. Algunas veces estaba convencida de que conocer al abogado había sido su peor desdicha; otras, en cambio, una certeza de amor muy honda la inundaba y daba gracias por haberlo reencontrado.

La tarde que había ido a buscarla a la pastelería, unas semanas después de coincidir con él en el Fantasio, Alba se había asustado como nunca. Porque no se trataba de un encuentro casual, sino de un choque abierto y provocado que la dejaba sin escapatoria posible.

—¡Hola, reina de los confites!

Su saludo la devolvió a los domingos de siete años atrás, cuando atendía a los clientes en la pastelería y él la iba a visitar. Aquello la enfureció, dado que le parecía insultante que se dirigiera a ella como si nada hubiera pasado y ella, encima, tuviera que reírle la ocurrencia.

Ante la chulería del abogado, ella optó por la cortesía y siguió su camino a casa. Pero el abogado no se rindió y continuó con su conversación jovial y eterna, como si ni el tiempo ni los acontecimientos hubieran influido en sus momentos presentes. Poco a poco, y ante su propio desconcierto, Alba se encontró charlando con él, ubicada en el mismo espejismo atemporal desde el que él la llamaba.

Aquella noche había constituido el fin de la contienda entre su naturaleza moral y sus instintos. Aunque otra guerra estaba a punto de empezar. Después de acceder a seguirle la corriente, Alba había terminado aceptando su propuesta de tomar un café con él al día siguiente. Casi no se podía creer que le hubiera dicho que sí, teniendo en cuenta cómo se había portado con ella la última y única vez en que habían tomado algo juntos. Pero una premonición extrañamente tangible la alertaba y la espoleaba a un tiempo, y ella se había dejado llevar impulsivamente por la segunda.

Aunque aquello la llenaba de sentimientos encontrados, la fuerza de una certeza inexplicable y magnética la arrastraba sin remedio.

La noche previa a la cita había dormido con un sueño intranquilo, alterada por la desazón. No podía detener los escenarios mentales que reproducía su cerebro, anticipando lo que podría pasar y cómo actuaría ella. Cuando se levantó para ir a trabajar, aún dudaba sobre cómo debía vestirse.

No quería acicalarse demasiado para no levantar sospechas ni en casa ni en el trabajo y, además, tampoco quería que el abogado pensara que se ponía guapa para él. Sin embargo, terminó poniéndose un traje de piqué de cuadros escoceses que había comprado hacía poco en los almacenes Capitol. La falda almidonada y la cintura ceñida por un lazo del mismo tejido le favorecían mucho, y le daban un toque de discreta elegancia. No obstante, no había llegado a la altura de él, que lucía impecable con un refinado traje color marengo de amplias solapas y grandes hombreras, que acentuaban la corpulencia que había ganado en aquellos años. El aspecto que ofrecía iba en concordancia con el local que había elegido para invitarla. El Oro del Rin, famoso por sus tertulianos y peñas, y que había atraído a literatos como

Federico García Lorca o Max Aub, ofrecía un ambiente de distinción y amplitud. No se hallaba muy lejos de la pastelería, y seguramente por eso Joaquín lo había elegido como lugar de encuentro.

Alba solo había tenido que caminar diez minutos siguiendo la Gran Vía hasta que había llegado a la cafetería, situada en la Rambla de Cataluña, junto al cine Coliseum. La calidez amable de la tarde estival invitaba a disfrutar de las últimas horas del día, por lo que no le sorprendió que la terraza estuviese llena de gente.

El nerviosismo que la había acompañado durante todo el día se agudizó al ver al abogado sentado a una de las mesas, pero un coraje irracional la sostenía y alimentaba su convencimiento de que tenía que seguir ese camino. De repente, la intranquilidad cedió y una familiaridad confortable se instauró entre ambos. Joaquín se interesó por su progreso en el obrador y por cómo le iba la vida. De manera muy imprecisa, parecía querer saber si todavía seguía soltera. Ella lo puso al corriente de todo, un poco violenta al hablarle de su condición de mujer casada, ya que había aceptado citarse con él. Pero la actitud afable que le mostraba la calmó y, entonces, fue ella quien le preguntó por su situación actual.

Como nunca antes, se sentía cercana a aquel hombre que tanto la había intimidado, y las dudas, los miedos y la preocupación se diluyeron en el agradable entendimiento que les acercaba. Por primera vez, se mostraba tal como era, a pesar de no dejar de lado el sutil cinismo con que trataba de disimular las que él consideraba sus debilidades.

Solo hacia el final, cuando el cielo se ennegrecía y había que pensar en volver a casa, él quiso sincerarse. La hora tardía, que desdibujaba las formas y los colores en un oscuro anonimato, parecía propiciar las confesiones.

—No sé tú, pero yo tengo la sensación de que estoy desperdiciando mi vida. Ya hace unos años que me pasa, y no es que no sea feliz, al contrario. El problema es que desde que nació el niño todo se reduce a hacer siempre lo mismo. A mi mujer le parece bien, y yo estoy contento de haber encontrado la estabilidad, pero no quiero limitarme a dejar que el tiempo pase.

Alba lo escuchó en silencio. Le daba mucha vergüenza hablar de vida marital con él, pero entendió enseguida a qué se refería. Había reconocido aquel desasosiego en la llamada que le lanzaba desde la socarronería con que adornaba su actitud hacia ella. Sabía que no quería mostrarle su vulnerabilidad, que lo que intentaba era transmitirle una sensación de poder

que la dejara en sus manos para hacer de ella el catalizador de aquella necesidad que se veía forzado a contener.

—Tenemos que volver a vernos, Alba, y recuperar los años perdidos.

Empujada por la vehemencia incomprensible que le anulaba la cordura cuando estaba con él, la pastelera asintió. En aquellos momentos no había lógica, convicción o norma capaz de doblegar aquella potencia que la arrastraba y que dio paso a encuentros esporádicos en su bufete.

El primero se había iniciado como una especie de continuación del que tuvieron en el café, cómodo, cordial y sincero. Pero la conversación pronto derivó hacia la revelación de las intimidades de cada uno, que les acercó aún más. En aquella complicidad descarnada no hubo lugar para nada más que para la aceptación del designio que los hacía huir de las convenciones, y que se materializaba en un mero impulso irrefrenable.

De repente, lo que había quedado en suspenso en la cocina de los Vidal volvió desde los abismos de los tiempos y, como entonces, se besaron con un ansia inmoderada. A diferencia de aquella noche lejana, Alba no se resistió, porque sabía que no había maldad ni perdición en ese deseo genuino. Que si sus cuerpos se coordinaban de tal manera era porque había un propósito fatídico que no podían rehuir. Se le hacía presente en las manos de él, que la desnudaban y la exploraban mientras la llenaban de un placer desconocido. Nunca antes había experimentado una conciencia igual, hecha de carne y de impulsos. Un discernimiento que transformaba el presente en todo un universo donde solo estaban ambos, acoplados al ritmo de una cópula salvaje y cósmica.

Desde aquel día, la pastelera había ido adentrándose en un mundo sensitivo que compartía con Joaquín. Juntos sondeaban senderos eróticos conducidos por la voluptuosidad de ella y la imaginación de él. Unas incursiones que le habían desvelado una faceta ignota no solo del abogado, sino también de ella misma, y que disparaban su pasión hasta límites cenitales.

Sin embargo, pasados los primeros meses, el abogado había ido distanciando los encuentros exageradamente. Alba, que sabía bien que debía ser prudente, no entendía que tuvieran que esperar tantísimas semanas para verse. Y le dolía que fuera precisamente él, que había ido a buscarla y que se quejaba de la monotonía, quien limitara deliberadamente los momentos de placer.

No era fácil tampoco para ella escaparse, ni mantener la ocultación de una

relación prohibida que, en caso de ser descubierta, podría acarrearle mucho más perjuicio que a él. Al fin y al cabo, a los hombres, a pesar de no estar bien visto, siempre se les perdonaban las infidelidades, más que nada porque eran los que mantenían la casa. Si, Dios no lo quisiera, su aventura se descubría, él acabaría siendo perdonado por su mujer, que no querría tener que criar sola a los niños. Pero ella, en cambio, no sería exculpada por nadie.

Todas aquellas reflexiones la hacían cuestionarse si era «la magia del dulce» la que los unía o si, por el contrario, había caído bajo los efectos de un maleficio. Cuando estaba con él le parecía evidente la influencia benéfica de aquel poder que la protegía desde siempre. En cambio, cuando la separación se volvía un desierto estéril de días sin fin, sentía planear sobre aquella condena la fuerza perniciosa de un conjuro.

La incompreensión por la actitud de Joaquín, sumada a los remordimientos que sentía, la había empujado finalmente a llamar a Cecilia en busca de consejo. La dama, que en un primer momento no le había reconocido la voz, se había alegrado mucho al saber de ella, y casi no había podido creer que quisiera ir a visitarla. Por eso cuando la recibió, en ese salón suntuoso donde le había revelado sus orígenes, se mostraba complacida y exultante.

Alba no quiso extenderse en frases formales, porque necesitaba pasar el mal trago de confesar su falta cuanto antes.

—Lo que estoy viviendo ha hecho que me dé cuenta realmente de lo que debía pasar usted. Siempre había pensado en el hecho del embarazo, la vergüenza que suponía, todas estas cosas, pero no había tenido en cuenta cómo debió de sentirse antes de eso. Si llegó al punto de quedarse embarazada, tendría unos sentimientos muy fuertes hacia aquel chico, porque usted no era una fulana.

—¡Por supuesto que no! Era mi novio y lo quería como no he querido a nadie. No digo que más o menos, pero como él, a ninguno. Quizás porque era muy jovencita y fue el primero, no lo sé, pero si quieres que te diga la verdad, no lo he olvidado ni creo que lo haga.

—¡No me diga eso! Es terrible vivir así, con esta incertidumbre y estas ganas de verlo, sabiendo que es imposible. No entiendo cómo ha podido soportarlo.

—Mujer, el tiempo ayuda y tampoco lo vivo con la intensidad de entonces. Poco a poco vas dejando de pensar en él tan a menudo, las ganas de verlo acaban desapareciendo y un día te das cuenta de que se ha convertido en un

recuerdo.

—Suenan tan triste eso... Con lo maravilloso que es estar juntos, sin problemas, solo riendo y disfrutando. Ya sé que cuesta encontrar el momento, pero yo lo encontraría. A él, en cambio, parece que le dé igual verme o no. Lo que no entiendo es que cuando nos encontramos lo veo feliz como nunca, disfruta más que yo. Por eso no entiendo su comportamiento.

—Ni lo entenderás. Mira, si lo piensas, seguro que todos los chicos que has conocido han hecho lo mismo en un momento u otro. Eso es porque los hombres no piensan como nosotras, son más dispersos. Por más que quieran a una mujer, no tienen la misma capacidad de sacrificio y abnegación que ella. Se les hace una montaña hacer cualquier cosa que se aparte de su rutina.

El recuerdo de Enrique poco antes de prometerse asaltó a la pastelera, y le sorprendió no haberse dado cuenta de la similitud entre su actitud y la del abogado.

—Alba —prosiguió Cecilia, tras la pausa que había seguido a su última reflexión—, te agradezco mucho que te hayas confiado a mí. Puedes estar tranquila, yo no te juzgo, creo que nuestras leyes son demasiado estrictas y la sociedad aún más. Yo tengo la suerte de poder viajar, y fuera de aquí las mujeres tienen mucha más libertad. Ojalá algún día esto sea así aquí también, pero me parece que va para largo... Esto solo te lo digo a ti, ¡si mis amistades me oyeran pondrían el grito en el cielo! Has hecho bien en venir a verme, porque créeme que te entiendo, sé lo que es estar con el hombre que te ilusiona y saber que, a pesar de todo lo que sentís, no podréis estar juntos. No quiero que te rompan el corazón, sea él o sean las circunstancias, como me pasó a mí, pero soy consciente de que no se puede luchar contra esta atracción. Lo único que te puedo decir es que tengas mucho cuidado. Que, por más que lo quieras, no pongas toda la carne en el asador si él no lo hace. Trata de hacer tu vida, que ya es bastante plena y feliz, y piensa en él lo menos posible.

Mientras bajaba en el ascensor, de vuelta a casa, recordaba aquella última advertencia. Pero cómo dejar de pensar en él, se preguntaba, cuando el recuerdo del universo placentero que creaban juntos la llenaba de un gozo sideral, cuando la reminiscencia de sus caricias era tan profunda que le llegaba al encéfalo y allí se quedaba, impidiendo que pensara en otra cosa.

* * *

Las voces de las mujeres en la cocina eran como una música de fondo que lo ayudaba a concentrarse. Aunque pudiese parecer lo contrario, era como una cadencia que lo arropaba, porque llegaba aromatizada de olores caseros.

Había sido una buena idea por parte de Alba invitar a su madre y a su abuela a hacer barquillos juntas, a pesar de que en un primer momento a Enrique le había parecido poco acertado. No entendía que quisiera dedicar su día libre a hacer lo mismo que en el obrador. Enseguida, no obstante, había acabado comprendiendo que se trataba de un acto de acercamiento y de estima, una especie de ritual para recuperar emociones del pasado. Elvira había cumplido ya los noventa y su salud de hierro comenzaba a ir a menos; era lógico, pues, que su nieta quisiera regalarle una tarde como las de antes.

El sonido rítmico de batir llegó hasta el comedor, acompañado de un olor a limón. La esencia se imponía sobre la mezcla de harina, mantequilla, huevos y azúcar para impregnar el aire de una tenue acidez. En la atmósfera aromática y sonora, Enrique se encontraba a gusto, porque él también conectaba con la ilusión de un tiempo que lo devolvía a la infancia. Era un ambiente propicio para la labor creativa que había iniciado hacía muy poco.

Tras cinco años haciendo colaboraciones fijas en algunos semanarios humorísticos, hacía poco que había firmado un contrato en exclusiva con la editorial Bruguera, lo que le había permitido dejar su trabajo en la lechería para dedicarse a dibujar historietas y portadas de libros. Esas Navidades le habían proporcionado algunos encargos del extranjero que pagaban muy bien, aunque no le dejaban firmarlos ni quedarse con los originales. A pesar de ello, que su vocación se hubiera convertido en su trabajo y que remunerasen su creatividad lo compensaba del agravio.

Más que nunca entendía lo que sentía Alba al haberse dejado llevar por la llamada poderosa que la había atraído casi desde la cuna. Un impulso exigente cuyo precio podía ser muy elevado, ya que se nutría de sacrificios y devoraba, glotón, cualquier otro anhelo. Sin embargo, consagrarse a aquella pasión era como una efervescencia que hacía hervir el caldo existencial. La satisfacción, el orgullo y el entusiasmo se inflamaban en aquella combustión que daba calor a una vida que ya no era tibia ni consistía únicamente en un ir tirando.

El momento prometedor que vivían ambos lo hacía alegrarse de haberla apoyado. A veces, incluso, vislumbraba cómo «la magia del dulce» ejercía su poder prodigioso también en él. Como si gratificase su bondad haciendo realidad su deseo, al igual que ocurría en los cuentos de hadas.

Pero, aunque no fuera así, él experimentaba el mismo placer al ver hasta dónde había llegado Alba. Le gustaba haber contribuido, aunque fuera indirectamente, al éxito que constituía que una mujer se convirtiera en pastelera. Porque sabía que alcanzar aquella meta era más meritorio aún que su logro como dibujante.

También se daba cuenta de que su compenetración artística era más poderosa que el nexo matrimonial. No era un pacto inamovible sometido a una normativa inflexible, sino una opción elegida y solo sujeta a la propia voluntad. Aquello les proporcionaba la armonía necesaria para convivir y llenaba el vacío que había dejado la pasión.

El efluvio cítrico fue desapareciendo en la calidez fragante que desprendía el horno. Las mujeres habían horneado ya las porciones circulares de pasta y esperaban a que se dorasen para enrollarlas antes de dejarlas enfriar. El calor perfumado que le llegaba de la cocina lo trasladó a la época en que Alba lo sorprendía con pequeños prodigios dulces. Eran como estallidos de felicidad que rutilaban en la grisura miserable que los comprimía. Humildes porciones de júbilo que, de manera mágica, volvían a conectarlo con la alegría de la infancia.

Había pasado una década, y los años oscuros que había traído la posguerra comenzaban a llenarse de una luz naciente. El aislamiento internacional con que el régimen de Franco había sido castigado por su colaboración con las potencias del Eje se había roto, y ya no era necesario limitarse a la autosuficiencia. Salir de aquel confinamiento hacía vislumbrar una perspectiva de progreso a todos los niveles, sobre todo desde que España había sido admitida en la ONU y otros organismos poderosos del extranjero.

El lápiz se deslizó ágilmente sobre el papel dejando un rastro de grafito y, mientras esbozaba las figuras de la historieta, Enrique fue consciente de que de no haber sido por la coyuntura actual nunca habría conseguido aquel encargo. Probablemente hubiera continuado con sus colaboraciones en publicaciones nacionales, pero los ingresos que obtenía de ello no le hubieran permitido dejar su antiguo trabajo. Darse cuenta de ello lo hacía valorar aún más el presente, que contemplaba desde la perspectiva de un triunfo prometedor.

Y esperaba que ese porvenir trajese también el fin del confinamiento de su padre.

C ROISSANT

—Es toda una dama, Joaquín, pero de las de verdad. Cómo se nota que es de París. Ya te digo yo que Antoni no podría haber encontrado una chica mejor para casarse.

La mujer del abogado llevaba un buen rato hablando de la esposa del pastelero, Jocelyn, que había conocido en Escribà mientras compraba el roscón de domingo y los nuevos *croissants* que habían incorporado a su oferta. Mientras el marido la escuchaba desde detrás de la mesa del escritorio de su despacho, ella le iba contando todo lo que había podido saber sobre la parisina.

Aquella muchacha, guapa y grácil, era hija de Étienne Tholoniati, el maestro pastelero francés que había enseñado a Antoni los secretos del azúcar. La primera vez que se habían visto, cuatro años atrás, la chica había quedado sobrecogida ante la visión del joven que preguntaba por su padre, debido a su estrambótica indumentaria. La llamativa americana de cuadros que vestía contrastaba con los pantalones de color beige bajo los que sobresalían unos relucientes zapatos de charol blanco. La extravagancia de la vestimenta tenía su colofón en la corbata, que él mismo había pintado con una chica negra de pechos generosos tocando los bongos. El choque visual había sido impactante para Jos, pero, en el fondo, le había divertido mucho.

A partir de entonces, el pastelero empezó a visitar al Rey del Caramelo cada tarde para que le enseñara a moldear esta sustancia cristalina. Una noche en que el trabajo se alargó demasiado, el maestro propuso al joven que se quedara a cenar con él. Fue entonces, durante la cena, cuando su hija tuvo ocasión de oír hablar al muchacho, y quedó fascinada. Su manera de expresarse, lo que destilaba su personalidad, le transmitió el hechizo de una genialidad que ella enseguida supo ver que provenía del arte.

Cuando Antoni tuvo que volver a Barcelona, el contacto con Jos se mantuvo. Aquel tiempo de separación se les hizo difícil de soportar y les

sirvió para darse cuenta de que lo que querían era estar juntos. Así que, al cabo de cuatro años de su peculiar encuentro, decidieron casarse.

La década de los sesenta acababa de empezar y el país estaba a punto de iniciar un período de desarrollo económico nunca visto. El joven matrimonio Escribà encaraba aquel nuevo escenario con una perspectiva de lo más prometedora, ya que, poco después de la boda, tomaron el relevo de Antonio y Pepita. Él al frente del obrador, donde materializaba todo lo que germinaba en su fantasía, y ella en la tienda, que se beneficiaba del refinado toque de elegancia que le aportaba. Antoni y Jos se convertían así en la tercera generación Escribà, y todo apuntaba a que llegarían a ser mucho más que el relevo de un legado de prestigio.

—Ten, este es uno de los *croissants* que hacen ahora. Pruébalo. Ya verás qué diferencia con los de antes.

Joaquín vio cómo la mujer cerraba la puerta del despacho tras de sí, después de dejar el dulce sobre la mesa del escritorio. Le faltaba muy poco para terminar la documentación que preparaba, así que pospuso el momento de saborear el *croissant*. Cuando lo hizo, lo encontró mucho más sabroso y crujiente, pero, al mismo tiempo, más meloso, con un gusto ligeramente dulce, suavizado por una esencia láctea deliciosamente perceptible.

El abogado ignoraba que aquel bollo en forma de media luna era el primero hecho con mantequilla que se elaboraba en España, como tampoco sabía que Jocelyn Tholoniát había sido la impulsora de este nuevo hito de los Escribà.

Cuando hacía apenas dos meses que se había casado, le había dicho a Antoni que no le gustaban nada los *croissants* de Barcelona. El sabor y la textura que les daba la manteca con que se hacían nada tenían que ver con aquellos a los que ella, que había crecido en una familia de larga tradición pastelera, estaba acostumbrada.

—Si no puedo desayunar cada mañana un *croissant* de mantequilla —le había dicho a su marido con picardía—, me vuelvo a París.

Aunque lo había dicho medio en broma, desde aquel día, el pastelero empezó a elaborar los *croissants* a la manera francesa, con un buen laminado de capas finas de masa y de mantequilla que, una vez horneadas, se transformaban en una sabrosa pasta hojaldrada, dorada y olorosa.

Esa no era la primera novedad que Antoni traía del país vecino. Cuatro años antes, había sorprendido a la clientela incorporando a los roscones de Reyes una corona de cartulina colocada en medio del anillo de brioche. La

idea le surgió al ver que en Francia decoraban la *galette des Rois* con aquel símbolo de poder. Una vez en Barcelona, adaptó la idea a los roscones y tuvo tanto éxito que se convirtió en una nueva tradición. A partir de entonces, quien encontrase la figurita escondida en el dulce podría lucir la corona de cartón.

Mientras saboreaba el *croissant*, a Joaquín le asaltó el pensamiento de que debería contactar a Alba. Hacía casi dos meses que la había visto por última vez, y solo habían intercambiado unas pocas frases. Era lo que solían hacer cuando él se pasaba por la pastelería a la hora en que ella acababa su turno, o bien, en la parada del tranvía que cogía para volver a casa. Mientras fingían una conversación formal, aprovechaban para concretar cuándo sería el próximo encuentro. En aquella última ocasión, el abogado se había disculpado por su exceso de trabajo y le había asegurado que sería imposible que se pudieran ver en las siguientes semanas. Ella parecía haberlo aceptado con entereza, pero Joaquín estaba convencido de que solo era una pose que ocultaba su profunda decepción.

Hacía cinco años, prácticamente desde que habían iniciado la relación, que era consciente de que Alba no tenía bastante con lo que le ofrecía. De hecho, le sorprendía la paciencia que ella le demostraba y lo mucho que llegaba a ponerse en juego, teniendo en cuenta lo poco que recibía. Sin embargo, él no podía hacer otra cosa. Se debatía entre la presión real de sus deberes, laborales y domésticos, y el miedo temible de terminar perdiendo la cabeza. Porque cada vez se le hacía más duro mantener a raya la atracción que el trato con ella había despertado en él, con una pujanza fatal y poderosa.

La única manera que tenía de mantener la cabeza fría era apartarse de ella. Mantenerla lejos hasta que se sintiera lo suficientemente fuerte para responder a su canto de sirena y sumergirse en un disfrute abisal sabiendo que volvería a tierra. No se podía permitir abrazar demasiado tiempo aquel placer confortable y excitante, dúctil y fantasioso, que le hacía manifestar su identidad más auténtica. Si lo hacía, sabía que no habría marcha atrás. Que ya no podría prescindir de aquel estado de placentera estimulación que arraigaba en otras emociones más profundas y que podría hacerlo exageradamente feliz.

* * *

El agua y la sal, también el azúcar, la crema de leche y la levadura, todo, fue a parar dentro del volcán que Alba había hecho con la harina. A pesar de las

horas que se pasaba en el obrador, nunca se cansaba de preparar dulces en casa en el tiempo que le quedaba libre. La elaboración casera tenía el poder de doblar los años, como un agujero de gusano en el espacio-tiempo, y en aquel atajo que la devolvía al pasado se sentía reconfortada.

Desde la Navidad de siete años atrás, en que había decidido hacer barquillos para animar a la abuela, se había acostumbrado a preparar pasteles como un homenaje al pretérito. Aquella había sido la última vez que habían cocinado juntas, ya que la anciana había muerto tras las fiestas navideñas. Una noche de enero que no olvidaría, la mujer se fue a la cama para no levantarse nunca más. El descanso perpetuo en que cayó fue difícil de asumir, porque había estado tan vinculada a la existencia de su abuela que no tenerla cerca le parecía una especie de amputación. Desde entonces, Alba realizaba aquel acto de alabanza como una celebración de su memoria, que nacía y moría con el dulce. Porque incluso su fallecimiento había llegado endulzado con el meloso abrazo del sueño.

La pastelera mezcló todos los ingredientes para obtener una pasta homogénea y, cuando lo consiguió, la tapó con un paño húmedo para evitar que se hiciera costra. Mientras dejaba que fermentara, aprovechó para ordenar el desbarajuste que se había formado en la cocina.

Cuando la abuela Elvira murió, ella acababa de cumplir los treinta y uno y, por primera vez en la vida, notó que los años comenzaban a pesarle. A partir de ese momento, tuvo la impresión de que el tiempo se aceleraba. Entre los veinte y los treinta las horas habían tenido otra consistencia; a partir de los treinta, en cambio, una cruel alteración cronológica parecía haber afectado a los días, que se sucedían con mucha más rapidez que los minutos de antes.

A veces pensaba que quizás una de las causas de aquel fenómeno era que en el obrador no paraban de pasar cosas. No hacía mucho, por ejemplo, el mismísimo Pablo Picasso había enviado una litografía a Antoni en agradecimiento a una mona que le había hecho. Todo empezó cuando, su marchante y galerista, Joan Gaspar, se había presentado en la tienda para contarle al pastelero que el artista no paraba de repetir que quería «ver a Colón». Según él, aquello significaba que Picasso añoraba Barcelona, donde hacía muchos años que no había vuelto porque había prometido no pisar territorio español mientras gobernara Franco. Así pues, Gaspar, que tenía previsto viajar a Francia a visitarlo, había pensado que podría llevarle una mona de la estatua de Colón.

Cuando lo supo, Alba se preguntó cómo iba a hacerlo Antoni, ya que la Semana Santa apenas había finalizado y estaba agotado después de tres meses de constante trabajo dedicado a los pasteles de Pascua. Pronto halló la respuesta, al descubrir que, en vez de la estatua de Colón, había hecho un pedestal que coronó con un huevo de chocolate atravesado por un dedo. Picasso, al ver aquella pieza, se quedó tan impresionado que le regaló la litografía.

Poco después de aquello, Antoni se casó con Jos, tomaron las riendas del negocio y él se convirtió en el Jefe, el apelativo cariñoso que le pusieron los compañeros de Alba.

No hacía mucho que la pareja se había puesto al frente de la pastelería cuando, una mañana de agosto, Alba leyó estremecida que Marilyn Monroe había muerto. No se podía creer que la estrella de cuerpo celeste y sensual hubiera dejado el colapso gravitatorio de su nebulosa para orbitar para siempre en otro universo. Constatar lo efímera que había sido la trayectoria de aquel astro la hizo enfrentarse a su propia fugacidad, no solo porque la artista tenía su misma edad, sino porque demostraba lo fácil que era desprenderse de la cúpula del cielo y consumirse, de repente, en un fulgurante estallido.

A través de la ventana de la cocina se colaba la luz otoñal. Bajo aquella luz, Alba hizo una fina lámina de mantequilla cuadrada y, después, estiró la masa con un rodillo hasta que consiguió que doblara su tamaño. Haciendo un sobre, envolvió la mantequilla con la masa y la estiró de nuevo hasta que obtuvo tres veces el tamaño inicial. Entonces, hizo un doble pliegue y dejó que reposara en la nevera, tapada, como antes.

El otoño que siguió a la muerte de Marilyn, Alba puso fin a su relación clandestina con Joaquín. No le quedó otra alternativa, ante la constatación de que él no quería otra cosa que los encuentros fugaces que tenían en su bufete. Ella, en cambio, deseaba mucho más.

Desde el día en que habían intimado en su oficina, Alba había sabido identificar la vivificante pulsión que los empujaba. No se trataba de un flechazo, sino de saber a ciencia cierta que vibraban en la misma frecuencia. Por eso había dejado de luchar contra la atracción que los empujaba. Desde muy pequeña, había tenido un convencimiento absoluto en la limitación perceptiva de los humanos. Veía que había infinidad de conceptos que escapaban al raciocinio y, en consecuencia, al conjunto de normas y enseñanzas que determinaban la rectitud del comportamiento humano. Por este

motivo, siempre había evitado juzgar a los demás, y le había sido relativamente fácil perdonar tanto a su familia como a Cecilia. También, gracias a ello, había podido asumir los remordimientos que le provocaba su relación oculta.

Cuando la atormentaba el pesar, miraba atrás y se daba cuenta de que no había sido deliberado conocer a Joaquín, ni los sentimientos que le despertaba ni volvérselo a encontrar al cabo de los años. Todo había ido surgiendo de forma espontánea y había reincidido en el tiempo, a pesar de los esfuerzos que ella había hecho para desviar aquella conexión que no sabía decir si era amor. Siempre había pensado que aquel sentimiento ponderado y noble era el que experimentaba por Enrique, pero los años y las vivencias le habían hecho ver que era difícil de precisar, que en el corazón germinaban toda clase de afectos y de instintos difícilmente calificables. Por eso, fuera lo que fuese lo que la acercaba al abogado, ella quería explorarlo, porque en los momentos fugaces en que se entregaban el uno al otro ella vislumbraba un horizonte resplandeciente.

Joaquín, en cambio, nunca había querido dejar que la relación siguiera su curso, y había hecho todo lo posible para boicotearla. Las excusas y las justificaciones para alargar al máximo el tiempo entre los encuentros habían sido las armas con que había conseguido evitar adentrarse en aquella línea radiante en que se podría haber convertido el futuro.

Ese año una nevada única trajo a las calles de Barcelona una Navidad de postal. Nadie recordaba una imagen como aquella, que quedó inmortalizada para siempre en infinidad de recuerdos gráficos y, sobre todo, sentimentales.

Mientras evocaba todo aquello, Alba había repetido tres veces más el proceso de estirar la masa y la mantequilla hasta que había obtenido el triple del tamaño inicial. Entonces, la había reservado durante una hora, en la que comenzó a preparar el pisto con que acompañaría el bacalao que había comprado para comer.

Enrique, mientras tanto, seguía dibujando en el comedor, como cada día. Solo de vez en cuando se desplazaba a la redacción de la editorial para entregar los encargos que le hacían. A la pastelera le gustaba verlo tan satisfecho, porque su bienestar se sumaba al que experimentaba ella en aquellos tiempos de pujanza en el obrador.

La nueva etapa que se había iniciado hacía tres años en la pastelería, con Antoni y Jos a la cabeza, avanzaba paralela al éxito. El talento del Jefe

modelando el chocolate había cruzado fronteras, y había sido galardonado con un par de medallas de oro en concursos de pastelería internacional.

La fama y la excelente reputación que iba consiguiendo Escribà habían ayudado a Alba a superar la ruptura con Joaquín. Una vez asumido que no podía incluirlo en el futuro radiante que se planteaba, focalizó toda aquella pasión en sus progresos reposteros. De pronto, recuperó el sueño primigenio de tener su propia pastelería, una quimera que había quedado aletargada por la complacencia que le producía trabajar en el obrador. Ahora, en cambio, todo se aliaba para hacer realidad ese anhelo. Tenían dinero ahorrado y, además, Enrique se ganaba bien la vida y podía trabajar desde cualquier lugar.

El recuerdo de la época en que estuvieron a punto de embarcarse en aquella aventura la asaltó justo cuando estiraba la masa. Cuando consiguió que tuviera unos tres milímetros de espesor, la cortó en forma de triángulos, que fue enrollando para darles forma de *croissant*. Después, dejó que fermentasen sin tapar.

La idea de abrir una pastelería había ido tomando forma poco a poco y, a finales de 1963, comenzaron a mirar locales disponibles en el Masnou. El espacio de calma inspiradora y la cercanía con la Ciudad Condal, donde residían sus familias, habían convencido a Alba y a Enrique de que aquel era el mejor emplazamiento para iniciar su nueva etapa vital. Ella lo había descubierto muchos años atrás gracias a su padre, que lo conocía por ser el lugar de nacimiento de Rosa Sensat, la directora de la Escuela del Bosque, donde él trabajaba.

A medida que iba pintando con yema de huevo los *croissants* ya fermentados a la pastelera se le hizo presente aquel sueño finalmente frustrado. Una dolorosa tristeza la invadió mientras los metía en el horno. Pero la pena que sentía no era por haber tenido que abortar su proyecto. Al fin y al cabo, le gustaba seguir en el obrador de los Escribà. Lo que de verdad le dolía era el motivo por el que había tenido que renunciar a él.

P ASTEL E SPECTÁCULO

Enero de 1967

Las primeras gotas de lluvia comenzaron a caer mientras amanecía, justo cuando Alba salía de casa. Con el paso de las horas, en la parte alta de la ciudad la precipitación se transformó en una débil nevada que solo cuajó en la montaña del Tibidabo.

Después de todo el día trabajando en el obrador, la pastelera se apresuró a llegar enseguida a la parada del tranvía. La lluvia seguía cayendo con intermitencia sobre la panorámica gris y gélida de aquella tarde genuinamente invernal, y deseaba estar en casa y sentarse en el sofá, muy cerca de la estufa.

Antes de eso, pensó mientras sentía el repique insistente del chaparrón sobre el viejo paraguas, comprobaría que Adela estuviese suficientemente abrigada. El avance de la demencia senil que sufría su madre había acentuado su fragilidad, y enseguida le bajaba la temperatura. Desde que se la habían diagnosticado, tres años atrás, justo cuando planificaban la apertura de la pastelería en el Masnou, la mujer se había instalado en su casa. No había sido una tarea fácil, porque se empeñaba en no dejar el piso donde había pasado más de media vida. Pero tanto Enrique como ella no consintieron en dejar que viviera sola mientras su estado de confusión mental y pérdida de memoria iba avanzando.

—Cuando se encuentre mejor podrá volver — le había tenido que decir Alba para convencerla—. Además, me irá muy bien que me eche una mano con la casa. Ya sabe que paso muchas horas fuera.

La mujer había acabado cediendo, resignada, y en aquella renuncia la hija vio que aceptaba instintivamente su enfermedad. Aquello la llenó de una tristeza tan punzante que se prometió que velaría siempre por su bienestar.

Fue entonces cuando se le ocurrió hablar con Cecilia, con quien seguía en contacto desde la tarde en que había ido a visitarla por segunda vez. Tal como

había pensado, la dama se mostró complacida ante la posibilidad que se le ofrecía de agradecer a Adela las atenciones del pasado.

A partir de ese día, mientras Alba estaba en el obrador, Cecilia se desplazaba a su piso y despertaba a la anciana, desayunaban juntas y salían a pasear. Después, era Enrique quien se ocupaba de ella hasta que la pastelera volvía a casa. El afecto que le dispensaban nutría los sentimientos de Adela, que, a pesar de la neblina en que se desdibujaba su conciencia, aleteaban en sus ojos cada vez que veía llegar a Alba o a Cecilia, las hijas que había engendrado desde el corazón.

El pensamiento de la pastelera se vio interrumpido por la presencia de un hombre que se situó muy cerca de ella. La luz mortecina del anochecer le impidió reconocerlo pero, al oírlo hablar, el bombeo de sangre del corazón se le detuvo.

—Hola, Alba.

Esta vez las palabras de Joaquín brotaban libres de cinismo. Ella tardó un poco en contestar, porque el flujo sanguíneo le acababa de llegar al cerebro e intensificaba en exceso su actividad mental. Cuando consiguió detenerla, le respondió con educación.

Después de más de dos años sin contacto, la conversación fue cortés y un poco tensa hasta que el abogado, de repente, soltó una sentencia sobrecogedora.

—Quiero que hagamos lo que tú decías.

—¿Qué?

—Tenías razón. Si la vida nos hace coincidir una y otra vez, a pesar de las circunstancias, por algo será, y quiero averiguar qué es.

—Ya es tarde, Joaquín.

—No es verdad, sabes tan bien como yo que no podemos luchar contra este destino, o lo que sea.

—Las cosas han cambiado mucho, mi madre está enferma y tengo que cuidarla, ahora soy yo quien no tiene tiempo.

—Lo encontraremos, estoy seguro, porque siempre todo conspira para que acabemos coincidiendo.

—¿Para qué? ¿Para vernos un rato y adiós? Francamente, ya no tengo edad para eso, ya he cumplido cuarenta y uno y no quiero vivir a salto de mata.

—Tú, que eres pastelera, deberías saber mejor que nadie que las cosas más importantes son efímeras. Me da igual que el futuro que nos espera sea breve o

que el tiempo que tengamos sea poco, es un riesgo que quiero asumir porque el resultado vale la pena.

Justo entonces, el tranvía se perfiló en el horizonte de los raíles. Al verlo, Joaquín pidió a Alba que lo dejara acompañarla con el coche hasta casa. Ella se negó y subió casi corriendo al vagón cuando se detuvo. No podía permitir que la convenciera. Ya no se veía capaz de soportar las sacudidas emocionales que había tenido que sufrir durante siete años con el abogado.

Una vez dentro del tranvía, temió que él también subiera. Lo temía, pero también lo deseaba. Por eso, cuando el vehículo arrancó, en vez de alivio notó como si le extirparan una última esperanza, la que, desde una secreta inconsciencia, había alimentado los últimos cinco años.

Durante los días siguientes Alba cayó en un abatimiento que hacía que todo lo que pasaba a su alrededor le pareciera tan inconsistente como lejano. Como si contemplara su realidad desde un islote rodeado por el mar salvaje de sus cavilaciones y, sentada en la cima del arrecife, no pudiera hacer otra cosa que esperar a que las olas se sosegaran para nadar hasta tierra firme.

El presente, sin embargo, acabó imponiéndose a aquella aflicción. Las motivaciones de Alba fueron arrinconando su trastorno a medida que se concentraba en ellas. De la mano del Jefe, a quien la prensa especializada calificaba de genio y al que los profesionales del sector tenían como referente, todo el personal vivía de manera estimulante el proceso que encumbraba los productos Escrivà. Los encargos se habían multiplicado, ya que eran muchos los que identificaban la pastelería con exclusividad y distinción. También cada vez eran más los que querían conocer las nuevas creaciones del maestro chocolatero.

Antoni Escrivà se había convertido en una eminencia de la repostería, y a menudo tenía que viajar para impartir conferencias y clases magistrales en todo el mundo. No obstante, seguía pasando gran parte del tiempo en Barcelona, donde continuaba creando sin descanso.

—Estamos condenados a morir—lo había oído decir una vez—, pero no obligados a ser viejos.

Aquella frase le hizo ver que el Jefe conservaba el espíritu de un niño, y le recordó la parte final de la dedicatoria de *El principito*: «Todas las personas mayores han sido niños antes (pero pocas lo recuerdan)». Antoni Escrivà lo tenía muy presente y, por ello, seguía ilusionándose cada día.

El invierno pasó y llegó una primavera lluviosa, de cielos a menudo

cubiertos. Una tarde oscura, de nubes grisáceas y prietas que enfriaban el ambiente, Alba vio que un coche se detenía a su lado al salir del obrador. Era un vehículo muy elegante, de un tono azul piedra muy parecido al del cielo. Cuando vio que lo conducía Joaquín quiso pasar de largo, pero era demasiado tarde. El abogado se había detenido en la calle y mantenía la puerta abierta, invitándola a subir.

—Esto tiene que acabar —le dijo la pastelera nada más sentarse sobre los confortables asientos color siena del Citroën Tiburón.

El abogado se disculpó y volvió a insistir en su discurso anterior. Ese comportamiento desconocido en él revelaba mucho más que todas sus palabras. Entonces, Alba se dio cuenta de que el hombre había dejado de lado la arrogancia con que se protegía, quién sabe de qué. Supo que le hablaba desde su espíritu más infantil, del niño que había sido y ahora recordaba para sublimar la potencia que le hervía dentro.

Después de tantos años de contenerse, Joaquín se le ofrecía ahora puro y verdadero. Sin embargo, la franqueza palpable con que se mostraba, más que satisfacerla, la entristeció. Porque los condicionantes que se interponían entre ellos seguían existiendo y no podían alterarlos sin evitar que se cobraran su tributo de sufrimiento.

—Lo que hacemos afecta a muchas personas, Joaquín.

—Y lo que no hacemos también. Quizás las estamos privando de encontrar otros caminos, o les contagiamos nuestra infelicidad.

—Yo soy feliz, mucho, y mi madre me necesita, al igual que tus hijos te necesitan a ti.

—Por poco tiempo, la niña pronto cumplirá catorce y el niño tiene doce. Pero tampoco te estoy diciendo que los abandonemos, solo te pido que no nos digamos adiós, que encontremos nuestro espacio para saborearnos, para continuar disfrutando, porque no quiero tener que renunciar a ello y pensar que el futuro será solo una prolongación de lo que tengo ahora. Quiero aferrarme a la idea de que un día podré estar contigo.

Un ruido delicado, como de patitas minúsculas que repicaban sobre los cristales del coche, puso la sinfonía al final a su discurso. La lluvia parecía caer a cámara lenta o, tal vez, era que el tiempo les otorgaba una pausa necesaria y quién sabe si merecida.

* * *

Mayo de 1977

—¿Qué son estos carteles?

A Alba no le fue necesario acercarse mucho a la fachada de pastelería Escribà para leer el eslogan de los carteles con que la habían empapelado: «Nosotros no podemos hacer política, pero sí buenos *panellets*».

Antes de que Cecilia tuviera tiempo de responderle, la pastelera soltó lo que pensaba.

—Me apuesto lo que sea a que es cosa del Jefe.

—¡Has acertado! Desde que comenzó la campaña electoral, los partidos pegan carteles a diestro y siniestro, ya has visto que todas las calles de Barcelona están llenas. Pues al final, como cada dos por tres tenía que dedicarse a retirar la propaganda de la fachada, Antoni Escribà se fue derecho a la imprenta y encargó sus propios carteles.

Alba sonrió. Aquella mañana, había querido acercarse a su antiguo puesto de trabajo, por lo que había citado a Cecilia en Escribà, donde la había sorprendido la nueva ocurrencia del Jefe. A pesar de los años y lo bien que lo conocía, el mago del chocolate continuaba teniendo la capacidad de sorprenderla. El pensamiento hizo que una aguda punzada de añoranza se le incrustara en el pecho. De repente había revivido el momento en que comenzó a trabajar en la tienda, y el instante venía acompañado del recuerdo de días aún más pretéritos, porque todo el peso de la memoria se le hacía presente y tenía los rostros de la abuela, de Adela, de la señora Pepita, del señor Escribà...

Habían pasado diez años de aquella tarde lluviosa en que Joaquín la había recogido en el coche. El paréntesis que se había abierto entonces había sido un ciclo de eventos que se sucedieron durante siete años, a lo largo de los cuales habían seguido con sus vidas de siempre. De una manera extrañamente fácil, en que se atisbaba el influjo de una cierta magia, encontraban el modo de coincidir, y aquellos encuentros les reafirmaban la intención de espera.

El mundo, mientras tanto, estaba patas arriba, perseguido por los cambios que los jóvenes impulsaban en el extranjero cuando protestaban en la Primavera de Praga, el Mayo francés, contra la guerra de Vietnam y la invasión de Checoslovaquia. Los aires de transformación se habían ido filtrando en la rigidez del franquismo hasta el punto de que, en 1969, el

Gobierno había promulgado un decreto que declaraba la prescripción de todos los delitos cometidos antes del fin de la Guerra Civil. Aquello significó la conclusión del confinamiento de su suegro, que pudo volver a pisar las calles el mismo año que el hombre ponía el pie en la Luna.

Un año después de aquello, Alba planteó por primera vez a Enrique la posibilidad de que se separaran. Él reaccionó con incredulidad. Estaba convencido de que habían llegado a una convivencia modélica, desapasionada, pero cordial, que era lo que se esperaba de un matrimonio feliz.

—Siempre he sido comprensivo contigo, no sé qué más quieres.

—Es cierto, y nos llevamos muy, pero una pareja no es solo amistad y afecto.

Al final, él había terminado por darle la razón. La conocía lo suficiente como para saber que lo que tenían no la llenaba, y se dio cuenta de que a él tampoco. Pero era mucho más cómodo seguir juntos que tener que enfrentarse a lo que suponía una separación. Así pues, tras aquella conversación que no se concretó en nada, optó por no volver a sacar el tema mientras ella no lo hiciera.

Dos años más tarde, Adela murió. El avance de su enfermedad había ido difuminando su esencia, pero, aun así, se había mantenido físicamente sana gracias a las atenciones que recibía. Sin embargo, una noche de septiembre su corazón se cansó. Alba tenía cuarenta y cinco años. El vértigo del tiempo se había convertido en un espejismo donde cada vez se reflejaba más pasado. Esto le hizo valorar más aún su fugacidad, y contempló el presente como una suma de instantes que contenían la fuerza gravitatoria de toda la eternidad.

Aquella conciencia le dio el coraje que necesitaba para emprender la nueva vida que tanto deseaba. Lo necesitó todo para poder despedirse de Enrique y del obrador, que eran también existencia y trayectoria vital, emociones y aprendizaje, facetas de ella misma que tenía que dejar atrás para iniciar el nuevo camino con Joaquín.

* * *

Una nieve efímera y volátil se perfilaba en la transparencia fría del aire. El invierno no quería irse, y se aferraba a débiles manifestaciones como aquella para retrasar la llegada fecunda de la primavera.

Alba contempló unos instantes la luz mortecina que se filtraba a través de los cristales del escaparate. El contraste entre los colores perlados y brillantes de los dulces que se exponían y aquella claridad tan débil del exterior le recordó a su infancia, cuando se maravillaba con el estallido cromático de los pasteles que resplandecían en un horizonte de miserias.

Hacía ya siete años que se había instalado con Joaquín en ese municipio del área metropolitana de Barcelona donde, poco después, Alba había abierto su propia pastelería. La ubicación de aquella población les había proporcionado discreción, y una asequible distancia con la ciudad donde él todavía tenía el bufete y ambos mantenían vínculos familiares y de amistad. Les había sorprendido mucho la relativa facilidad con que habían podido afrontar la nueva etapa, que fue más gratificante y llana de lo que habían pensado. Los aromas de cambio de mentalidad que habían empezado a soplar la década anterior se habían intensificado los años posteriores a la muerte de Franco, y cada vez se evidenciaban con más fuerza.

El nuevo escenario hinchaba también las ansias de Alba de sacar adelante su pequeño negocio, que se beneficiaba de todo lo que había aprendido en el obrador Escribà. Y, a pesar de no seguir trabajando allí, lo que en él se hacía continuaba inspirándola para elaborar los dulces que ofrecía diariamente.

Sin ir más lejos, aquel inicio de abril el Jefe la había dejado pasmada con su última invención. Lo supo por Merche, con quien mantenía la amistad y la ponía al día de todo lo que sucedía en la pastelería. Según le contó, la entidad bancaria La Caixa había querido celebrar su setenta y cinco aniversario con una gran cena para doce mil personas, y encargaron a Antoni una enorme tarta. Pero, aunque la que había hecho —una réplica a escala de la sede central de La Caixa, situada en la vía Layetana— tenía unas proporciones gigantescas, al pastelero le preocupaba que pasara desapercibida entre los miles de asistentes.

Entonces se le ocurrió.

Alba se quedó asombrada cuando Merche le enseñó las fotos, en las que se veía a Antoni Escribà conduciendo un carro con dos caballos blancos emplumados, al estilo de las cuadrigas romanas. El resto de las fotografías captaban el momento en que habían aparecido tras él una carroza con trompetistas y, cerrando la comitiva, otra con la monumental tarta de chocolate.

Mientras contemplaba las imágenes, Alba vio que en las aspiraciones de

Antoni latía el mismo empeño que había impulsado a su abuelo Mateo, un siglo antes, a aventurarse en un terreno ignoto pero con esencias de promesa. Y aquella inquietud, precisamente, era la que había llevado al mago del chocolate a trascender los límites del dulce para ofrecer mucho más que pasteles. Lo que brindaba era puro espectáculo en torno al dulce.

Pero el legado de Mateo Serra no solo florecía en él, sino que había empezado a germinar también en sus tres hijos. Christian, Joan y Jordi, herederos de una sapiencia sensitiva y pasional, ya habían mostrado su inclinación a seguir aquellas trayectorias ancestrales de harina, chocolate y azúcar. Solo era cuestión de tiempo que se manifestasen.

En cierto modo, ella también se sentía heredera del legado Escribà, porque conectaba con aquella filosofía puesta al servicio de la capacidad de los dulces para generar emociones. Desde que podía recordar, la perspectiva final de aquel centelleo emotivo siempre había sido su principal motivación.

Alba observó que los frágiles copos se habían desvanecido en un polvillo húmedo que ponía el contrapunto de nostalgia a sus pensamientos. La posibilidad de una nieve insólita desapareció, pero la magia del dulce seguía todavía a su lado.

*Había sido un siglo comparativamente parco en guerras; por el contrario,
muy rico en novedades: un siglo de prodigios. Ahora la humanidad cruzaba el
umbral del siglo XX con un estremecimiento*

E DUARDO M ENDOZA , *La ciudad de los prodigios.*

Nota

Esta novela es una obra de ficción con personajes y hechos producto de la imaginación de los autores, excepto los datos históricos y los que hacen referencia a la pastelería Escribà. La mayor parte de la información sobre la historia de este establecimiento emblemático proviene del propio Christian Escribà y, también, de Jocelyn Tholonià, madre del autor, esposa de Antoni Escribà e hija de un prestigioso pastelero francés. Sus valiosos datos históricos, técnicos y personales han sido complementados con las siguientes publicaciones: *Escribà, el arte de convertir la pastelería en ilusión*, de Christian Escribà (RBA, 2013), y *Del huevo a la mona*, de Antoni Escribà (Escribà, 1996).

El obrador de los prodigios
Christian Escribà y Sílvia Tarragó

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño, 2019

© de la imagen de la portada, Pep Montserrat

© Christian Escribà y Sílvia Tarragó, 2019

© Columna Edicions, Llibres i Comunicació, S.A.U., 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Espasa Libros, sello editorial de Editorial Planeta, S.A

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2019

ISBN: 978-84-670-5569-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: MT Color & Diseño, S. L.
www.mtcolor.es

¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!

NARRATIVA CONTEMPORÁNEA



¡Síguenos en redes sociales!

